

PATRICK MODIANO

Tan buenos chicos



En los alrededores de París, el internado de Valvert, conocido como el castillo, acoge a muchachos que son «hijos del azar y de ninguna parte», más o menos abandonados por sus progenitores ricos, arruinados, inestables, cosmopolitas o turbios. Allí, entre partidos de hockey y sesiones de cine que incluyen *El hombre vestido de blanco* y *Pasaporte para Pimlico* con un proyector manejado por el joven protagonista, se forjan amistades que el tiempo inevitablemente diluirá.



Patrick Modiano

Tan buenos chicos

ePub r1.0

Titivillus 19.03.16

Título original: *De si braves garçons*
Patrick Modiano, 1982
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Rudy
Para Simone

... ¡Tan buen chico!

TURGUÉNEV,
El prado de Bezhin

I

La cuesta poco empinada de un ancho paseo de grava subía hasta el Castillo. Pero, la primera vez, no tardaba en extrañarle a uno, a la derecha, delante del pabellón de la enfermería, aquel mástil blanco en cuya punta flotaba una bandera francesa. En ese mástil, todas las mañanas uno de nosotros izaba los colores nacionales después de que el señor Jeanschmidt diera la orden:

—¡Secciones, firmes!

La bandera subía despacio. El señor Jeanschmidt también se había puesto en posición de firmes. Su voz grave quebraba el silencio.

—Descansen... Media vuelta a la izquierda... ¡Marchen!

Marcando el paso, íbamos por el paseo ancho hasta el Castillo.

Creo que el señor Jeanschmidt quería acostumbrarnos, a nosotros, que éramos hijos del azar y de ninguna parte, a los beneficios de la disciplina y a lo reconfortante de una patria. El once de noviembre participábamos en las ceremonias del pueblo. Nos concentrábamos, en fila, en la explanada del Castillo, vestidos todos con blazer azul marino y corbata de punto del mismo color. «Pedro» Jeanschmidt —apodábamos a nuestro director Pedro— daba la señal de salida. Bajábamos por el paseo marcando el paso, con Pedro abriendo la marcha y, tras él, los alumnos, por orden de estatura, de mayor a menor. Al frente de cada clase, los tres más altos: uno llevaba un ramo de flores; otro, la bandera francesa, y el tercero la bandera de nuestro internado, azul noche con un triángulo de oro. Así fue como la mayoría de mis compañeros desempeñaron el cometido de abanderado: Etchevaretta, Charell, Mc Fowles, Desoto, Newman, Karvé, Moncef el Okbi, Corcuera, Archibald, Firouz, Monterey, Coemtropoulos, que era medio griego y medio etíope... Salíamos por el portón y luego cruzábamos el viejo puente de piedra sobre el Bièvre. Delante del ayuntamiento, que había sido tiempo atrás la vivienda del tintorero Oberkampf, su estatua de bronce, que se había puesto verde, se erguía en un pedestal de mármol y nos miraba desfilar con sus órbitas vacías. Luego, el paso a nivel. Cuando estaba cerrado y el timbre anunciaba un tren, nos quedábamos quietos, en posición de firmes. La barrera se alzaba, chirriando, y Pedro hacía un gesto brusco con el brazo, como un guía de montaña. Reanudábamos la marcha. Por toda la calle principal del pueblo, unos niños, en la acera, nos aplaudían como si fuéramos soldados de una legión extranjera. Íbamos al encuentro de los antiguos combatientes, apiñados en la plaza de la iglesia. Pedro, con una orden seca, volvía a ponernos en posición de firmes. Y los alumnos que llevaban ramos iban a dejarlos al pie del monumento a los caídos.

El internado de Valvert se hallaba en la antigua propiedad de un tal Valvert, que fue amigo del conde de Artois y lo acompañó en la Emigración. Más adelante, oficial del ejército ruso, murió en la batalla de Austerlitz luchando contra sus compatriotas con el uniforme del regimiento Izmailovsky. De él sólo quedaba el nombre y, al fondo del parque, una columna de mármol rosa medio caída...

A mis compañeros y a mí nos educaron bajo el melancólico patronazgo de ese hombre y es posible que algunos, sin saberlo siquiera, estén aún marcados por ello.

La casa de Pedro se hallaba al principio del paseo, algo apartada, del lado opuesto al mástil y a la enfermería. Esa choza, de colores brillantes, nos recordaba la casa de Blancanieves y los Siete Enanitos. Un parterre a la inglesa, impecablemente cuidado por Pedro en persona, la rodeaba.

Sólo me recibió una vez en su casa, la noche en que me escapé. Había pasado muchas horas vagando por el barrio de Les Champs-Élysées, buscando lo que fuera, antes de decidirme a volver al internado. El

profesor auxiliar que vigilaba el estudio me dijo que Pedro me estaba esperando.

Los muebles encerados relucientes, las baldosas, la loza y las ventanas de cristallitos cuadrados de colores eran los de un interior holandés. La habitación la iluminaba una única lámpara. Pedro estaba sentado detrás de un escritorio de anticuario de madera oscura. Se estaba fumando una pipa.

—¿Por qué se ha escapado esta tarde? ¿Se siente desgraciado aquí?

La pregunta me había sorprendido.

—No... No es que me sienta realmente desgraciado.

—Voy a hacer borrón y cuenta nueva. Pero está castigado sin salida.

Nos quedamos ambos cara a cara unos minutos, en silencio. Pedro soltaba pensativamente el humo de la pipa. Me acompañó hasta la puerta.

—No lo vuelva a hacer.

Clavó en mí una mirada triste y afectuosa.

—Si tiene ganas de hablar, venga a verme. No quiero que se sienta desgraciado.

Recorrí el paseo, en dirección al Castillo, y miré atrás. Pedro estaba, inmóvil, en el porche de su choza. En general, en toda su persona se palpaba la fuerza: en el granito del rostro de montañés, en la silueta rechoncha, en la pipa, en el acento valdense. Pero esa noche, por primera vez, me pareció preocupado. ¿Por mi escapada? A lo mejor pensaba en el porvenir que nos esperaba cuando nos hubiéramos ido del reino de Valvert, del cual era regente —reino amenazado en este mundo cada vez más duro e incomprensible—, y él, Pedro, ya no pudiera hacer nada por nosotros.

El paseo principal cruzaba por el gran prado de césped donde pasábamos los recreos de media tarde y de última hora, y donde se celebraban los encuentros de hockey sobre hierba. Al fondo del prado, por la zona de la tapia, se alzaba un búnker del tamaño de un edificio, un vestigio de la guerra, de los tiempos en que el internado sirvió de estado mayor a la Luftwaffe. Por detrás, un camino iba siguiendo la tapia y conducía a la casa de Pedro y al portón. Algo más abajo del búnker habían convertido un invernadero de naranjos en gimnasio.

Con frecuencia, en mis sueños, voy por el paseo principal hasta el Castillo y dejo a la derecha un barracón de color pardo: el vestuario donde nos poníamos la ropa de deporte. Por fin, llego a la explanada sembrada de grava, ante el Castillo, un edificio blanco de dos pisos con una escalinata con balaustrada. Lo construyeron a finales del siglo XIX según el modelo del palacio de La Malmaison. Subo la escalinata, empujo la puerta, que se vuelve a cerrar sola tras entrar yo, y estoy en el vestíbulo de baldosas negras y blancas que da paso a los dos refectorios.

Desde el ala izquierda del Castillo, que llamábamos «el Ala Nueva» —Pedro la mandó construir a principios de la década de 1950—, bajaba un camino hasta el patio de la Confederación, nombre que le había dado nuestro director en homenaje a Suiza, su país natal. En mis sueños no voy nunca por ese camino, sino por el laberinto, que nos tenían prohibido y que sólo podían utilizar Pedro y los profesores. Un pasillo estrecho de vegetación, rotondas y cenadores, bancos de piedra, aroma a aligustre. También el laberinto iba a dar al patio de la Confederación.

Lo rodeaban, igual que la plaza de un pueblo, casas variopintas que albergaban las aulas, los dormitorios colectivos o las habitaciones que compartíamos cinco o seis. Todas esas casas tenían un nombre: el Retiro, con aspecto de casa nobiliaria de Turena; la Hermosa Jardinera, villa normanda con entramado de madera; el Pabellón Verde; la Morada; el Manantial y su minarete; el Estudio; la Torrentera, y el Chalet, que habría podido tomarse por uno de esos hoteles antiguos alpinos de Saint-Gervais que un millonario excéntrico hubiera mandado transportar, pieza a pieza, aquí, a Seine-et-Oise. Al fondo del patio, unas antiguas cuadras rematadas por un pináculo estaban acondicionadas como local para cine y teatro.

Nos reuníamos en el patio a eso de las doce de la mañana, antes de subir en fila al Castillo para almorzar, o cada vez que Pedro quería anunciarnos algo importante. Decían: «Concentración a tal hora en la Confederación», y esas palabras sibilinas sólo podíamos entenderlas nosotros.

Viví en todas las casas de ese patio y mi edificio preferido era el Pabellón Verde. Debía ese nombre a la hiedra que se comía la fachada. Bajo la veranda del Pabellón Verde buscábamos refugio los días de lluvia, durante el recreo. Por una escalera exterior con barandilla de madera se llegaba a los pisos. En el primero estaba la biblioteca. Compartí mucho tiempo una de las habitaciones del segundo con Charell, Mc Fowles, Newman y el futuro actor Edmond Claude.

Las noches de primavera, en el Pabellón Verde, nos sentábamos a fumar delante de una ventana abierta de par en par. Había que esperar hasta muy tarde a que el internado estuviera dormido. Podíamos elegir

entre dos ventanas: una daba al patio de la Confederación, por donde a veces Pedro hacía una ronda, en bata escocesa y con la pipa en la boca; y desde la otra, más pequeña, casi del tamaño de un tragaluz, se dominaba una carretera campestre que el curso del Bièvre iba siguiendo.

Edmond Claude y Newman querían hacerse con una cuerda y por ella nos deslizaríamos hasta abajo de la pared. Mc Fowles y Charell habían decidido que cogeríamos ese tren cuyo silbido oíamos todas las noches a la misma hora.

Pero ¿adónde iba ese tren?

II

Algunos de nuestros profesores vivían en una u otra de las casas del patio de la Confederación y Pedro los había nombrado «capitanes» de esos pabellones. Eran responsables de ellos y se hacían cargo de la disciplina con la ayuda de «aspirantes», alumnos escogidos de los dos últimos cursos de bachillerato. Éstos llevaban a cabo todas las noches «inspecciones», comprobando si las camas estaban bien hechas, las alacenas en orden y los zapatos lustrosos. Tras el toque de queda, a las nueve, los aspirantes velaban por que nadie volviera a encender la luz y reinase el silencio.

El capitán del Pabellón Verde era nuestro profesor de gimnasia, el señor Kovnovitzine, a quien llamábamos «Kovo». No tenía ningún aspirante a sus órdenes. No había inspecciones de los dormitorios. Podíamos apagar la luz a la hora que quisiéramos. El único peligro: que le llamase la atención a Pedro, durante su ronda de noche, la luz de nuestra ventana. Entonces tocaba el silbato, como un agente de la defensa pasiva.

Kovo había sido antes profesor de tenis y a sus alumnos preferidos les regalaba una de sus antiguas tarjetas de visita:

KOVNOVITZINE
Profesor de tenis diplomado
Villa Diez-Monin, 8
París 16

Aquel hombre de elevada estatura, pelo blanco peinado hacia atrás y perfil puro, llevaba un pantalón de lino blanco y vivía en compañía de un labrador que a veces iba de visita a nuestros dormitorios. Tenía insomnio y se pasaba las noches deambulando por el prado de césped del internado. Yo había observado por la ventana, a eso de las dos o las tres de la mañana, cómo cruzaba despacio el patio, con el labrador sujeto con correa. El pantalón de lino era una mancha fosforescente. Soltaba el perro y éste acababa escapándose, porque se oía a Kovo llamarlo al cabo de un rato:

—Chou-ou-ou-ou-ou-ra...

Y esa llamada incansable, que se repetía hasta el alba, tan pronto cerca como lejos, retumbaba como la queja de un oboe.

No sé si el capitán Kovnovitzine sigue paseando de noche con su perro Choura. Sólo volví a ver a uno de nuestros profesores, unos diez años después de haberme ido del internado: Lafaure, el profesor de química. Por lo que se ha comentado, tú también, Edmond, tuviste ocasión de ver al señor Lafaure...

Sí. Aquella noche el público no había sido ni mejor ni peor que el de las demás ciudades de provincias donde paraba nuestra gira Baret. En el descanso me trajeron al diminuto camerino que compartía con Sylvestre-Bel una tarjeta de visita:

«Querido Edmond Claude: su antiguo profesor de química del internado de Valvert:
LAFASURE,
querría, si fuera posible, cenar con usted después del espectáculo.»

—¿Una admiradora? —me preguntó Sylvestre-Bel.

Yo no podía apartar los ojos de aquella tarjeta de visita amarillenta, en cuyo centro estaba grabado el apellido LAFASURE en letras gris ceniza.

—No. Un antiguo amigo de la familia.

Y cuando me tocó salir a escena para unos pocos minutos y cinco frases, oí, desde lo hondo del silencio, una voz que decía por lo bajo en las primeras filas: «¡Bravo! ¡Bravo!». La reconocí en el acto: la voz sepulcral de Lafaure, que imitábamos antiguamente en clase y por la que le habíamos puesto de mote «el Muerto».

Cinco golpes discretos, pero nítidos, en la puerta de nuestro camerino. Parecía morse. Abrí. Lafaure.
—¿No molesto?

Lo tenía delante, con el pelo blanco cortado a cepillo, tieso e intimidado, con un traje azul marino de pantalones estrechos que acababan muy por encima de los tobillos y por los que asomaban dos zapatos enormes, negros y con suelas de crep. Así eran los que llevaba en el internado, y con esos zapatones que le estaban grandes y pesaban demasiado tenía unos andares despaciosos de sonámbulo.

Le había menguado la cara y se la ajaban las arrugas, pero el cutis era igual que antes: de un blanco de tiza.

—Entre, señor Lafaure.

Es aquel camerino exiguo, con dos palanganas de cartón, Sylvestre-Bel, sentado en la única silla de paja, se estaba quitando el maquillaje y yo estaba casi pegado a Lafaure, que había cerrado la puerta al entrar.

—Te presento a mi antiguo profesor de química...

Sylvestre-Bel se dio la vuelta y saludó a Lafaure con una seña altanera de la cabeza. Por coquetería no se había quitado el tupé postizo con el que salía a escena y que lo rejuvenecía aún más: a los sesenta años podía decir que tenía treinta y cinco, igual que algunos norteamericanos que siguen estando, a fuerza de bronceado, higiene corporal y tratamientos de belleza, momificados en su juventud.

—Caballero, me ha parecido muy buena su actuación —le dijo Lafaure.

Y sacó del bolsillo de la chaqueta el programa, que hojeó. Fotos grandes de nuestra estrella y de nuestro director: luego, en las páginas siguientes, fotos de menor tamaño de Sylvestre-Bel y de los demás actores; la mía, del tamaño de un sello de correos.

—Me complacería mucho una firma suya —dijo Lafaure a Sylvestre-Bel, alargándole el programa abierto en la página de la foto.

—Con mucho gusto. ¿Cómo se llama?

—Lafaure. Thierry Lafaure.

Y mientras mi compañero escribía despacio la dedicatoria: «Para el señor Thierry Lafaure, con toda la simpatía de Sylvestre-Bel», Lafaure y yo leíamos por encima de su hombro.

—Gracias.

—Qué menos —dijo Sylvestre-Bel, sacando pecho.

No quería hacer esperar a mi antiguo profesor y renuncié a quitarme el maquillaje. Salimos ambos del teatro. Caía una lluvia fina.

—He reservado mesa en Armes de la Ville —me dijo Lafaure—. Es el único sitio que sigue abierto después de las diez.

Íbamos caminando, él con ese paso rígido tan suyo y yo con la cabeza gacha por temor a que, con la lluvia, se me corriera el maquillaje. El ruido de succión de sus suelas y su gabán, de un amarillo deslucido, remataban su apariencia de espectro.

—¿En qué hotel está? —me preguntó.

—En L'Armoric.

—¿Y se marcha mañana?

—Sí, en el autocar de la gira.

—Es una pena que no se quede más tiempo...

Echaba las zancadas como un muñeco mecánico al que acabasen de dar cuerda y me daba miedo perderlo. Mis únicos puntos de referencia en la oscuridad serían el abrigo amarillo y el quejido de las suelas de crep. De repente, la fachada acristalada de una cervecería grande y desierta. Los espejos, las maderas y los cueros resplandecían a la luz de unas bombillas metidas en globos de cristal.

—He reservado una mesa para dos —dijo Lafaure con su voz de ultratumba a un hombre de bigote moreno que estaba detrás de la barra.

El hombre hizo un ademán irritado con el brazo indicando las mesas vacías.

—Ya ve que tiene dónde elegir.

Lafaure me llevó hacia una de las mesas del fondo.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo.

Más allá, de una puerta de vaivén de dos hojas, que estaban abiertas, brotaban nubes de humo, voces y risas. De vez en cuando, una silueta pertrechada con un taco de billar pasaba por delante del hueco de la puerta.

—Yo también juego a veces a ese juego —me dijo tristemente Lafaure—. No hay muchas distracciones por aquí.

Me costaba imaginar a Lafaure jugando al billar. ¿Cómo se doblaba, él, tan tieso? Supongo que se le quebraba el cuerpo en un ángulo de noventa grados con un chirrido de engranaje de gato y que apoyaba la barbilla en el filo de la mesa para conservar esa postura mientras golpeaba la bola.

—Me tomaría una tarta de cebolla —dijo—. ¿Y usted?

—Yo también.

—Aquí las hacen muy buenas.

Un muchacho de unos veinte años, con el pelo rubio y rizado y ojos verdes, estaba a pie firme ante nuestra mesa y esperaba la comanda, cruzado de brazos, mirando a Lafaure con ojos irónicos.

—Stéphane, nos va a traer dos tartas de cebolla.

—Muy bien, señor Lafaure.

Stéphane asintió con la cabeza ceremoniosamente y había insolencia en aquel ademán, demasiado insistente.

—Un chico muy simpático —dijo Lafaure—. Quiere cultivarse. Le hago leer libros de historia. Es algo artista, como usted... Querría hacer carrera en el cine...

Se le crispaba la cara. Por lo visto, era un tema que le afectaba mucho.

—A lo mejor consigue hacer cine... ¿No le parece que tiene cara de ángel?

Afloraba tanta inquietud en esa pregunta que no me atrevía a contestar e intuía algo turbio y doloroso entre ese muchacho y Lafaure.

—En cualquier caso, Edmond, estoy realmente encantado de volver a verlo.

Así que se acordaba de mi nombre.

—¿Cuánto tiempo llevábamos sin vernos? A ver... Trece años, creo... Trece años ya... Pues no ha cambiado usted...

—Usted tampoco, señor Lafaure.

—Bah, yo...

Soltó un suspiro y se acarició el pelo a cepillo. Bajo la luz dura de los tubos de neón, tenía la cara aún más estrecha y ajada que en el camerino y le salpicaban la piel unas manchas herrumbrosas.

—Desde que me fui del internado de Valvert para jubilarme vivo aquí con mi hermana mayor... De buena gana lo habría invitado a venir a casa, pero mi hermana se acuesta con las gallinas y tiene muy mal genio...

—¿Sabe algo de Valvert?

—Valvert ya no existe. Vendieron la finca a una inmobiliaria. Han derribado todos los edificios. Qué triste, ¿no le parece?

Recibí esta noticia con indiferencia, pero al día siguiente me causó una sensación de vacío, igual que el silencio y el polvo por encima de unos trozos de muro derrumbados.

—El señor Kovnovitzine me escribe de vez en cuando. Ahora vive en Sainte-Geneviève-des-Bois. ¿Se acuerda de él?

—Desde luego que sí... Un tipo estupendo..., Kovo...

—Sí, Kovo... Y a mí sé que me llamaban «el Muerto»...

Sonreía, sin el mínimo rencor aparente, con una ancha sonrisa de esqueleto, y con esa sonrisa nos daba la razón en lo de haberle puesto de mote «el Muerto».

El joven de los ojos verdes volvía con las tartas de cebolla.

—¿No estarán demasiado cocidas, Stéphane?

—Qué va, qué va, señor Lafaure.

—Stéphane, le presento a un amigo parisino... Es actor... Ha actuado esta noche en el teatro municipal... Le pediré consejos para usted...

—Gracias, señor Lafaure.

Lo seguía mirando con una insolencia que me apenó por Lafaure.

—Ahora, Stéphane, déjenos hablar...

¿Quería a lo mejor mi antiguo profesor despertar los celos y el respeto del chico teniendo a su lado a un «actor»?

—Me acuerdo mucho de Valvert —dijo Lafaure.

—Yo también.

Intentábamos cortar las tartas de cebolla, más secas que flores de roca.

—Están cocidísimas, pero no me atrevo a decírselo..., le tengo... le tengo miedo.

Volvió la cabeza hacia la otra punta del local, donde estaba el joven.

—Le diré que nos conocimos en París... Sobre todo no le hable de Valvert...

El internado de Valvert... Me parecía muy lejano en aquella cervecería desierta, delante de las tartas de cebolla calcinadas, en lo hondo de aquella ciudad taciturna de provincias donde no teníamos sitio Sylvestre-Bel y yo para quitarnos el maquillaje... Una finca abandonada que uno visita en sueños: el prado de césped y el búnker bajo la luna. El laberinto de vegetación. La pista de tenis. El bosque. Los rododendros. La tumba de Oberkampf...

—¿Y ha tenido noticias de algún alumno? —le pregunté.

—Hace seis años recibí una tarjeta postal de Jim Etchevarietta. ¿Se acuerda de él? Uno moreno... Ha vuelto a su país, a la Argentina...

Aparentemente, esta noticia sumía a Lafaure en una honda melancolía.

—Queda lejos de aquí la Argentina...

Etchevarietta. Nos sentábamos juntos en clase. Durante las clases de matemáticas, levantaba despacio la tapa del pupitre y me enseñaba, de una en una, las fotos de sus caballos de polo.

—¿Y usted, Edmond? ¿Ha vuelto a ver a alguno de los antiguos alumnos?

—Sí, a Mc Fowles..., a Daniel Desoto...

—Era un poco del estilo de Etchevarietta... Su padre le daba mil francos semanales para sus gastos...

—Sí... Había una gente muy peculiar en ese internado... Todos con trastornos por su situación familiar... ¿Verdad, Edmond...?

Habíamos renunciado a comernos las tartas de cebolla, a cada bocado me daba la impresión de estar masticando chicle caliente.

—¿Cómo se ha enterado de que actuaba en esta obra?

—Recibo todos los programas de las giras y leí su nombre.

Mi infeliz nombre, escrito al final del cartel con letra diminuta, dos veces menor que el de Sylvestre-Bel.

Lafaure me apretaba el brazo e, igual que la risa y la voz, esa presión era la de un esqueleto.

—Siempre pensé que haría carrera en una profesión artística... Ya en el internado...

Las exclamaciones de los jugadores de billar, al lado, le ahogaban la voz. Yo me miraba furtivamente en el espejo que tenía él detrás. No, no parecía un payaso, como me estaba temiendo. Desde luego que la base me daba un tostado de navegante de recreo, las cejas se pasaban un poco de negras y tenían una curva demasiado bien dibujada, pero nada excesivo. Y, sin embargo, me maquillaba a la antigua, ateniéndome a los consejos de Sylvestre-Bel, usando barras Leichner de colores chillones y, para desmaquillarme, manteca de cacao.

—Señor Lafaure, disculpe lo del maquillaje, pero no quería hacerle esperar...

A fin de cuentas, él también parecía maquillado. Tenía la piel tan blanca como la de un Pierrot.

—Nada, nada, Edmond... Los afeites le sientan muy bien.

Me miraba atentamente con ojos de admiración. Nunca volvería yo a encontrar un público como ese anciano profesor de química para quien ya en el internado... Según se van cumpliendo años, ay, no queda más remedio que admitir que uno nunca interpretará los personajes importantes, sino los comparsas, las siluetas. No hay nada deshonesto en pertenecer a los que no se ven y a los soldados rasos del oficio. Mi compañero de camerino me lo decía con frecuencia, él, cuya especialidad consistía en interpretar desde hacía más de cuarenta años papeles pequeños: botones o *maître*. Pasaba como una exhalación, seco, elegante, sacando pecho, imperioso como la sonoridad de su apellido: Sylvestre-Bel, y sus breves apariciones eran —según él— el secreto de su eterna juventud.

—Figúrese, Edmond, que todavía tengo el transistor...

Lafaure se había inclinado hacia mí y me había cuchicheado esa frase. Tardé unos segundos en entenderlo y se adueñó de mí un recuerdo de tonalidades estivales y aroma de sotobosque.

Se estaba acabando el curso. Habíamos alborotado mucho en clase de nuestro profesor de química aquel curso y teníamos remordimientos. Así que habíamos decidido hacer una colecta para comprarle un regalo y le habíamos encargado a nuestro compañero Mc Fowles que nos trajera de los Estados Unidos, adonde iba con frecuencia con su abuela, el transistor más moderno de la época. Se lo regalamos a Lafaure al principio de la clase de química. Muy conmovido, nos propuso irnos del aula y dar un largo paseo por el parque del internado.

Íbamos en grupo, rodeando a Lafaure, y Mc Fowles le explicaba la forma de sintonizar las diferentes

radios francesas y extranjeras. Mc Fowles, a los quince años, medía casi un metro noventa. Practicaba todos los deportes peligrosos y eso, más adelante, le costó la vida. Pero aquel día, con ademanes desgarbados, le explicaba a Lafaure cómo manejar el transistor.

Cruzamos a pleno sol el prado de césped y fuimos por un paseo bordeado de macizos de rododendros. La pista Hébert. Las pistas de tenis. Y luego nos metimos en el bosque...

Al día siguiente empezaban las vacaciones de verano. Todavía oigo los fragmentos de música del transistor, nuestras voces, la de Lafaure marcando el compás como los suspiros de un contrabajo, las risotadas de Mc Fowles...

—Por cierto, Edmond, antes de que se me olvide, también a usted le voy a pedir una firmita...

Con ademán brusco, Lafaure me tendió el programa rojo y dorado de nuestra obra de teatro. Fruncía las cejas y yo me daba perfecta cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, cosa extraña en aquella cara de esqueleto.

Mi foto estaba al lado de la de Sylvestre-Bel, pero pequeña, tan pequeña... Apenas se me veía la cara. Escribí: «Para el señor Lafaure, en recuerdo de Valvert y de su antiguo alumno, Edmond Claude».

Nos levantamos de la mesa y cruzamos la sala del comedor; Lafaure iba delante con andares de autómatas y el gabán cuidadosamente doblado sobre el brazo rígido. El joven que nos había servido las tartas de cebolla estaba apoyado en la barra con un quiebro de cadera airoso. Clavaba los ojos en Lafaure con la misma mirada de antes, como si estuviera seguro del poder que tenía sobre él. Lafaure agachó la cabeza.

Llovía más copiosamente que antes de la cena. Lo ayudé a ponerse el gabán amarillo. Dentro de la cervecería apagaron todas las luces. No llevábamos paraguas y allí estábamos, uno al lado del otro, sin decir nada, Lafaure y yo, debajo del tejadillo metálico del Armes de la Ville.

Bueno, pues figúrate que una tarde, el día de Nochebuena, estaba esperando con mis dos nietas delante de la entrada del cine Le Rex donde ponían una película de Walt Disney. En la cola sólo había padres con sus niños. Pocos puestos delante de nosotros, un hombre muy tieso de pelo blanco me llamó la atención. Estaba solo, arropado en un abrigo amarillo y una bufanda de un gris polvoriento. Les echaba miradas furtivas a los niños que tenía alrededor, como si estuviera buscando a uno en particular que estuviera disponible y con quien pudiese entablar conversación. Nos cruzamos la vista. Era Lafaure.

Volvió la cabeza con un respingo, como un hombre pillado in fraganti. Lo vi irse como quien no quiere la cosa de la cola. ¿Temía volver a llamar la atención con algún ademán suyo demasiado rudo y que le volvieran a echar el guante? ¿Me había reconocido? Me habría gustado mucho preguntárselo, como bien te podrás figurar. Pero Thierry Lafaure se estaba esfumando ya, con sus andares de fantasma, entre el gentío del bulevar.

III

Todos los jueves, Gino Bordin, nuestro profesor de guitarra, venía al internado en el coche de línea de la puerta de Saint-Cloud. He sabido que por entonces vivía en Montmartre, en el número ocho de la calle de Audran, pero es algo que no me vale de mucho puesto que ya no figura en la guía.

Bordin llevaba siempre un traje azul noche al que daban un toque de color un pañuelo de bolsillo y una corbata de seda clara. Las gafas eran de montura fina y plateada; y el pelo, plateado también, se lo peinaba hacia atrás, como Kovo. Los jueves, a eso de las doce, iba con paso rápido por el paseo del Castillo, llevando en la mano izquierda la funda marrón que albergaba la guitarra. Almorzaba en el refectorio, en la mesa del fondo. Por desgracia nunca conseguí sentarme en ella, a su lado, pero me pasaba la comida observándolo. Sus vecinos de mesa se reían mucho con él. Yo me sabía de memoria todas sus anécdotas. Fue el primero en introducir en Francia la guitarra hawaiana y ése era su blasón de gloria.

Bordin no disponía de un local. Ni siquiera le dejaban usar la sala de solfeo, en la planta baja del Ala Nueva. Lo habían relegado a un asiento corrido de madera, en el vestíbulo, delante de la escalera monumental que conducía al primer piso del Castillo. Allí, entre corrientes y en semipenumbra, daba clases deprisa y corriendo.

Era seguramente al escaso número de alumnos de Bordin a lo que debía éste esa falta de consideración. Durante mucho tiempo, sólo tuvo dos: Michel Karvé y yo. Pero al acabar la clase, a instancias mías y de Karvé, un grupito de fieles se reunía a su alrededor, los jueves por la tarde, para oírle tocar: Edmond Claude, Charell, Portier, Desoto, Mc Fowles, El Okbi, Newman... Esas tardes, los alumnos tenían libre y se desperdigaban por el césped y los terrenos de deporte. Nosotros preferíamos la compañía de Bordin.

Alrededor de las seis, tocaba una melodía lenta y desgarradora: «How High the Moon». Eso quería decir que había llegado el momento de separarnos. Karvé y yo lo acompañábamos a la parada del coche de línea: Pedro nos había dado permiso a título excepcional para cruzar el portón con nuestro profesor y quedarnos un rato al aire libre. Esperábamos los tres en la acera, delante del parque. Bordin le acariciaba con mano distraída el cuello a su guitarra, apoyada en la pierna. Nos daba un abrazo a cada uno.

—*A gioved', amici miei...*

Se subía al coche de línea y se sentaba siempre atrás después de poner en el asiento, a su lado, la guitarra. En el momento de cruzar el paso a nivel, nos hacía un amplio ademán de adiós con el brazo.

Los acordes de la guitarra hawaiana de Bordin me recuerdan la brisa que recorre un paseo vacío y soleado que baja hasta el mar. Me traen también a la memoria la amistad que sentía por Michel Karvé, un compañero de clase. Nos llevábamos bien. Y, sin embargo, Karvé me intrigaba. Me acuerdo del día que nos repartieron a todos un cuestionario: teníamos que poner la fecha de nacimiento y la profesión de nuestros padres.

Karvé pareció titubear un momento. Paseó una mirada pensativa más allá de los cristales de la ventana. Fuera, el sol de invierno bañaba el patio de la Confederación con una luz suave y neblinosa. Levantó la tapa del pupitre y buscó algo en el Larousse. Cerró el pupitre. Por fin, se decidió. En el apartado Profesión de los padres, escribió primorosamente con muy buena letra:

«Tráfico de influencias»

Miré yo también el Larousse para ver el sentido de esas palabras y me habría gustado mucho que Michel Karvé me diera explicaciones más amplias, pero temía ser indiscreto.

Había coincidido con sus padres varias veces en vacaciones en su casa de la avenida de Victor-Hugo. Me parecieron muy distinguidos. El doctor Genia Karvé era un hombre alto y esbelto con un aspecto joven que

debía a los ojos claros. Su mujer: pelo rubio veneciano, cara de leona, los ojos tan claros como su marido y el porte indolente y deportivo de algunas norteamericanas.

De entrada, las palabras «tráfico de influencias», cuyos trazos seguían en mi memoria con la letra clara y precisa de Michel Karvé, no encajaban con aquella pareja.

Había podido observarlos mejor durante un paseo que habíamos dado por el bosque de Boulogne. Era un sábado de otoño por la tarde. El cielo gris, el olor de la hierba y de la tierra húmedas... Caminaban juntos delante de nosotros y yo asociaba las siluetas elegantes del doctor Karvé y de su mujer con palabras tales como: pabellón de caza, cría del faisán, montería.

Habíamos pasado por el parque de Bagatelle y llegado luego, por el camino que iba a un nivel más bajo, al campo de polo. Caía la noche. Me había llamado la atención algo en los padres de Michel: no le dirigían la palabra e incluso le manifestaban una indiferencia total. Me fijé también en hasta qué punto contrastaba el atuendo de mi compañero con los del doctor y la señora Karvé. Llevaba un pantalón de pana remendado y un blazer viejo que le estaba grande. Iba sin abrigo. Con sandalias de goma. En el internado, le había dado yo dos pares de zapatos porque los suyos tenían agujeros.

Luego, en el gran coche negro del doctor Karvé —no cuidaba nada el coche, que tenía la carrocería manchada de barro—, íbamos Michel y yo en el asiento de atrás. El doctor Karvé fumaba al volante. De vez en cuando su mujer y él cruzaban unas breves frases. Hablaban de personas que mi compañero seguramente conocía.

—Salimos esta noche, Michel —dijo la señora Karvé—. Te he dejado una loncha de jamón en la nevera.

—Sí, mamá.

—¿Será bastante?

—Sí, mamá.

Su madre se lo había dicho con voz distraída, un tanto seca, y sin volverse a mirarlo.

Tráfico de influencias. He conservado una hoja de papel azul con membrete del doctor Genia Karvé, «otorrinolaringólogo. Avenida de Victor-Hugo, 12, 16. Passy 38-80»,

en la que éste, con letra firme, me receta unas cuantas medicinas. Me auscultó una noche en que Michel le había dicho que no me sentía bien. En su consulta dio muestras de esa misma indiferencia cortés que nos solía manifestar a su hijo y a mí. En las baldas de la biblioteca me fijé en fotos dedicadas, la mayor parte en marcos de cuero, y me acerqué imperceptiblemente a aquellas fotos para mirarlas mejor.

—Pacientes que son, al mismo tiempo, amigas —me dijo el doctor Karvé, encogiéndose de hombros y con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

Tráfico de influencias. Al día siguiente de ése en que Michel respondió de forma tan curiosa al cuestionario, vimos por la ventana de nuestra aula que el coche negro del doctor Karvé cruzaba por el patio de la Confederación y giraba a la izquierda, hacia el paseo que llevaba al Castillo. Era la primera vez que el doctor Karvé visitaba nuestro internado. Nunca habían venido los padres de Michel a buscar a su hijo o a llevarlo los días de salida. Cogía el coche de línea hasta la puerta de Saint-Cloud, como yo. Y luego el metro.

Mi compañero no se inmutó. Fingió incluso que no hacía ni caso del coche de su padre. Pocos momentos después, un vigilante entró en el aula e interrumpió la clase de inglés.

—Karvé, el señor director querría hablar con usted. Está con él su padre.

Michel se puso de pie. Con la bata vieja y las sandalias, iba tras el vigilante con paso rígido, como alguien a quien condujeran al poste de ejecución.

No cabía duda de que le habían enseñado al doctor Genia Karvé el cuestionario que había rellenado Michel. ¿Qué se dijeron el padre y el hijo en el despacho del señor Jeanschmidt, nuestro director? Más adelante, mucho más adelante, fue cuando lo investigué. Había perdido de vista a Michel hacía mucho y no sabía nada de lo que había sido de él y de sus padres. En la avenida de Victor-Hugo ya no figuraba ningún doctor Genia Karvé.

Tráfico de influencias. Pregunté a algunas personas y busqué en periódicos viejos cuyo olor me recordaba el del sábado de otoño en que Michel y yo paseamos por el bosque de Boulogne con sus padres.

Al volver, por el camino, el doctor Karvé paró el coche en Neuilly, en la esquina de la avenida de Madrid.

—Bueno, aquí os dejamos. Tenemos que encontrarnos con unos amigos en el barrio.

Michel abrió la puerta en silencio.

—Que no se te olvide... La loncha de jamón en la nevera —dijo la señora Karvé con voz exhausta.

Nos quedamos quietos un momento, siguiendo con la vista el coche, que se alejaba hacia el barrio de Saint-James.

—No tengo billetes de metro —me dijo Michel—. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Si quieres te invito a compartir mi loncha de jamón.

Y se echó a reír. Aquella parte de la avenida estaba oscura y tropezábamos con montones de hojas secas en plena acera. Según nos íbamos acercando a la avenida de Neuilly, se veía mejor. Luces en las ventanas y fachadas de restaurantes resplandecientes. Ahora, las hojas secas tapizaban la acera con una capa gruesa y se pegaban a los tacones. Su olor amargo era el mismo que el de los periódicos viejos cuyas páginas quebradizas vamos volviendo despacio, una a una, a contracorriente del tiempo, para intentar localizar una foto, un nombre, el rastro enterrado de alguien.

Un artículo breve, de una sola columna, en la parte de abajo de una página. Los Karvé habían comparecido ante el tribunal correccional. A lo mejor Michel lo sabía. El juicio se había celebrado dos años después de nacer él. Encontraron en casa de los Karvé muebles, cuadros y joyas de procedencia sospechosa. Condenaron a la «pareja» a un año de prisión condicional y a una multa de veinte mil francos por «ocultación». El acta especificaba que la señora Karvé, en aquella ocasión, llevaba un vestido turquesa muy ceñido y un cinturón de ante blanco, pero ni una vez, tengo que reconocerlo, se utilizaba en lo referido al doctor y a su mujer la expresión «tráfico de influencias».

¿Se trataba de las mismas personas que había conocido yo y cuyas siluetas gráciles se me deslizaban por el recuerdo?

Acabé en un bar de la avenida de Montaigne que, tiempo atrás, frecuentaba la gente de vida fácil y caballos y uno de cuyos antiguos parroquianos podía informarme: se había codeado durante cincuenta años con «todo el mundo».

Pronuncié el apellido de la señora Karvé y a él le pasó por los ojos una repentina ternura, como si ese apellido le recordase su juventud o la de la madre de mi antiguo compañero:

—¿Se refiere a Andrée la Puta? —me preguntó en voz baja.

Michel y yo estábamos sentados cara a cara en el café de la avenida de Victor-Hugo, enfrente del edificio donde vivían sus padres. Desde el comienzo de las vacaciones de Pascua no había vuelto a su casa. Uno de nuestros compañeros de clase, Charell, le había dado cobijo.

Seguía llevando la chaqueta que le estaba grande, el pantalón de pana remendado y una camisa a la que le faltaban varios botones.

—Ya puedes ir —me dijo.

—¿Estás seguro de que no vas a cambiar de opinión?

—No.

—Venga, ve. Te espero.

Me levanté y salí del café. Crucé la calle y, en el momento de entrar en el portal del número 12, noté que me palpitaba el corazón. Se me había olvidado el piso y miré la lista colgada en la puerta de caoba del portero.

Doctor Genia Karvé. Segundo derecha.

Decidí no coger el ascensor y subí las escaleras parándome mucho rato en todos los rellanos. En el de los Karvé me quede unos cuantos minutos quieto, apoyado en la barandilla como un boxeador en las cuerdas del ring, inmediatamente antes del combate. Por fin, llamé a la puerta.

Me abrió la señora Karvé. Llevaba un traje sastre de pata de gallo y una blusa negra que hacía que le resaltase la melena rubia. No parecía sorprendida de verme.

—Vengo a recoger las cosas de Michel —le dije.

—Ah, bien... Entre...

Seguramente la había llamado por teléfono para anunciarle mi visita. ¿O era que no le importaba nada la suerte que corriera su hijo? Cruzamos el vestíbulo. Había una bolsa de golf tirada por el suelo.

Empujó una puerta, a la entrada del pasillo.

—Pues aquí es... Debe de tener sus cosas en el armario empotrado... Lo dejo a usted un momento...

Me dedicó una sonrisa encantadora y se esfumó. Yo oía la voz del doctor Karvé bastante cerca. Hablaba y hablaba, pero nadie le contestaba. Seguramente mantenía una conversación por teléfono.

La habitación de Michel era tan pequeña que uno se preguntaba si en un principio no había hecho las veces de trastero. Una ventana ancha, desproporcionada para aquel cuchitril. Pegué la frente al cristal que sólo dejaba pasar una claridad crepuscular. Y, sin embargo, fuera eran las dos de la tarde y hacía sol. Aquella ventana daba a un patio tan estrecho como un pozo.

¿Por qué en aquel piso inmenso, que Michel me había enseñado cuando no estaban sus padres, le habían dado esa habitación diminuta? Michel aseguraba que era él quien la había escogido.

No había sábanas en la cama de tijera, sino una sencilla manta escocesa. Michel me había pedido que se la llevase. Abrí el armario y guardé la ropa en la bolsa de deportes azul marino del internado. Unos cuantos pares de calcetines viejos, un traje de baño, un pañuelo, dos jerséis y tres camisas. Las camisas estaban remendadas, lo mismo que el pantalón de pana, y tenían la particularidad de llevar en la parte trasera del cuello la marca de un importante modisto. Eran, efectivamente, blusas viejas de su madre. Los padres de Michel lo vestían con su ropa vieja, y el blazer, que le venía grande y estaba gastado hasta la trama, había sido de su padre y procedía también de un sastre reputado de la calle de Marbeuf.

Yo seguía oyendo la voz monocorde del doctor Karvé al teléfono. A veces se echaba a reír. La puerta entornada se abrió y la señora Karvé apareció en el hueco.

—¿Qué...? ¿Se las apaña?

Me envolvía en su sonrisa. La bombilla, en el techo, le iluminaba la cara con una luz cruda que hacía que le aflorasen en el cutis unas pecas. Ahora entiendo mejor lo que me conmovía en aquella mujer: esa mezcla de frivolidad y languidez que va asociada en mi mente al siglo XVIII francés, a los satenes, a las cristalerías y a ese tono rubio que recibe el nombre de rubio Fragonard.

—¿Ha encontrado toda la ropa de Michel?

—Sí.

Ella miraba la bolsa de deportes.

—Habría debido darle una maleta... ¿Cree que Michel no quiere volver nunca más a casa?

—No lo sé.

—De todas formas, dígame que aquí siempre será bien recibido.

Cogí la bolsa de deportes y me la eché al hombro.

—Tenga... Es para Michel. Algo de dinero para sus gastos...

Me alargó un billete arrugado de cien francos.

—Siempre ha sido el mismo —me dijo la señora Karvé con voz lejana como si estuviera convencida de que nadie la iba a escuchar y que hablaba para ella sola—. Cuando era pequeño me lo llevaba al Pré-Catelan y siempre se escondía... A veces tardaba una hora en encontrarlo... Pobrecito Michel...

Iba delante de mí por el vestíbulo. El doctor Karvé hablaba por teléfono y soltaba exclamaciones en una lengua extranjera.

Yo estaba ya en el descansillo. Ella titubeaba antes de cerrar la puerta.

—Adiós...

Me tendió el brazo.

Habría debido besarle la mano, pero se la estreché.

—Adiós... Genia está ocupado en su despacho. Pero no deje de decirle a Michel que su padre le manda un beso muy grande... Y yo también...

Bajé corriendo las escaleras, impaciente por volver al aire libre y al sol.

Michel me estaba esperando en la terraza del café con los brazos cruzados. Le di la manta escocesa y la bolsa de deportes, cuyo contenido inspeccionó.

—Te has dejado «Regreso a los días felices» —me dijo.

Se refería a un dibujo recortado de una revista antigua que habíamos encontrado juntos al fondo de un trastero del Pabellón Verde. La revista era del mes y el año en que habíamos nacido los dos: julio de mil novecientos cuarenta y cinco, y el dibujo era un anuncio del oporto Antonat. Una mujer rubia, de perfil, con un pañuelo a la cabeza y sentada en una barca. En el horizonte, un lago, montañas, una vela blanca. Y encima, en letras grandes y finas:

REGRESO A LOS DÍAS FELICES

La nostalgia y la suavidad soleada de esas palabras y del dibujo nos intrigaban a Michel y a mí. Bordin, a quien pedimos su opinión, extrajo de la guitarra unos acordes lánguidos. Michel, por su parte, quería escribir toda una novela inspirada en la mujer del pañuelo en la cabeza, el lago y las montañas. Y se llamaría *Regreso a los días felices*.

—Lo tenía guardado en la mesilla de noche —me dijo, chasqueado—. Pero da igual.

—¿Quieres que suba otra vez a buscarlo?

—No, no... No vale la pena. Lo tengo en la cabeza... Lo principal es que escriba la novela algún día...

Alisó el billete de cien francos encima de la mesa.

—Me ha dicho tu madre que si querías volver...

Hizo como que no me oía. En la calle, en la acera de enfrente, el doctor Karvé andaba entre los charcos de sol tirando de la bolsa de golf. Detrás de él, salió del edificio la señora Karvé. Llevaba gafas negras que contrastaban con el cutis de rubia. El doctor abrió la puerta de atrás del coche y arrojaba con ademán exhausto la bolsa de golf al asiento. Se sentaba al volante. La señora Karvé, con la habitual indolencia, se colaba en el coche, a su lado. Arrancaron despacio.

—Van a Mortefontaine —me dijo Michel.

Y no había en su voz reproche alguno, sino más bien una suerte de añoranza.

Durante el trayecto en metro, intenté por última vez disuadirlo. Había falsificado con corrector la partida de nacimiento para ponerse tres años más. Que sí, que la decisión estaba ya tomada. Luego fuimos en tren a Athis-Mons, donde estaba el centro de reclutamiento.

IV

De todos nuestros profesores, era sin duda a Kovo a quien le habíamos dado más satisfacciones. El deporte era una asignatura a la que daba preferencia nuestro director, el señor Jeanschmidt, y le dedicábamos tres tardes semanales.

Pedro asistía con frecuencia a las clases de Kovnovitzine. Él y Kovo sentían una gran simpatía mutua. Tenían los mismos gustos. Contaban que cuando los dos hermanos mayores de Pedro fundaron el internado, éste estuvo empleado en él de profesor de gimnasia.

El hockey sobre hierba era el deporte tradicional del internado. Los equipos los formaba Pedro personalmente y estaba pendiente de su entrenamiento. Pero también contábamos con una piscina excavada al borde del prado de césped. Y si nos adentrábamos más en el parque nos encontrábamos con la pista de carreras pedestres, el terreno de salto de pértiga, la cancha de voleibol, las dos pistas de tenis y, finalmente, lo que Kovo y el señor Jeanschmidt llamaban «la pista Hébert», en honor a un tal Hébert, creador de un método de educación física del que ambos eran discípulos.

Los planos de esa «pista Hébert» los habían hecho Jeanschmidt y Kovo unos diez años antes. Algo así como una pista americana sembrada de obstáculos varios: paredes que escalar, cuerda por la que trepábamos con las piernas en escuadra, barreras y arcos que había que salvar reptando con ayuda de los codos, potros para el salto y el volteo... Por la mañana muy temprano, en primavera, hacíamos eso que Kovo llamaba un recorrido Hébert antes de ir a paso ligero a la ceremonia de izar la bandera.

Estas actividades cotidianas al aire libre daban su fruto. Nuestro equipo de hockey sobre hierba había alcanzado un nivel nacional en la categoría junior y nuestros saltadores de pértiga podían enfrentarse a los del equipo de Francia. Kovo le sacaba a Jeanschmidt horas extras para actividades deportivas a costa de las demás asignaturas. Y me digo a mí mismo que Pedro hacía bien al concederle este privilegio. Para la mayoría de nosotros el deporte fue un refugio, una forma de olvidar por un rato nuestra dificultad para vivir, y lo fue en particular para nuestro compañero Robert Mc Fowles.

A este Mc Fowles Kovo lo admiraba. A los quince años era capitán del equipo de hockey y practicaba con igual éxito el esquí, la natación y el tenis. Bob y yo habíamos vivido un año en la misma habitación, en el Pabellón Verde, y trabado una gran amistad.

Acabó por matarse, hacia los treinta años, durante un campeonato de bobsleigh en Suiza, pero tuve ocasión de volver a verlo. Presencié, incluso, por casualidad, su luna de miel. Acababa de casarse en Versalles con una muchacha de esa ciudad, y como no sabían adónde ir de viaje de novios, se decidieron por un hotel cerca de los Trianones para pasar el mes de agosto.

Hacía mucho calor aquel verano y Mc Fowles y su mujer tomaban el sol en el césped del parque del hotel. El traje de baño de Anne-Marie —la recentísima señora Mc Fowles— era de un rojo vivo y el de Mc Fowles de imitación de leopardo, lo que me recordaba Valvert. Nos gustaban esos trajes de baño de Tarzán y la mayoría de nosotros los llevábamos en la piscina del colegio, una curiosa piscina de aguas negras y estancadas que teñíamos con azul de metileno para darle un aspecto mediterráneo. Y reparábamos como podíamos el trampolín en mal estado.

Bob Mc Fowles había conocido a su futura mujer pocos meses antes en una estación de deportes de invierno. Ella trabajaba en la recepción de un hotel. Un flechazo. Celebraron la boda en Versalles, donde el padre de Anne-Marie tenía un comercio en la calle de Carnot.

Una joven de estatura media, pelo rubio y grandes ojos azules. Su encanto medroso me recordaba ciertos retratos del XVIII, como el de Louise de Polastron. Anne-Marie era francesa hasta la médula, lo que constituía un contraste armonioso con el aspecto un tanto rústico de Bob Mc Fowles, con su elevada estatura y sus andares, recios y desgarbados a un tiempo.

Bob no tenía más familia que una abuela norteamericana, una tal señora Strauss, creadora de los

productos de belleza Harriet Strauss. En los tiempos de Valvert, se iba con ella a la Costa Azul en las vacaciones de Navidad y de Pascua, y en las vacaciones de verano se lo llevaba a Norteamérica. El resto del año, Bob se quedaba en el internado incluso los días de salida. Todas las semanas recibía una carta de su abuela en cuyo sobre beige oscuro iba su nombre escrito a máquina en rojo.

En aquellos años, los productos de belleza Harriet Strauss estaban en los escaparates de las perfumerías y yo los contemplaba acordándome de mi compañero de clase. Esos productos ya no existen hoy, pero el verano de la luna de miel de Mc Fowles las barras de labios y los maquillajes Harriet Strauss estaban aún en las estanterías junto con sus rivales Max Factor y Elizabeth Arden. Le garantizaban unos ingresos holgados a Bob, a quien su abuela había cedido, el día en que cumplió veintiún años, todas sus acciones de Harriet Strauss.

Estábamos, pues, tumbados en el césped, en traje de baño, Bob, Anne-Marie y yo, y Mc Fowles se tomaba la naranjada con una pajita.

—Qué lástima —dijo—. Lo único que falta aquí es el mar...

Efectivamente, la fachada blanca del hotel, las mesas con sombrillas rojas, las puertas acristaladas de la galería y sus toldos de color naranja adquirirían al sol un aspecto de ciudad de veraneo.

—¿A ti no te parece que sólo falta el mar?

Sobre la marcha, no me fijé mucho en ese comentario de Mc Fowles ni en su expresión soñadora, pero fue a partir de esa tarde cuando el «malestar» —no se me ocurre otra palabra— empezó a gravitar sobre nosotros.

Y, sin embargo, Mc Fowles estuvo encantador durante un almuerzo en la terraza del hotel. Había invitado al señor Lebon, su suegro, un hombre de pelo blanco y con bigote, muy francés también él, y cuyo rostro de rasgos delicados podría haberlo pintado Clouet. Mc Fowles lo intimidaba y Lebon le hablaba a su yerno separando mucho las sílabas, como si fuera extranjero. Pero Bob fue tan amable que le hizo sentirse algo más a gusto. Mi compañero le preguntó por cosas de su profesión y lo escuchó con interés. Yo volvía a ver al Robert Mc Fowles de Valvert, lunático pero capaz de interesarse por los demás y de ganarse sus corazones con su mirada afectuosa y con sus detalles. Anne-Marie parecía encantada de que su padre y Bob se llevaran bien.

Nos estaban sirviendo el café. Mc Fowles, con un ademán amplio del brazo, abarcó la terraza, donde estábamos solos los cuatro, y el césped del parque.

—Me parece que aquí falta algo —le dijo al padre de Anne-Marie—. A ver si adivina qué, papi...

Lebon sonrió con timidez.

—Pues... no..., no se me ocurre...

Anne-Marie se acordaba seguramente de lo que había dicho Bob la víspera. Se echó a reír. Esa risa, cuando vuelvo a pensar en el giro que tomaron los acontecimientos, me deja el corazón helado.

—Sí..., aquí falta algo —dijo Mc Fowles transido.

—A ver si lo adivinas, papá... —insistió Anne-Marie.

Lebon fruncía el ceño.

—No... La verdad... No caigo.

—Falta el mar —dijo Mc Fowles con un acento grave que nos sorprendió a los tres.

—Efectivamente —dijo Lebon—. Con el tiempo que hace tendríamos que estar en la playa...

—Pero, desgraciadamente, en Versalles no hay mar —dijo Mc Fowles.

Parecía súbitamente agobiado. Lebon me lanzó una mirada interrogativa.

—A Bob le gusta mucho el mar —mascullé.

Anne-Marie parecía apurada.

—De todas formas, pensamos ir a la playa a finales de mes —dijo.

Pero Bob había alzado la cabeza y se le iluminaba la cara con una sonrisa infantil.

—No se puede pedir lo imposible, ¿verdad, papi...?

Pocos días después, un coche viejo americano, descapotable y de color verde, se detuvo al borde del césped haciendo crujir la grava. Era el auto de Mc Fowles, que dos amigos le traían de París. Me los presentó: James Mourenz, un chico de nuestra edad, de pelo rubio a cepillo y de nacionalidad suiza, compañero de equipo de Mc Fowles en los campeonatos de bobsleigh en que éste participaba todos los inviernos; Édouard Agam, bajo y moreno, de unos cincuenta años. Nunca supe si era libanés o egipcio o — sencillamente sirio de Egipto—, lo que explicaría su francés impecable y su nombre de pila cristiano. Agam había organizado una orquesta en la Costa Azul. Mc Fowles lo había conocido en Ginebra en el declive de su carrera.

Aquellos dos hombres eran los parásitos de Bob, pero Anne-Marie, en su candidez, no lo sospechaba en

absoluto. Siempre estaban junto a mi compañero, como dos escoltas o dos bufones. La risa de James Mourenz, sus cicatrices, su forma de darte una palmada en el hombro, de ponerse en guardia y de dar vueltas a tu alrededor dando saltitos, igual que un boxeador, me hicieron gracia al principio. Y no me resultaba indiferente la cortesía de Édouard Agam. Bob me dijo en confianza que eran sus dos amigos, sus «pals» según la expresión norteamericana.

Y las cosas podrían haber ido por un derrotero diferente y los días haber transcurrido uno tras otro sin preocupaciones, si no hubiera salido a relucir el mar. «¿No has visto el mar?». «Estoy seguro de que es la hora de la marea». «¿De qué color está el mar hoy?». «¿No te parece que huele a mar?». Mourenz y Agam, para darle gusto a Bob, habían abundado en el tema en el acto. Agam nos cantaba, acompañándose con una guitarra, «*La mer*» de Charles Trenet. Mourenz había decidido que el mar empezaba debajo de la terraza del hotel y quería que admirásemos sus zambullidas. Él también llevaba un traje de baño de leopardo y, de pie en la balaustrada, henchía el torso al coger aire con una honda inspiración. Luego se tiraba de cabeza al césped y, en el último momento, caía de pie con un quiebro de cintura.

—¿Un poco fría? —preguntaba Mc Fowles.

—No, esta mañana está buena —contestaba Mourenz sacudiéndose el agua y alisándose el pelo, como si acabase de zambullirse—. Este mar tiene una temperatura ideal.

Un observador superficial habría tomado todo aquello como una simple broma, pero se habría preocupado el día que Mourenz opinó que la balaustrada de la terraza era un trampolín demasiado bajo y decidió tirarse desde lo alto del pórtico que daba paso al hotel. Esta iniciativa despertó el entusiasmo de Mc Fowles y de Édouard Agam, y Anne-Marie y yo no nos atrevíamos a decir nada.

—Puedes tirarte sin miedo —dijo Mc Fowles—. El mar cubre mucho en ese sitio...

Mourenz se subió a una escalera de mano para llegar hasta aquella terraza que tenía una altura de más de tres metros. Agam, impasible, tarareaba «El mar». El portero y uno de los botones del hotel estaban pendientes de aquella escena, cautivados.

—Voy a haceros el salto del ángel —dijo Mourenz.

Hizo una mueca que era una sonrisa de desafío. Mc Fowles me había contado que, en los campeonatos de bobsleigh de Saint-Moritz, se había ganado con su audacia el mote de «Suicida James».

—Venga —dijo Mc Fowles—. Ya no hay oleaje. Una auténtica piscina. A ver ese salto del ángel tuyo.

Mourenz, erguido en la balaustrada del pórtico y apretando los labios, cogió aire. Con un violento impulso, se abalanzó hacia arriba con los brazos abiertos. Habría podido jurarse que se iba a estrellar contra el suelo, pero dobló las rodillas, las pegó al vientre en una fracción de segundo y cayó en el césped mullido en esa postura del huevo que tan bien ejemplificó, a principios de la década de los sesenta, el esquiador Vuarnet. Aplaudimos. Sólo Mc Fowles seguía impasible.

—La próxima vez, tienes que zambullirte desde más alto cuando haya olas —dijo, muy seco.

A partir de ese día, todas las mañanas «Suicida James» se zambullía. Salto de la carpa, desde una mesa que había colocado en la terraza del hotel, «patadas a la luna» o «zambullidas con giro». Y siempre esas demostraciones concluían con las bromas de rigor: «el agua está buena», «deberíais bañaros también vosotros...», hasta el día en que, al zambullirse, se hizo una fractura de poca importancia en el antebrazo. Llevaba ese brazo en cabestrillo: un echarpe de seda blanca que le había regalado Mc Fowles, y se pasaba el día sólo con ese echarpe y el traje de baño de leopardo.

—Ya no vas a poder bañarte, chico, lo siento —dijo Mc Fowles—. Es una lástima, con este calor...

Pero Mourenz, pese al brazo en cabestrillo, no había perdido el ánimo. Quería encargar a París un fueraborda y unos esquís acuáticos para usarlos en el gran canal de Versalles. Mc Fowles había comprado un toldo de playa de color naranja y había conseguido que el director del hotel le diera permiso para montarlo en el parque. Los cinco estábamos alrededor del toldo.

—Huele a mar —decía Mourenz.

—¿No queréis que aprovechemos la marea baja para dar un paseo? —preguntaba Mc Fowles.

Se inclinaba hacia Anne-Marie.

—Voy a encontrar unas conchas preciosas para ti, cariño...

Ella lo envolvía en una mirada inquieta. Estaba empezando a asustarse con aquellas bromas, me daba cuenta por cómo lo miraba. Seguramente le habría gustado un poco de soledad con Bob en su luna de miel.

Algo así como amargura, como hastío, se iba adueñando de Mc Fowles. En vez de bromas campechanas había ahora comentarios rabiosos, del tipo: «¿Crees que vamos a tener que esperar mucho a ese jodido mar?».

Se volvía hacia Mourenz.

—Qué, ¿ya no te tiras? ¿Te has rajado?

Le propuse a Bob ir a visitar nuestro antiguo internado de Valvert, muy cerca de Versailles.

—De acuerdo, pero con la condición de que haya mar.

Una noche, conseguí llevármelos a dar un paseo por las orillas del gran canal y llegamos al final, donde se extienden unos prados. Hay vacas pastando. El horizonte está despejado y podría parecer que esos prados dominan el mar. No pude por menos de comentárselo a Bob.

—Tienes razón —me dijo—, pero es un espejismo. Cuanto más andas, más retrocede el mar.

Agam, a nuestra espalda, tocaba el acordeón. Mourenz sólo tenía ya escayolada la muñeca. Anne-Marie estaba preocupada.

Esa noche, alrededor de las tres de la madrugada, me despertó el teléfono. Anne-Marie. Me dijo que Bob se había quedado, postrado, en el vestíbulo del hotel y que no quería acostarse. Por la alteración de su voz, me di cuenta de que estaba llorando.

Bajamos los dos a verlo. Estaba en uno de los sofás de la galería grande. Fuimos a sentarnos a su lado.

—Tenéis que disculparme... Sigo esperando a ese jodido mar... No tiene ninguna gracia, ¿sabéis...?

Se echó a reír, pero había algo turbio en aquella risa. Anne-Marie me lanzó una mirada de desesperación. No, no estaba borracho, como creía ella. No necesitaba beber para ponerse en aquel estado.

Intuí que, con todo su cariño por Mc Fowles y toda su afabilidad, buscaba una explicación. ¿Qué decirle? Que Bob no era un mal hombre —ni mucho menos—, sino un chico sensible y cándido también él, y que aspiraba a conseguir un equilibrio, en caso contrario no habría elegido a una chica como ella. Por desgracia, a nosotros, a los antiguos alumnos de Valvert, nos entraban bajones inexplicables contra los que cada cual intentaba luchar a su manera. Todos teníamos, según la expresión de nuestro profesor de química, el señor Lafaire, «alguna chifladura».

Amaneció, yo miraba, en la pared de la galería grande, las manchas de sol que acariciaba despacio la sombra del follaje. A Anne-Marie se le había posado una mosca en el pantalón blanco, algo más arriba de la rodilla.

V

Un sábado sí y otro no, a las nueve de la noche, nos concentrábamos en el patio de la Confederación antes de entrar en la sala de cine, que era pequeña y donde podíamos escoger sitio en el patio de butacas o en el entresuelo, en unos asientos de madera oscura que se cerraban solos.

Pedro estaba buscando dos nuevos operadores que sustituyeran, en breve, al antiguo equipo que componían Yotlande y Bourdon, alumnos de último año de bachillerato. Mi compañero Daniel Desoto y yo nos habíamos ofrecido voluntarios y nuestros dos compañeros de más edad se pasaron unas cuantas tardes enseñándonos a manejar el proyector. A Yotlande lo expulsaron del internado y Bourdon también se fue, así que Desoto y yo nos metimos de forma definitiva en nuestro nuevo cometido.

Los alumnos se sentaban en la pequeña sala de paredes de tono ocre que recordaba un cine de barrio. La pantalla, fijada a un panel móvil, ocultaba el escenario en que, una vez al trimestre, una compañía teatral daba una representación y donde, a final de curso, Pedro comunicaba los premios escolares.

Al cabo de un momento, el señor Jeanschmidt entraba, seguido de Kovnovitzine y su perro labrador atado con correa. Tenían siempre reservados dos asientos en la quinta fila del patio de butacas, del lado del pasillo. Esa llegada de Pedro y Kovo la recibíamos en un silencio que quebraban a veces unos discretos aplausos. El perro de Kovo se echaba en pleno pasillo, muy tieso, en la postura de la esfinge, con la cabeza levemente alzada hacia la pantalla.

Desoto y yo esperábamos, en la cabina de proyección, la señal de Pedro. Levantaba el brazo izquierdo y lo bajaba de golpe, como si espantase una mosca. Podía empezar la sesión.

En la primera parte, un documental o una película de dibujos. Yo volvía a encender las luces. Los asientos se cerraban de golpe. Los alumnos salían un momento al patio de la Confederación, pero Pedro, Kovo y el perro se quedaban en sus sitios. Algunos compañeros venían a vernos a la cabina de proyección. Yo tocaba un timbre para anunciar el final del descanso. Y otra vez el ademán imperativo de Pedro.

Así fue como vimos *El hombre del traje blanco*, *Pasaporte para Pimlico* y otras películas cuyo título he olvidado, pero la que más veces se repetía en el programa —una vez por trimestre— era *La encrucijada de los arqueros*.

Una mansión, una condesa rubia, su hijita, la casa del guardabosques, un pintor enamorado de la condesa, un armonio que se oye de noche, un perro lobo que aúlla a la luna...

El labrador de Kovnovitzine, con las orejas tiesas, le contestaba con un ladrido quejumbroso.

La niña que interpretaba el papel de la hija de la condesa se llamaba «Joyita», o al menos con ese nombre figuraba en los créditos. La primera vez que pusieron en nuestro cine del internado de Valvert *La encrucijada de los arqueros*, a Pedro y a Kovnovitzine los acompañaba un hombre de unos cuarenta años a quien Pedro daba, de tanto en tanto, afectuosas palmadas en el hombro. Al acabar el espectáculo, nuestro director quiso que todo el mundo se quedase donde estaba. Se puso de pie y señalando al hombre que tenía al lado, dijo:

—Os presento a un antiguo alumno del internado. Ha venido esta tarde especialmente porque conoció a una de las actrices de la película.

A partir de entonces, siempre que poníamos en Valvert *La encrucijada de los arqueros*, el hombre asistía a la sesión. Esos sábados, dejaba aparcado el coche delante del Castillo y cenaba en el refectorio, en la mesa de Pedro.

Era de estatura media, pelo castaño claro y mirada vivaz. Trabajaba en negocios de importación y exportación. Tuve la suerte ese año de sentarme yo también a la mesa de Pedro. Los dos hablaban del pasado y de los «veteranos».

—¿Te parece que Valvert ha cambiado? —preguntaba Pedro.

—No. Valvert es siempre Valvert.

Algunos alumnos habían desaparecido durante la guerra, y entre ellos, un tal Johnny, a quien Pedro recordaba con emoción.

—Vuelve el mes que viene —decía—. Pondremos otra vez *La encrucijada de los arqueros*.

Creo que Pedro volvía a proyectar tantas veces la película para dar gusto a su «veterano». El hombre le dijo:

—La verdad es que es muy amable por su parte, señor Jeanschmidt, permitirme que vuelva a ver a Joyita...

Al final de la comida, el veterano nos ofrecía cigarrillos. Estaba prohibido, pero nuestro director, sin que sirviera de precedente, hacía la vista gorda. Y una noche en que le estábamos preguntando por la tal Joyita tuvo a bien satisfacer nuestra legítima curiosidad y la de Pedro.

Sí, puedo decir que mi vida, hasta ahora, no ha sido sino una búsqueda larga y vana de Joyita. La conocí al salir del internado de Valvert, cuando asistí a un curso de arte dramático. De todos los alumnos del Centro Marivaux ninguno hizo carrera en el mundo del espectáculo salvo el gordo a quien llamábamos «Bouboule».

Siempre me acuerdo del Centro Marivaux con un telón de fondo de invierno y de oscuridad nocturna. Tenía dieciocho años e iba tres veces por semana a las «sesiones de conjunto», por usar la expresión de nuestra profesora, una antigua socia numeraria de la Comédie-Française que había fundado, en una planta baja cerca de la plaza de

L'Étoile,

el Centro Marivaux, «antecámara del teatro y del cine, del *music-hall* y del *cabaret*», como anunciaba el folleto.

Sobre ese telón de fondo de invierno y de oscuridad nocturna vuelvo a ver nuestras «sesiones de conjunto», de las ocho a las diez y media de la noche. Al salir de clase, charlábamos un rato antes de desaparecer, Bouboule, yo y los demás, en la negrura del toque de queda. Una noche me encontré en la esquina con Johnny, un compañero de clase de Valvert. Buscaba trabajo en los estudios cinematográficos. Le propuse que asistiera a clase con nosotros, pero no volvió a dar señales de vida. Me cuesta recordar los nombres y las caras de todos. Sólo se me han quedado en la memoria Bouboule y Sonia O'Dauyé.

Sonia fue la estrella del Centro Marivaux. Sólo participó dos o tres veces en las «sesiones de conjunto» porque nuestra profesora le daba clases particulares, un lujo que ninguno de nosotros podía permitirse. Una rubia de cara estrecha y ojos muy claros. Nos intrigó enseguida. Pese a sus veintitrés años, tenía seguramente diez o quince más que nosotros. Decía que pertenecía a una familia de la aristocracia polaca y, para mayor sorpresa nuestra, no llevaba en el Centro ni un mes cuando ya hablaban de ella en una revista de aquella época. Iba —decían— a «debutar muy pronto en el teatro».

Nuestra profesora contestaba con evasivas a las preguntas que le hacíamos sobre los «comienzos» prometedores de la «condesa». Gastaba el dinero a manos llenas en modistos y joyerías. Según Bouboule, reservaba mesas para diez comensales en La Tour

d'Argent,

invitaba a cualquiera, hacía regalos y había quien no podía resistirse a eso. A él bien que le habría gustado sumarse a la pandilla de la «condesa».

Pero todo eso no tendría en la actualidad más importancia que una corona de flores marchitas encima de la tapa de un cubo de basura si no hubiera sido por Joyita.

La conocí el día del certamen anual. Nuestra profesora había acondicionado un escenario en la habitación más espaciosa de su piso y, entre unos cincuenta espectadores, estaba reunido un jurado compuesto por unas cuantas personalidades del mundo de las artes y del espectáculo.

Yo era un alumno demasiado reciente para participar en esa ceremonia y, por timidez, no fui a la calle de Beaujon hasta que hubo acabado el certamen. En la «sala del teatro», Bouboule y unos cuantos compañeros charlaban animadamente.

—El primer premio de tragedia se lo ha llevado la «condesa» —me dijo Bouboule—. A mí me han dado un accésit de *music-hall*.

Le di la enhorabuena.

—La «condesa» había elegido la escena de *La dama de las camelias*, pero no se sabía el texto.

Se inclinó hacia mí.

—Todo esto estaba amañado desde el principio... Chanchullos, chico... La «condesa» habrá repartido

seguramente unos sobres entre el jurado y la señora Sans-Gêne...

La señora Sans-Gêne era nuestra profesora. Había brillado, tiempo atrás, en ese papel.

—Fíjate, han venido unos fotógrafos especialmente para la «condesa». Y ha conseguido que la entrevistasen... Una estrella, vamos... Ha debido de pagarles mucho a todos...

Fue entonces cuando me fijé, al fondo del todo de la sala, en uno de los asientos de terciopelo rojo, en una niña dormida.

—¿Quién es? —le pregunté a Bouboule.

—La hija de la «condesa»... No parece que le haga mucho caso... La ha dejado a mi cargo toda la tarde... Pero a mí no me viene nada bien... Tengo que ir a una audición... ¿No querrías tú ocuparte de ella?

—Bueno.

—Le das un paseíto y la llevas a casa de la condesa, al número 24 del paseo de Albert-I^{er}.

—Está bien.

—Me largo. ¿Te das cuenta? A lo mejor me contratan en un *cabaret*.

Estaba muy nervioso y sudaba a chorros.

—Buena suerte, Bouboule.

No quedábamos ya en la sala más que aquella niña dormida y yo. Me acerqué; tenía apoyada la mejilla en el respaldo del sillón, la mano izquierda en el hombro y el brazo doblado contra el pecho. De pelo rubio y rizado, llevaba un abrigo azul claro y unos zapatos marrones muy recios. Tenía seis o siete años.

Le di un golpecito suave en el hombro. Abrió los ojos.

Unos ojos claros, casi grises, como los de la «condesa».

—Tenemos que ir a dar un paseo.

Se puso de pie. La cogí de la mano y salimos los dos del Centro Marivaux.

Por la avenida de Hoche habíamos llegado a la verja del parque de Monceau.

—¿Quieres que paseemos por ahí?

—Sí.

Asentía con la cabeza, dócil.

A la izquierda, por el lado del bulevar, divisé unos columpios con la pintura desconchada, un tobogán viejo y un arenero de cemento.

—¿Quieres jugar?

—Sí.

Nadie. Ni un niño. Las nubes estaban bajas y el cielo era de un blanco algodonoso, como si fuera a nevar. Se tiró por el tobogán dos o tres veces y me pidió con voz tímida que la ayudase a subir al columpio. No pesaba casi nada. Empujé el columpio en que estaba sentada, muy tiesa. De vez en cuando me miraba.

—¿Cómo te llamas?

—Martine, pero mi mamá me llama «Joya».

Por el arenero andaba una pala y se puso a hacer flanes. Sentado en el banco, muy cerca de ella, me di cuenta de que los calcetines eran de talla y de color diferentes, uno verde oscuro, hasta la rodilla, y el otro, azul, apenas asomaba unos cuantos centímetros del zapato marrón con los cordones desatados. ¿La había vestido la «condesa» ese día?

Tuve miedo de que cogiera frío en la arena y, tras atarle el zapato, me la llevé a la otra punta del parque. Unos cuantos niños daban vueltas en el tiovivo. Eligió para sentarse uno de los cisnes de madera y el tiovivo se puso en marcha entre chirridos. Cada vez que pasaba por delante de mí, alzaba el brazo para saludarme con una sonrisa en los labios y agarrada con la mano izquierda al cuello del cisne.

Al cabo de cinco vueltas, le dije que su mamá la estaba esperando y que teníamos que coger el metro.

—Me gustaría volver a casa a pie.

—Bueno.

No me atreví a decirle que no. No tenía aún edad para ser su padre.

Nos encaminamos hacia el Sena por la calle de Monceau y la avenida de Georges V. Era la hora en que las fachadas de los edificios destacan aún contra el cielo algo más claro, pero no tardaría en confundirse todo en la oscuridad. Había que darse prisa. Como todos los atardeceres, en ese momento me invadía, sin que me resistiera a ello, una angustia difusa. Ella también: notaba la presión de su mano en la mía.

En el descansillo del piso, oía susurros de conversaciones y risas. Una mujer morena de unos cincuenta años, con el pelo corto y un rostro cuadrado y enérgico de bull terrier, nos abrió. Me echó una mirada de desconfianza.

—Hola, Madeleine-Louis —dijo la niña.

—Hola, Joya.

—Traigo a... Joya —dije.

—Entre.

En el vestíbulo, había ramos de flores colocados directamente en el suelo y divisaba al fondo, por la puerta de doble hoja del salón, abierta a medias, grupos de personas.

—Un momento... Aviso a Sonia —me dijo la mujer con cara de bull terrier.

—Cuántas flores... —dije.

—Son para mamá.

Apareció la «condesa», rubia y radiante, vistiendo un traje de terciopelo negro con incrustaciones de azabache en los hombros.

—Es muy amable trayendo a Joya.

—Nada, nada... Qué menos... Enhorabuena... por ese primer premio.

—Gracias..., gracias...

Me sentía incómodo; tenía ganas de irme enseguida de aquella casa.

Ella se volvía hacia su hija.

—Joya, hoy es un gran día para tu mamá, ¿sabes?

La niña clavaba en ella unos ojos desorbitados. ¿Asombro o miedo?

—Joya, a mamá le han dado hoy un premio estupendo... Tienes que darle un beso a tu mamá.

Pero como no se inclinaba hacia su hija, ésta intentaba en vano darle un beso poniéndose de puntillas. La «condesa» ni se daba cuenta. Estaba mirando los ramos que había en el suelo.

—Joya, ¿te das cuenta...? Cuántas flores... Hay tantas que no puedo ponerlas en jarrones... Tengo que ir con mis amigos... Y llevarlos a cenar... Volveré muy tarde... ¿Podría usted cuidar a Joya esta noche?

Por el tono de la voz, no le cabía la menor duda.

—Bueno —dije.

—Le darán de cenar. Y puede dormir aquí.

No me dio tiempo a contestar. Se inclinaba hacia Joya.

—Buenas noches, Joya, cariño... Tengo que ir a ver a mis amigos... Piensa mucho en tu mamá...

Le dio un beso furtivo en la frente.

—Y gracias una vez más, caballero...

Con pasos elásticos, fue a reunirse con los demás, allí, en el salón. Entre el zumbido de las conversaciones, me pareció reconocer el estallido, muy agudo, de su risa.

Poco a poco se fueron apagando las voces a medida que iban bajando las escaleras y me encontré solo con Joya. Me llevó hasta el comedor y nos sentamos, uno frente a otro, a una mesa larga y rectangular con venas de mármol de imitación. Mi asiento era una silla de jardín salpicada de manchas de orín, y el de Joya un taburete que tenía encima un almohadón de terciopelo rojo. No había más muebles en la habitación. La luz nos caía de un aplique con las bombillas al aire.

Un cocinero chino nos sirvió la cena.

—¿Es simpático?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Tiung.

Se comía la sopa muy formal, con el busto erguido.

Estuvo silenciosa toda la cena.

—¿Puedo levantarme de la mesa?

—Puedes.

Me llevó a su cuarto, una habitación con paneles de madera azul celeste. Los únicos muebles eran una cama infantil y, entre las dos ventanas, una mesa redonda cubierta con un mantel de satén encima de la cual había una lámpara.

Se escabulló metiéndose en un cuarto de aseo contiguo y oí que se lavaba los dientes. Cuando volvió, llevaba un camisón blanco.

—¿Podría darme un vaso de agua, por favor?

Dijo esa frase a toda prisa, como si se disculpase de antemano.

—Pues claro.

Anduve errante en busca de la cocina, con la ayuda de una linterna que me había entregado Joya. Me la imaginaba, con aquella linterna que pesaba demasiado para ella, sola, de noche, rodeada de sombras que la aterraban. La mayoría de las habitaciones estaban vacías. Iba encendiendo luces al pasar pero en muchas ocasiones los interruptores no funcionaban. Aquel piso parecía abandonado. En las paredes, unas huellas rectilíneas indicaban que antes había habido cuadros colgados. Una cama grande con montantes de satén blanco acolchado presidía un dormitorio que debía de ser el de la «condesa». En el suelo, un teléfono y, alrededor de la cama, ramos de rosas rojas, una polvera, un echarpe.

No sé por qué, registré los cajones de la cómoda y encontré una ficha antigua de papel pardo a nombre de Blache, Odette, muelle de Le Point-du-Jour, 15, Boulogne-sur-Seine. En la parte de abajo, dos fotos, una de frente y la otra de perfil. Se reconocía bien a la «condesa», pero era más joven, con mirada apagada, como si se tratase de fotos antropométricas.

En la mesa de la cocina, el chino jugaba a las cartas con otro chino y un pelirrojo de piel clara.

—Vengo por un vaso de agua para la niña.

Me indicó la pila. Llené un vaso y les eché una ojeada. Desperdigadas encima del hule, tarjetas de racionamiento. Eso era lo que se estaban jugando. La puerta se cerró despacio al salir yo. El muelle que cerraba la puerta chirriaba.

Otra vez aquella sucesión de habitaciones vacías donde, sin lugar a dudas, había tenido lugar una mudanza apresurada no hacía mucho. ¿Hacia qué guardamuebles? Y la cama de satén blanco, las dos sillas en que se amontonaban maletines y bolsas de viaje, el sofá solitario pegado a la pared indicaban un acomodo provisional.

Me esperaba acostada.

—¿Puede leerme unas pocas páginas?

Otra vez parecía disculparse y me alargaba un libro de tapas sobadas: *El prisionero de Zenda*. Curiosa lectura para una niña pequeña. Me escuchaba con los brazos cruzados y una expresión extasiada en los ojos.

Tras acabar el capítulo, me pidió que no apagase la lámpara ni la araña de la habitación de al lado. Le daba miedo la oscuridad. Asomé la cabeza entre las hojas de la puerta para ver si estaba dormida. Y luego anduve deambulando por el piso y acabé por dar con un sillón de cuero para pasar la noche.

Al día siguiente, la «condesa» me propuso un puesto de preceptor. Sus actividades mundanas y artísticas no iban ya a permitirle atender a Joya. Así que contaba con mi ayuda. Dejé sin lamentarlo demasiado el Centro Marivaux, en el que me había matriculado para huir de la soledad. Ahora que me encomendaban responsabilidades y tenía alojamiento y manutención, me sentía mucho más seguro de mí mismo.

Acompañaba a Joya a un centro privado que dirigía una señora suiza en la calle de Jean-Goujon, el colegio Kulm. Al parecer, Joya era la única alumna de ese centro escolar, y siempre que iba a recogerla, por la mañana o por la tarde, me la encontraba en compañía de aquella señora al fondo del todo de un aula tan oscura y silenciosa como una capilla sin culto. El resto del día lo pasábamos en el césped del paseo de Albert-I^{er} o en los jardines del Trocadéro. Y volvíamos a casa por los muelles.

Sí, el invierno y la oscuridad nocturna encierran todo eso como en un estuche. No era sólo a la oscuridad a lo que Joya le tenía miedo, sino a las sombras que proyectaban en las cortinas la lámpara de su cuarto y, por el hueco de la puerta, la araña de la habitación de al lado.

Veía en ellas manos amenazadoras y se acurrucaba en la cama. Yo la tranquilizaba hasta que se quedaba dormida. Había intentado por todos los medios disipar aquellas sombras.

Lo más sencillo habría sido recorrer las cortinas, pero con la luz de la lámpara corríamos el riesgo de que nos llamase la atención la defensa pasiva. Así que cambiaba de sitio la lámpara, a veces a la derecha, a veces a la izquierda: las sombras seguían allí.

Mi presencia tranquilizaba a Joya. Al cabo de quince días se le había olvidado lo de las manos en las cortinas y se quedaba dormida antes de que hubiese acabado de leerle el capítulo cotidiano de *El prisionero de Zenda*.

Negó mucho aquel invierno y el barrio en que vivíamos, el paseo Albert-I^{er}, el atrio del Museo de Arte Moderno y, más allá, las calles escalonadas en la ladera de la colina de Passy adoptaban el aspecto de una

estación de esquí de Engadina. Y, por el lado de la plaza de La Concorde, el rey de los belgas, subido en su caballo, estaba blanco como si acabase de cruzar una tormenta de nieve. Yo había descubierto, al fondo del local de un chamarilero, un trineo para Joya y la llevaba a que se tirase por un paseo de cuesta poco pronunciada de los jardines del Trocadéro. A última hora de la tarde, cuando volvíamos por la avenida de Tokio, iba tirando del trineo donde iba sentada Joya un tanto tiesa y soñadora, como solía. Me detenía de pronto. Hacíamos como que nos habíamos extraviado en un bosque. Esa ocurrencia tenía el don de resultarle divertida y se le arrebolaban las mejillas.

La «condesa», a eso de las siete de la tarde, apenas si se molestaba en darle un beso a su hija antes de esfumarse rumbo a alguna fiesta nocturna. La misteriosa Madeleine-Louis se pasaba tardes enteras hablando por teléfono sin hacernos gran caso. ¿De qué asuntos se ocupaba aquella mujer con cara de boxeador? Con voz seca, daba citas en su «despacho», y las señas: «soportales del Lido». Por lo visto tenía mucha influencia sobre la «condesa», a quien no llamaba Sonia sino «Odette», y yo me preguntaba si no era de ella de donde «salía el dinero», por usar la expresión de Bouboule. ¿Vivía en el paseo de Albert-I^{er}...? En varias ocasiones me pareció que Sonia y ella volvían juntas de madrugada, pero creo que Madeleine-Louis dormía muchas veces en su «despacho»...

En los últimos tiempos había comprado una gabarra que estaba amarrada cerca de la isla de Puteaux y a bordo de la cual fuimos a hacerle una visita un domingo, Joya, la «condesa» y yo. Había puesto un salón con pufs y sofás. Ese día, con la gorra de marinero y el pantalón blanco, tenía la apariencia de un joven guardiamarina obeso e inquietante.

Nos sirvió el té. Me acuerdo de que en uno de los tabiques de madera de teca estaba colgada, en un marco rojo, la foto de una amiga suya, una artista de pelo corto, descendiente de Surcouf, y cuyas canciones hablaban de escalas, de goletas de madera clara y de puertos bajo la lluvia.

¿Habría comprado esa gabarra por influencia suya?

Al caer la tarde Madeleine-Louis y la «condesa» nos dejaron en el salón a Joya y a mí. La ayudé a hacer un puzzle que le había elegido yo y cuyas piezas eran lo suficientemente grandes para que no se topase con demasiadas dificultades.

El Sena iba crecido aquel invierno y el agua llegaba casi a la altura de los ojos de buey, un agua dulce cuyo olor a cieno y a lilas invadía el salón.

Íbamos navegando los dos por un paisaje de pantanos y de marismas de Brière. A medida que remontábamos el curso del río, iba teniendo, poco a poco, la misma edad que ella. Pasábamos frente a las costas de Boulogne, donde había nacido yo, entre el Bosque y el Sena...

Y aquel hombre de unos treinta años a quien oía andar dos o tres veces por semana, de noche, cuando estaba yo solo con Joya... Tenía una llave del piso y entraba muchas veces por la puerta de servicio. La primera vez se presentó diciéndome que era «Jean Bori», el «hermano de Sonia», pero ¿por qué no se apellidaba como ella?

Madeleine-Louis me puso en antecedentes, con tono untuoso, de que los O'Dauyé

—la familia de Sonia— eran unos nobles de origen irlandés que se establecieron en Polonia en el siglo XVIII. Por cierto, ¿por qué Sonia se llamaba Odette?

Aquel Jean Bori, hermano de Sonia, de rasgos finos y piel picada, me parecía más bien simpático. Cuando no pedía que el cocinero chino le sirviera aparte y llegaba más pronto que de costumbre, cenábamos juntos Joya, él y yo. Le manifestaba un cariño distraído a la niña. ¿Su padre? Iba siempre muy atildado y llevaba alfiler de corbata. ¿Dónde dormía en el piso del paseo de Albert-I^{er}? ¿En la habitación de Sonia o en algún sofá perdido por lo más remoto de la casa?

Solía marcharse tarde, con un sobre en la mano, y en ese sobre estaba escrito «Para Jean» con la letra ancha de Sonia. Evitaba encontrarse con Madeleine-Louis y venía de visita cuando no estaba ella.

Una noche quiso ver acostarse a la niña y se sentó a los pies de la cama para oír también él la lectura cotidiana de *El prisionero de Zenda*. Le dimos por turno un beso a Joya.

En la habitación grande y desolada a la que llamaban el «salón», nos sirvió el chino dos coñacs.

—La verdad es que Odette es una chica peculiar...

Y, tras sacar de la cartera una foto con las esquinas abarquilladas, me la tendió.

—Aquí estaba Odette en sus comienzos, hace cinco años. Se fijó en ella un individuo importante en esa

velada... Bonita foto, ¿no?

Mesas con manteles blancos. Y, alrededor de esas mesas, una gran concurrencia vestida de gala. Una orquesta en una tarima, al fondo del todo. La luz fuerte de los focos iluminaba un decorado alpino compuesto de tres chalets pequeños, un abeto y montañas de cartón cubiertas de nieve artificial, igual que los tejados de los chalets y las ramas de los abetos. Y, frente a los comensales, con esmoquin y vestidos de noche, una treintena de cazadores alpinos, en dos filas y en posición de firmes, calzados con esquís. El suelo también brillaba, por la nieve artificial, y yo no me atrevía a preguntar a aquel Jean Bori si los cazadores alpinos habían estado así con los esquís puestos, quietos, hasta el final de la velada y cuál había sido exactamente el papel de Odette aquella noche. ¿Había vendido programas?

—Era una gala... La «noche del esquí»...

Para mí, aquella nieve y aquel invierno de pacotilla en que habían transcurrido los «comienzos» de Odette se confundían con la realidad. Bastaba con asomarse a la ventana y contemplar la nieve en el paseo de Albert-I^{er}.

—¿Le paga bien Odette su trabajo de aya?

—Sí.

Parecía pensativo.

—Es usted muy bueno ocupándose tan bien de la niña...

Mientras salía a despedirlo al descansillo, no pude por menos de preguntarle si su hermana y él pertenecían de verdad a una familia de la aristocracia irlandesa que había emigrado a Polonia en el siglo XVIII. Pareció que no me entendía.

—¿Polacos nosotros? ¿Odette ha dicho eso?

Se estaba poniendo la cazadora forrada de piel.

—Bueno, polacos, bien... Pero polacos de la puerta Dorée...

Retumbaba la risa en las escaleras y yo me había quedado clavado en medio del vestíbulo.

Recorrí el piso desierto. Zonas de sombras. Alfombras enrolladas. Rastros de cuadros y de muebles en las paredes y en el parquet desnudo, como después de un embargo. Y los chinos estaban seguramente jugando a las cartas en la cocina.

Joya dormía con la mejilla pegada a la almohada. Una niña que duerme y alguien en vela para cuidarla, no deja de ser algo en pleno vacío.

Todo se fue al garete por culpa de una idea de Madeleine-Louis que a Sonia le pareció estupenda: Joya iba a trabajar en «el mundo del espectáculo». Bien encarrilada, pronto igualaría a aquella niña americana que era una estrella de cine. Sonia parecía haber renunciado a cualquier tipo de carrera artística y me pregunto si ella y Madeleine-Louis no volcaban en Joya sus esperanzas frustradas.

Le expliqué a la directora del colegio Kulm de la calle de Jean-Goujon que Joya no iba a ir más a clase. La desconsolaba la perspectiva de quedarse sin su única alumna, y a mí también, por ella y por Joya.

Había que prepararle vestuario en previsión de las fotos que iban a mandar a las productoras. Le hicieron trajes de amazona y de patinadora a lo Sonja Henie y vestidos de niña modelo. Su madre y Madeleine-Louis la llevaban a probarse ropa en sesiones interminables y, desde la ventana, yo veía irse por la nieve del paseo de Albert-I^{er} el cabriolé de Sonia con la capota negra bajada. Se me oprimía el corazón. La niña estaba pillada entre su madre y Madeleine-Louis y ésta restallaba el látigo por encima del caballo igual que un domador de circo.

Tenía a mi cargo llevar a Joya a las clases. Clases de piano. Clases de baile. Clases de dicción, que le daba nuestro profesor de la calle de Beaujon. Sesiones de posado en un fotógrafo de la avenida de Iéna con sus diversos atuendos. Clases de equitación en un picadero del bosque de Boulogne. Allí, por lo menos, estaba al aire libre y recobraba los colores, tan menuda, tan rubia, subida a un caballo gris ruano que se confundía con la nieve y la niebla matutina.

No decía ni palabra y se mostraba siempre dócil pese al cansancio. Una tarde en que Madeleine-Louis y Sonia tuvieron a bien darle asueto, fuimos a los jardines del Trocadéro y se quedó dormida en el trineo.

No tardé en tener que irme al sur de Francia. París se estaba volviendo peligroso y no me podía ya fiar ni siquiera del carnet de identidad a nombre de un antiguo compañero del internado de Valvert que éste me había dado. Joya no se llamaba Joya, Sonia no se llamaba Sonia, pero yo no me llamaba Lenormand.

Les pedí que me dejaran a Joya, quien, seguramente, sería feliz en el sur de Francia. Fue inútil. Madeleine-Louis, tan gruesa y tan dura, estaba muy emperrada en esa idea suya de convertirla en una niña prodigio de la pantalla. Y Sonia... Era tan influenciable, tan evanescente... Y esa manía de escuchar la

sonata «Claro de luna» con la mirada perdida... Sin embargo, siempre sospeché que ocultaba, tras sus tules y sus vahídos, una robustez arrabalera.

Me marché una mañana, antes de que se despertara la niña.

En Niza, pocos meses después, vi una foto suya en la página de espectáculos de un semanario. Interpretaba un papel en una película que se llamaba *La encrucijada de los arqueros*. Estaba de pie, en camión, con una linterna eléctrica en la mano, la cara algo más delgada y expresión de estar buscando por el piso desierto del paseo de Albert-I^{er} a alguien.

A mí, a lo mejor.

Nunca más supe nada de ella. Tantos inviernos se han ido acumulando desde entonces que no me atrevo ya a contarlos.

Bouboule sí que salió adelante. Rebotaba como una pelota de goma y tenía su misma versatilidad. Pero ¿y ella? En la calle de Jean-Goujon, el colegio Kulm, adonde iba a recogerla por la mañana y por la tarde, ya no existe. Cuando paso por el muelle, me acuerdo de la nieve de entonces, que cubría las estatuas de Alberto I, rey de los belgas, y de Simón Bolívar, simétricas, a un centenar de metros una de otra. Ellos, por lo menos, no se han movido, los dos siguen igual de tiesos en sus caballos e indiferentes a los remolinos que dejan tras de sí, en el agua glauca, las gabarras.

VI

Era siempre en el refectorio, después del reparto de la correspondencia, donde nos anunciaba Pedro la expulsión de algún alumno. Y así el culpable almorzaba por última vez con nosotros, esforzándose en poner buena cara, pavoneándose o, por el contrario, conteniendo las lágrimas. Yo me sentía intranquilo y triste siempre que uno de nosotros tenía que pasar por ese trago. Pensaba en él como en un condenado a muerte y me habría gustado que, en el último momento, Pedro lo hubiese indultado.

La expulsión de Philippe Yotlande me impresionó aunque ese condiscípulo fuese, igual que Bourdon y Winegrain, mucho mayor que yo. Cuando llegué a tercer curso de bachillerato, él repetía sexto. Nuestro director lo había nombrado «aspirante» en la Hermosa Jardinera.

Como era costumbre, Pedro le comunicó la condena en el refectorio. Yotlande optó por tomarse el asunto a la ligera y se pasó la comida bromeando con sus vecinos de mesa.

A primera hora de la tarde, nuestros aspirantes nos hicieron subir marcando el paso del patio de la Confederación a la explanada del Castillo. Pedro y todos los profesores esperaban, de pie en la escalinata de la fachada, a que hubiera silencio. Entonces, nuestro director pronunció la frase ritual con voz grave y entrecortada:

—Su compañero Philippe Yotlande queda expulsado del internado.

Estaba en posición de firmes, y también los demás profesores.

—Yotlande, Philippe, tenga a bien salir de la fila y acercarse...

Yotlande se apartó de sus compañeros de curso y subió la escalinata con paso deportivo. Se había puesto el blazer con el escudo del internado que teníamos que llevar todas las noches para cenar.

—Yotlande, Philippe, póngase en posición de firmes ante sus compañeros...

Estaba inmóvil en el rellano de la escalinata, como en el cadalso, con una sonrisa tímida en los labios y expresión de disculpa.

—Yotlande, Philippe, no es digno de seguir entre nosotros. Lo expulso de Valvert...

Pero, antes de volver a bajar las escaleras, Yotlande le alargó la mano a Pedro y a todos los profesores con un buen talante tan evidente que ni uno se negó a estrechársela.

Muchos años después, a última hora de la tarde, a eso de las siete, a la salida del Racing-Club de París, estuve observando de lejos a Philippe Yotlande sin atreverme a abordarlo. ¿Se acordaría aún de Valvert? No necesitaba hablar con él. Intuía sus diversos estados de ánimo...

Con los brazos apoyados en el volante y la barbilla en el dorso de las manos, llevaba mucho rato pensativo en el descapotable viejo del que nunca se había querido separar. Habría sido amputarse parte de su persona, pues ese coche iba unido a todo un período de su vida.

¿Qué hacer con aquel atardecer de verano? Todos los días, desde por la mañana, estaba en la piscina del Racing. Iba a tomarse un pambania [\[1\]](#) y un zumo de tomate al bar y luego veía en la televisión la etapa del Tour de Francia. Y volvía a la zona de la piscina.

Llevaba sin dirigirle la palabra a nadie desde principios de mes y estaba a gusto. Dos o tres veces, en el Racing, había rehuido siluetas de personas conocidas. Le extrañaba estar tan huraño, él, que siempre había sido muy sociable.

El único momento en que notaba una fugitiva angustia era alrededor de las siete de la tarde. La perspectiva de una velada y de una cena a solas consigo mismo lo asustaba un poco, pero esa aprensión se iba disipando según cruzaba el bosque de Boulogne. La tarde era templada y el bosque le traía muchos recuerdos. En el Pré-Catelan, más allá, había asistido a algunos convites de boda. Todos sus amigos habían acabado casándose con el paso de los años.

Más allá aún, por la parte de Neuilly, la bolera del Jardín de Aclimatación era un sitio muy de moda en la época lejana en que Yotlande se saltaba las clases de una academia de bachillerato después de que lo expulsaran del internado de Valvert. Se pasaba casi todas las tardes en la bolera. Allí se encontraba uno con miembros de la «pandilla» de la piscina Molitor o la de La Muette y decidían dónde iba a ser el siguiente guateque.

¿Por qué lo expulsaron de Valvert? Pues porque había llevado al internado una maleta llena hasta arriba de vaqueros y de discos americanos que vendía a mitad de precio a los demás alumnos. Un amigo de la pandilla de la piscina Molitor le proporcionaba esas mercancías que procedían del P. X., ese almacén al que sólo podían ir los miembros del ejército estadounidense estacionado en Europa.

P. X.: esas dos letras a las que rodeaba tamaño prestigio, ese almacén inaccesible que tanto había hecho soñar a los muchachos de la edad de Philippe Yotlande, no le dirían nada hoy en día, pensó, a alguien de veinte años. P. X. había ido a reunirse al desván de los trastos viejos con la esclava, esa pulsera de entonces en la que había exigido que grabasen: Jean-Philippe. Un nombre compuesto queda más elegante.

En la puerta de La Muette torció a la izquierda y se metió por el bulevar de Suchet. Iba por él a diario hasta la puerta de Auteuil, y luego, por el bulevar de Suchet, llegaba a la puerta de La Muette, se metía en el bulevar de Lannes hasta la puerta de Maillot, daba media vuelta en dirección a la puerta de Auteuil y albergaba la esperanza de que al acabar ese paseo sin meta ya habría escogido un lugar para ir a cenar. Pero continuaba indeciso y seguía recorriendo un rato más aún, muy despacio, las calles del distrito XVI.

A los dieciocho años había sido el niño bonito de ese barrio. En su habitación de la calle de Oswaldo-Cruz, se arreglaba por última vez el nudo de la corbata o se pegaba el mechón a la frente, o, a veces, lo echaba hacia atrás con un leve toque de una barra de cosmético. Vestía con frecuencia de blazer y pantalón gris y en el blazer lucía un escudo del Motor-Yacht-Club de la Costa Azul, del que era miembro su padre; y el calzado eran unos mocasines italianos en cuyas lengüetas metía una moneda, que era algo que estaba muy de moda. Había incluso quienes usaban para eso luises de oro.

Sujetos en el marco del espejo, los tarjetones de invitación del sábado por la noche. En esos tarjetones blancos estaban grabados apellidos que empezaban por «de» o compactos apellidos compuestos de la más recia burguesía. Los padres invitaban a los amigos de su hija a eso que llamaban un «rally». Todos los sábados por la noche, Philippe Yotlande titubeaba entre una decena de rallies. Escogía dos o tres y sabía que su presencia les otorgaba un lustre particular. Efectivamente, un rally con Philippe Yotlande era un rally más logrado, más animado que otro cualquiera. Así es como había sido uno de los convidados más solicitados de cientos y cientos de rallies.

Rallies de los barrios de Auteuil y de Passy, que organizaban una burguesía y una pequeña nobleza pimpantes que frecuentaban las playas de La Baule o de Arcachon. Rallies más modestos del barrio de la Escuela Militar: el padre, coronel o funcionario, había esquilado su presupuesto para que su hija pudiera invitar a sus distinguidas amigas del liceo Victor-Duruy. El ambiente era un tanto solemne, los padres asistían a la velada y se bebía zumo de naranja; en el distrito XVIII, rallies estirados y campechanos a un tiempo de una burguesía de toga que tenía sus cuarteles de verano en Cabourg y los de invierno en Chamonix; rallies más espectaculares de La Muette y de la avenida de Foch, donde los retoños de los bancos protestantes, católicos y judíos se codeaban con los blasones más relumbrantes de la aristocracia francesa y con unos cuantos apellidos exóticos de consonancias chilenas o argentinas. Pero las veladas que prefería Yotlande y que los demás padres miraban con malos ojos porque tenían un aroma de escándalo y un viso de «nuevo rico» eran las que daban el hijo y las dos hijas de un abogado de empresas casado con una exmaniquí en uno de esos pisos con terrazas de los edificios de la entrada del bulevar de Suchet.

Se había formado un núcleo en el bulevar de Suchet, una pandilla de una decena de chicos y chicas, la mayoría de los cuales tenían coches deportivos y habían ido, como Yotlande, al internado Valvert. Al hijo del abogado de empresas le habían regalado cuando cumplió los dieciocho años un Aston-Martin; Yotlande se conformaba con un M. G. rojo descapotable. Otro de ellos conducía un Nash verde claro...

La señora de la casa, la exmaniquí, participaba a veces en las veladas de su hija, como si tuviera su edad. Y uno de los recuerdos más deslumbrados de Philippe Yotlande fue la noche de junio en que todo el mundo estaba bailando en la terraza y la madre de sus amigos inició un flirt con él. Ahora debía de ser una anciana, pero por entonces aparentaba treinta años. Tenía pecas en la cara y en los hombros. Aquella noche el flirt entre ambos fue tórrido, por recurrir a una expresión que ahora ya no se usa.

Hubo cientos y cientos de veladas así. Bailaban o se apartaban a una esquina de la terraza para una partida de póquer o se ponían a buen recaudo, de dos en dos, en un dormitorio, como hacía Yotlande con una de las chicas de la casa. Soñaban al compás de la música de Miles Davis mirando cómo se balanceaban las frondas del bosque de Boulogne, Aquella temporada feliz de la vida de Philippe Yotlande la interrumpió

el servicio militar.

Lo mandaron a Argelia dos meses antes de los acuerdos de Évian. Luego, se quedó un tiempo en el Val-de-Grâce y, tras la intervención de un amigo de su padre, acabó el servicio como chófer de un oficial de marina, un hombre muy apuesto que había sido íntimo del mariscal De Lattre. En compañía de ese oficial, Yotlande daba largos paseos por el bosque.

Acababa de volver a la vida civil cuando murió su padre. Su madre se puso, con gran coraje, al frente de los laboratorios farmacéuticos Maurice Yotlande, y como Philippe ya tenía edad de trabajar, le encomendaron las «relaciones públicas» de la empresa familiar... No es que destacase en ese puesto, pero hacían la vista gorda por respeto al doctor Maurice Yotlande, a quien todos echaban tanto de menos. Unos años después, su madre se retiró en el sur de Francia tras haber cedido los laboratorios Yotlande a un grupo extranjero, lo que les aportó a su hijo y a ella grandes beneficios financieros. Desde entonces, Philippe, que se había familiarizado algo con la Bolsa, gestionaba indolentemente la fortuna de ambos.

Había llegado al cruce del bulevar de Suchet con la avenida de Ingres. Un coche lo adelantó y el conductor, sacando la cara de bulldog por la ventanilla, insultó a Yotlande, quien le contestó con una sonrisa soñadora. Tiempo atrás le habría dado alcance y, luego, le habría adelantado encerrándolo, pero ya no tenía edad para bromitas de esas. Se detuvo bajo los árboles de la avenida de Ingres y encendió la radio. Un locutor comentaba con voz metálica la última etapa del Tour de Francia. Los árboles, el banco, el quiosquito de madera verde y uno de los edificios, a la derecha, lo hicieron retroceder veinte años.

Aquí, en la avenida de Ingres, había ido a ver a una danesa guapa y famosa por entonces, que se llamaba Annette Sroyberg. Un fotógrafo de *Paris-Match*, mucho mayor que él, le había cogido simpatía a Philippe Yotlande y lo había introducido en un ambiente no tan burgués como el que había frecuentado hasta entonces. Y así es como había conocido en La Belle Ferronnière o en el Bar des Théâtres a unas cuantas modelos de portada de revista y a algunas aspirantes a actriz. Pero quien más huella le había dejado era Annette Sroyberg.

Volvió a ver a Annette el invierno siguiente en una sala de fiestas de Megève; se acercó a saludarla y quiso la casualidad que saltase el fogonazo de un flash. La foto salió a toda página en una revista con el siguiente pie: «Las estrellas de cine y del Todo París se reúnen después de esquiar». Y allí estaba Philippe Yotlande, una estrella, sentado junto a Annette Sroyberg y otras diez estrellas. Sonreía. La foto fue de mano en mano en los rallies e incrementó la cuota de prestigio de Yotlande. El distrito XVI estaba loco con él, le habían hecho una foto en Megève al lado de Annette Sroyberg; a los diecinueve años había llegado a su apogeo.

Fue al concluir el servicio militar cuando notó, de forma imperceptible, que había envejecido. En los rallies a los que seguía acudiendo cada vez había menos personas de su edad: el trabajo, el matrimonio, la vida de adulto las iban atrapando a unas tras otras. Yotlande se encontraba frente a frente con personas para quienes el calipso y el chachachá de sus dieciséis años eran bailes tan obsoletos como el minué y no sabían qué había sido el P. X. Se guardaba muy mucho de enseñarles la foto de

L'Esquinade

que, en cinco años, se había puesto amarilla como esas fotos del verano del 39 en que se ve a los noctámbulos de Juan-les-Pins bailando la *chamberlaine*.

Pero tenía en el fondo un carácter despreocupado y alegre que lo impulsaba a aprender los bailes nuevos y conservar su papel del más animado del grupo.

Ella tenía dieciocho años y se conocieron en una velada. Pertenece a una familia de industriales belgas. Los Carton de Borgrave tenían un piso en París y otro en Bruselas, un castillo en las Ardenas y una villa en Knocke-le-Zoute. Su hija parecía muy enamorada de Philippe Yotlande y al cabo de unos pocos meses sus padres lo pusieron entre la espada y la pared: o se prometían o Philippe Yotlande no volvería a verla.

La ceremonia se celebró en Bruselas y por la noche los Carton de Borgrave dieron una recepción en su piso de la avenida Louise. Yotlande había invitado a todos sus amigos de París. A su futura familia política la dejaron desconcertada las excentricidades en que cayeron, hacia la medianoche, aquellos jóvenes franceses. Una de las hijas del abogado de empresas del bulevar de Suchet, que se había pasado con el champán, hizo un *striptease*, mientras otro invitado se bebía una copa tras otra a la salud de la reina Isabel de Bélgica y las tiraba por el balcón.

La familia había decidido que los prometidos pasasen unas vacaciones muy formales en la villa de Le-Zoute y los Carton de Borgrave invitaron a la madre de Philippe Yotlande a pasar el mes de agosto con ellos. Al principio, Yotlande jugaba al tenis con su novia y los amigos de ésta. ¿Se debió al ambiente de la villa, el Castel Borgrave, un edificio de gran tamaño, de estilo Tudor, donde su futura suegra, a la hora del té, le hablaba de todas sus relaciones: de la princesa de Rethy, a quien llamaba de tú, y del barón Jean

Lambert, un muchacho a quien aterraban los rayos del sol? ¿Se debió a esa juventud dorada —pero que muy dorada— y fanática de karting? ¿O a aquella panda de hombres maduros con atuendo de *yachtmen* que se saludaban en las terrazas de los cafés, a orillas de la playa, intentado dar a sus ademanes una indolencia a lo Saint-Tropez? ¿Se debió al cielo plomizo? ¿Al viento? ¿A la lluvia? El caso es que aquello era demasiado para Philippe Yotlande. Al cabo de diez días huyó de Le-Zoute en el primer tren tras dejar una carta a la que había sido su prometida, disculpándose.

Caía la noche en la avenida de Ingres y se decidió por fin a arrancar. Iba por el bulevar de Suchet en dirección a la puerta de Auteuil. Le dolía el recuerdo de aquel noviazgo roto.

En su momento había sentido cierto alivio y vuelto a sus costumbres. Pero en los rallys a que se empeñaba en seguir asistiendo le hacían notar que era viejo. Aunque, desde luego, lo seguían apreciando. Se había convertido en algo así como una mascota.

Sí, las cosas habían cambiado mucho. Para empezar, el aspecto físico de Philippe Yotlande contrastaba con el de los más jóvenes. Yotlande seguía llevando el pelo corto y no había descartado los blazers de sus dieciocho años. Le gustaba llevar trajes beige y zapatos con suela de crep y estaba bronceado todo el año. Y así seguía coincidiendo con lo que había sido el modelo de los adolescentes de su generación: los norteamericanos deportistas de principios de la década de los cincuenta.

El tiempo iba pasando. Y Philippe Yotlande tenía que hacer algo con su ocio. Dedicaba buena parte de la vida al tenis y a los deportes de invierno e iba adoptando hábitos de solterón; pasaba en casa de su madre, en Cannes, un mes al año.

Sus antiguos amigos lo invitaban en vacaciones, pues sabían que sería un huésped agradable. Los hijos de éstos lo querían mucho. Con ellos, más que con sus padres, recobraba su animación de antaño, de los tiempos de las salidas en motora y de las juergas en

L'Esquinade.

Poco a poco se le iba colando por dentro cierta melancolía. Le había empezado alrededor de los treinta y cinco años. Y a partir de entonces le gustaba quedarse a solas para «meditar», como decía, que era algo que no le había ocurrido en la vida...

En la puerta de Auteuil tomó en sentido inverso el bulevar de Suchet hasta la puerta de La Murette. Se detuvo a la entrada de la avenida de Henri-Martin. El reloj de pulsera marcaba las ocho y media y continuaba sin saber dónde ir a cenar.

Daba igual. No corría prisa. Seguía por la avenida de Henri-Martin y se metió, a la izquierda, por la avenida de Victor-Hugo. Más abajo, en la plaza, bajó del coche, cerrando la puerta despacio, y con paso lento fue a sentarse en la terraza del café Scossa.

Allí iba a parar todas las noches, a la misma hora, como si hubiera resbalado, sin ser consciente de ello, hacia un misterioso centro de gravedad. Hay lugares que imantan las almas que han perdido el rumbo y rocas que la tempestad no inmuta. Para Philippe Yotlande, el Scossa era hasta cierto punto el último vestigio de su juventud, el último punto fijo en la desbandada general.

La terraza del Scossa era antes un sitio para citarse. Atardeceres de verano, como hoy, en que se iniciaban flirts entre el rumor de la fuente y de las hojas de los árboles y la campana de la iglesia anunciaba el principio de las vacaciones...

Empezó con un *ice-cream-soda*. En los tiempos en que se saltaba las clases de la academia de bachillerato iba a paladearlos en el sitio en que eran mejores: los soportales de Le Lido.

Ya era casi de noche. Algunos coches cruzaban por la plaza de Victor-Hugo. Echó una ojeada en torno. Había pocos clientes en la terraza. Al fondo, a la izquierda, vio a Mickey del Pam-Pam,

y no pudo por menos de quedarse mirando, deslumbrante bajo la luz de neón, el pelo rubio platino, la ola que formaba sobre la frente y las ondas que le imprimían un movimiento encrespado hasta la nuca. Mickey seguía fiel al peinado de su juventud.

El drama de la vida de Mickey había sido que cerrase un bar de Les Champs-Élysées, en la esquina de esa avenida y la calle de Lincoln. Ocupaba un lugar principal allí desde hacía más de veinte años y había tenido su época gloriosa durante la guerra, cuando los «swings» frecuentaban ese local y Mickey se hallaba entre los más prestigiosos. Su título de nobleza databa de aquella época: Mickey del Pam-Pam.

Tras haberse quedado sin su feudo, emigró tristemente al Scossa.

Yotlande miraba a hurtadillas a aquel joven viejo de sesenta años, solo en su mesa, con el peso de la melena teñida doblegándole la cabeza. ¿Con qué soñaba esa noche Mickey del Pam-Pam?

¿Y por qué algunas personas siguen, hasta que son viejas, presas de una época, de un solo año de sus vidas, y se van convirtiendo poco a poco en la caricatura decrepita de lo que fueron en su cenit?

Y él, Philippe Yotlande, ¿no iba a convertirse dentro de unos años en una especie de Mickey del Pam-Pam?

? Ante esa perspectiva un escalofrío le recorrió la espalda, pero no había perdido su carácter bromista y, asombrándose a sí mismo de que se le ocurrieran todas aquellas cosas serias, decidió ponerse desde esa misma noche un mote para más adelante: «Hamlet del Scossa».

A pocas mesas de él, una muchacha de unos veinte años estaba sentada con un hombre de pelo gris, cabeza erguida y prestancia de *gentleman-rider*, con una roseta en la solapa de la chaqueta. El abuelo, pensó Yotlande. El hombre se puso de pie y se dirigió hacia la parte trasera del café, apoyándose en un bastón.

La muchacha se quedó sola en la mesa. Era rubia, con flequillo y pómulos marcados. Se estaba tomando la granadina con una pajita.

Yotlande la miraba fijamente. Se parecía a su antigua novia belga.

¿Y si, aprovechando la ausencia momentánea del abuelo, se presentaba y le preponía una cita, con una inclinación, como quien invita a una mujer a bailar?

Miraba cómo se bebía ella la granadina. Había cumplido treinta y ocho años en el mes de junio, pero no podía aún aceptar por completo que el mundo no fuera un guateque eterno.

VII

A mi compañero Daniel Desoto lo expulsaron también del internado y hubo que buscarme otro compañero para el equipo de la cabina de proyección.

Desoto pasó por el mismo calvario que Yotlande: el anuncio de su expulsión en el refectorio; el ascenso al rellano de la escalinata delante de todos los alumnos y los profesores, silenciosos; la voz seca de Pedro comunicándole que «no era digno»... Pero no tuvo la misma actitud que su compañero de mayor edad.

Pasadas unas semanas de su expulsión, vino a vernos al volante de un coche deportivo de color rojo que aparcó en la explanada del Castillo. Era la hora del recreo y formábamos un grupo de admiradores alrededor del coche. Desoto nos estaba explicando que su padre, a quien llamaba «Daddy», se lo había regalado por su cumpleaños. Y como nos extrañaba que pudiera conducir antes de tener edad para sacarse el carnet, nos reveló que Daddy se las había «apañado» para que le dieran la nacionalidad belga: en Bélgica «conducían sin carnet», por lo visto. Todos sabíamos lo mimado que tenía Daddy a su hijo desde que Desoto nos había enseñado las fotografías del velero que Daddy le había regalado el verano anterior.

Jeanschmidt se fijó en nuestro grupo y rogó a Desoto que se largase en el acto. Lo habían expulsado por su comportamiento indolente y sus caprichos de niño mimado y no querían verlo más en Valvert. Sin inmutarse, Desoto, con la sonrisa en los labios, abrió despacio la puerta del coche, sacó de la guantera un cartón de cigarrillos americanos y dijo, alargándosela a Pedro:

—Tenga, señor director, de parte de Daddy...

Luego arrancó a toda máquina.

Quince años después, de paso por una ciudad de veraneo de la costa atlántica, me lo encontré en el paseo marítimo. Me reconoció enseguida. Ya no tenía mofletes y un mechón canoso le jaspeaba el pelo negro.

A la mañana siguiente me llamó por teléfono para invitarme a comer en el club de tenis del lugar.

Hacía bueno. Bajo la gran pérgola del club de tenis, cerca de la barra, había dos mesas reservadas a nombre del «señor Desoto».

Un hombre de alrededor de sesenta años, con ropa de tenis, se me acercaba con paso airoso. Me alargó la mano y me sonrió. Una sonrisa de reptil. ¿Sería por la forma sinuosa de los labios?

—¿Está esperando a Daniel?

—Sí.

—Doctor Réoyon. Soy un amigo de Daniel.

Y con gesto eclesiástico, presionándome el hombro, me obligó a volver a sentarme.

¿Por qué me sentí tan poco a gusto en el acto con el tal doctor Réoyon? Es de esas cosas que no tienen explicación. Me observaba, con los ojos guiñados, y una sonrisa le flotaba en los labios sinuosos. Yo buscaba una frase para romper el silencio.

—¿Hace mucho que conoce a Daniel?

—Sí. Hace mucho. ¿Y usted?

Había en aquella pregunta un toque de desafío, como si yo supusiera una amenaza para él o me considerase un rival.

Afortunadamente, llegó Daniel. Llevaba un pantalón corto blanco y una cazadora azul marino; a los dos nos intimidaba ese reencuentro.

—¿Ya has conocido al doctor Réoyon? Es mi mejor amigo —me dijo atropelladamente—. ¿Sabes que le debo mucho...?

—De ninguna manera, Daniel, de ninguna manera —exclamó el doctor—. Soy yo quien me honro con su

amistad...

Luego dijo, volviéndose hacia mí:

—Daniel está casado con una mujer maravillosa. ¿La conoce...?

—Mi mujer llegará enseguida —me dijo Daniel—. ¿Quieres beber algo?

Y mientras yo titubeaba, se volvió hacia el barman.

—Dos Americanos, Michel. Y una horchata para el doctor Réoyon.

De lo solícito que se mostraba «Michel» se desprendía que Desoto era una personalidad allí, en el club de tenis. Nos sentamos, en unas sillas de madera de pino, a una de las mesas reservadas a nombre del señor Desoto.

—Sabrás que tienes delante a un hombre realmente extraordinario —me dijo Desoto, señalando al doctor—. Ya te lo explicaré...

Réoyon, modesto, se encogió de hombros. Se nos acercaba un grupo que se componía de una mujer joven, rubia, y de varios adolescentes con ropa de tenis.

—Gunilla, mi mujer —me dijo Desoto, presentándome a la bellísima rubia.

Ella apenas me miró y me hizo una breve seña con la cabeza. Luego, sonrió al doctor Réoyon. Éste se puso de pie y le besó la mano con la misma suavidad con que me había presionado el hombro hacía un rato.

Daniel Desoto pidió unas ensaladas y un rosado para nosotros y un huevo crudo y agua sin gas para el doctor Réoyon. Parecía estar al tanto de las mínimas costumbres de éste.

La mujer de Desoto era sueca. Hablaba el francés con voz grave e imperiosa. Los tres o cuatro adolescentes que almorzaban con nosotros la colmaban de atenciones, pero estaba claro que sentían una admiración no menor por Daniel Desoto.

El doctor Réoyon llamaba a esos adolescentes por sus nombres y les prodigaba el afecto brusco de un antiguo jefe de *scouts* que zarandea a sus lobatos. Durante la comida no se habló más que de los reveses o de los servicios de Daniel Desoto en un momento u otro de la mañana, y todos lo felicitaban por la calidad de sus *smashes*. Las únicas críticas procedían del doctor Réoyon y Desoto lo escuchaba con la boca abierta. ¿Qué papel desempeñaba aquel médico en la vida de mi antiguo condiscípulo? Gunilla Desoto fumaba al desgaire un cigarrillo e informaba de que jugaría al tenis por la tarde. Los adolescentes discutían para saber quién iba a tener el honor de ser su pareja con la misma angustia con que los cortesanos del Rey Sol se preguntaban si irían la vez siguiente a Marly. Réoyon, con voz de canónigo, les proponía que lo echaran a suertes.

Todos cuantos pasaban por la pérgola saludaban a Daniel Desoto, a su mujer y al doctor Réoyon. El barman nos llevaba en palmitas y se anticipaba a nuestros mínimos deseos. Daniel y Gunilla eran los reyes de aquel club de tenis; todos los miembros de éste, sus súbditos; y el doctor Réoyon, su eminencia gris. Seguramente, Dany disfrutaba de eso que suele llamarse en los clubs de tenis y de golf una estupenda situación. Y yo me sentía orgulloso por mi amigo, al ver que se había casado con una mujer muy guapa y se había convertido en un hombre de peso.

Entiendo de piedras preciosas y me fijé, en los dedos de la mano de Gunilla Desoto, en una esmeralda de los Urales y un diamante de un agua hermosísima. Alcé la cabeza y se me cruzó la mirada con la del doctor Réoyon. Mirada extraña, como la que le echa el tramposo profesional a un recién llegado de quien sospecha que tiene también las cartas marcadas.

—Hermosas piedras, ¿verdad? Se las aconsejé a Gunilla por su virtud terapéutica —me dijo Réoyon.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté.

—Eso quiere decir que el doctor Réoyon puede sanarlo a uno de cualquier dolor —me espetó Gunilla, muy seca.

—Es verdad, chico —insistió Daniel Desoto—. Y el doctor Réoyon puede dormirte en un minuto, aquí mismo... Basta con que te dé un masaje en la frente... Venga, doctor.

—No diga niñerías, Daniel.

Al médico se le contraían los labios sinuosos y bien perfilados. La dureza de su rostro me dejó helado.

—Disculpe, doctor... Sólo quería enseñarle a mi amigo de qué es usted capaz...

—La medicina es una cosa seria, Daniel.

Había vuelto al tono empalagoso.

—El doctor Réoyon tiene razón, cariño —zanjó Gunilla.

Estuve sentado en la pérgola toda la tarde. Daniel Desoto había reservado la pista central para jugar al

tenis. Hacía, a ratos, alguna breve aparición, cada vez más nervioso, repitiendo que «no estaba en forma», pese a los ánimos que no paraban de darle sus jóvenes admiradores. Gunilla, preocupada, me explicaba con su voz grave que Daniel no se podía estar quieto y que siempre sentía la necesidad de derrochar energía. Menos mal que el doctor Réoyon velaba por él.

Al acabar el partido, Daniel tiró con gesto rabioso la raqueta de tenis contra una de las columnas de la pérgola y se fue al bar, de morros como un niño. Quienes lo rodeaban debían de estar acostumbrados a esos ataques de mal humor, ya que ninguno de sus cortesanos —ni tan siquiera el doctor Réoyon— fue a inmiscuirse en su enfurruñamiento y Gunilla se esfumó tras recoger la raqueta de Daniel y haberle susurrado unas cuantas palabras al oído al doctor Réoyon, quien asintió con la cabeza y desapareció a su vez.

Le di una palmada en el hombro a Daniel. Se volvió y me sonrió con aquella sonrisa afectuosa y un poco triste que era su sonrisa en los tiempos del internado. Luego tiró de mí hasta el extremo de la pérgola, donde no había nadie. Nos sentamos en un banco.

—¿Y Daddy? —le pregunté.

Pues Daddy ahí seguía. A los setenta y cinco años, Daddy estaba aún como una rosa. Y Desoto me contó que, precisamente, estaban pasando allí unas vacaciones su mujer y él con Daddy y Mammy, como llamaba a su madre. Vivían todos en el Bellevue, ese hotel donde todos los años, desde su más tierna infancia, él, Daniel, pasaba un mes con Daddy y Mammy. El Bellevue —me decía— era hasta cierto punto su casa. Y el club de tenis su madriguera: Daddy lo apuntó a los tres años con una dispensa de edad.

Y como éramos amigos desde hacía mucho, me lo contó todo: después de un año mareando la perdiz durante el que Daniel «las pasó canutas» trabajando con un amigo comprensivo de su padre, Daddy aceptó por fin que se casase con Gunilla con la condición de que Gunilla dejase su profesión de maniquí y se convirtiese al judaísmo. Daddy les compró un piso muy grande en la calle de Jean-Goujon y Mammy se encargó de decorarlo. Sí, era Daddy quien le había prestado el dinero para que le regalase joyas a Gunilla.

Daddy le había encomendado un trabajito poco absorbente en su distribuidora cinematográfica. La ventaja era que viajaban mucho y no se perdían ni un Festival de Cannes, circunstancia que a Gunilla le resultaba muy entretenida.

¿Y qué pintaba en todo aquello el doctor Réoyon? Noté a Daniel un tanto reticente. Ah, pues el doctor Réoyon era algo así como un consejero que los acompañaba en todos sus desplazamientos. Vivía con ellos, en la calle de Jean-Goujon. Gunilla y él le debían mucho al doctor Réoyon. ¿Y a Daddy qué le parecía el tal doctor? Esta vez Daniel no respondió. Desvió la conversación comunicándome que Gunilla y él querían tener un hijo. En la calle de Jean-Goujon, en casa, ya estaba listo el cuarto del niño. Una habitación muy grande, azul celeste. Y Daniel me confesó que a veces se iba allí a dormir solo. Curiosa idea, ¿no?

Me acompañó hasta la entrada del club de tenis que señalaba la frontera de su reino. Pareció conmovido cuando le dije que les diera muchos recuerdos de mi parte a Daddy y a Mammy. Crucé la carretera nacional y miré atrás. Entonces vi que me hacía una seña con el brazo, con la expresión agobiada de un eterno príncipe de Gales y el mechón blanco caído encima de la frente, un mechón que era su único signo de envejecimiento, pero que resultaba imposible de creer, aquel mechón tan blanco que parecía que llevaba el pelo teñido.

Alguien me oprimía con suavidad el hombro. Me volví. El doctor Réoyon.

—Querría hablar con usted —me dijo con voz sorda.

Llevaba debajo del brazo una cartera fina de cuero marrón cuyo color contrastaba con la blancura inmaculada del atuendo de tenis. ¿Por qué azar estaba allí? ¿Nos había seguido a Daniel y a mí cuando salimos del club? ¿O se había apostado al filo de la carretera para esperarme?

—Venga por aquí, haga el favor...

No tardamos en llegar a la altura de un minigolf cuyo terreno resguardaban de la carretera nacional unas vallas de madera blanca y unos setos de aligustre. Una mujer rubia andaba atareada tras el mostrador de un edificio pequeño de estilo rústico y techo de paja.

—¿Va a jugar una partida, doctor?

Y ya le estaba alargando un palo de golf.

—No, no. Sólo vamos a tomar algo.

Me indicó con el ademán que me sentase a una de las mesas.

—Dos horchatas...

—Bien, doctor.

Había puesto la cartera plana encima de la mesa y acariciaba el cuero con la yema de los dedos.

—Preferiría que no volviera a ver a Daniel —me dijo con tono seco.

—¿Por qué?

—Porque opino que no es bueno para él.

Me perforaba con aquella mirada suya de serpiente. Seguramente quería asustarme. Pero a mí más bien me estaba entrando la risa.

—¿Y por qué iba a hacerle daño? Soy uno de sus amigos de infancia...

—Acaba de pronunciar la palabra justa.

Había suavizado el tono. Otra vez aquella forma untuosa y dental de hablar. Y seguía acariciando el cuero de la cartera. La mano iba y venía y me pasó una imagen por la cabeza con la precisión y la fuerza de una evidencia: veía aquella mano acariciándole las nalgas suavemente a Gunilla Desoto.

—¿Se lleva usted bien con la mujer de Daniel? —le pregunté a quemarropa.

—Muy bien. ¿Por qué?

—No, por nada...

—Hace un momento ha dicho usted una palabra de capital importancia —dijo Réoyon, nervioso—. La palabra «infancia». Daniel no ha dejado de ser un niño... Ése es el problema...

Bebió despacio un sorbo de horchata y luego movió los labios como un catador probando un nuevo caldo.

—Y con los niños hay que atenerse a determinada conducta... Se precisa mucha autoridad... Para eso estoy yo... Los padres de Daniel son demasiado débiles y demasiado mayores... Soy el único que puede resolver el problema... Con el visto bueno de su mujer, desde luego...

Ahora acariciaba con el índice la cremallera de la cartera.

—Si prefiero que no vuelva a ver a Daniel es por su bien... Todo cuanto le recuerda su infancia o el internado sólo sirve para agravar su caso... Siento mucho decirle que ejercería usted una influencia nefasta sobre él... Déjelo en paz...

Seguramente no le agradaba mi sonrisa.

—La situación es mucho más seria de lo que usted cree... Los padres de Daniel se hacen cargo a la perfección y me dan carta blanca... Tengo aquí todos los documentos que demuestran lo que le estoy diciendo...

Abrió la cremallera de la cartera con la lentitud y la delicadeza con que separamos los pétalos de una flor.

—¿Quiere ver los documentos?

—No merece la pena.

Arrimé mi cara a la suya siempre con la sonrisa en los labios, una sonrisa amenazadora seguramente.

—Soy el tutor de Daniel... Un tutor de lo más oficial —susurró Réoyon.

—¿Y qué opina su mujer de todo esto? —pregunté.

—Tengo su total aprobación. Y me ayuda en mi cometido.

Se había puesto de pie y estaba, tieso, delante de mí, con su ropa de tenis y la cartera de cuero marrón debajo del brazo. De los setos me llegaba, a vaharadas, un aroma a aligustre tan fuerte como el del laberinto de Valvert.

—Disculpe, caballero —me dijo—, pero la señora Desoto me está esperando para una sesión de masaje.

VIII

Todos los años, en el mes de junio y en domingo, la fiesta del internado reunía a padres y amigos. La llamaban «Fiesta de los deportes» y bastaba con esas palabras para indicar el carácter peculiar de nuestro internado, donde el deporte prevalecía sobre todo lo demás. En el escudo azul con un triángulo de oro que llevábamos cosido en el blazer estaba escrita la palabra DEPORTE en la base del triángulo, como si fuera una divisa o un imperativo.

Kovnovitzine estaba en su salsa esos domingos. Vuelvo a verlo, con la cabeza erguida, un polo Lacoste, alpargatas y pantalones blancos, presidiendo el orden de la ceremonia como tiempo atrás el marqués de Cuevas la forma en que transcurrían sus ballets. Choura, su labrador, tenía permiso, de modo excepcional, para pasearse sin collar. Y nosotros, los alumnos, rivalizábamos en proezas: carreras de cien metros, ejercicios atléticos, recorridos cronometrados de la pista Hébert, prueba de salto con pértiga. La fiesta concluía al atardecer con un partido de hockey que Pedro arbitraba personalmente.

Las estrellas de ese día eran, desde luego, los saltadores de pértiga. El mejor recibía una copa de manos de Kovnovitzine. Pero ese año me fijé mucho menos en las hazañas de mis compañeros que en Martine, la hermana de Yvon.

Estaba tumbada en bañador en la hierba, a la orilla de la piscina. La rodeaban los héroes del día: los chicos mayores que nosotros, Christian Winegrain y Bourdon, los grandes vencedores de la prueba de salto con pértiga; Philippe Yotlande, Mc Fowles, Charell y otros más... Yvon les había presentado a su hermana a todos ellos y estaba a su lado, tímido y serio, como un intérprete o un escudero. Y orgulloso del éxito que tenía Martine.

Y yo también, al fijarme en la manera en que se esforzaban en destacar ante ella, notaba cierto orgullo. Ninguna chica, estaba convencido, tenía aquella melena caoba, aquellos ojos claros, aquella nariz algo respingona, aquellos muslos largos y aquellos movimientos gráciles del busto para volverse y encender un cigarrillo en el mechero que le acercaba Winegrain. Era mi amiga de infancia.

Su hermano y ella vivían en el pueblo, en la calle del Docteur-Dordaine, en una casa con la fachada cubierta de hiedra; e Yvon iba al internado como mediopensionista. Lo envidiábamos porque volvía todas las tardes a su casa. Su padre era arboricultor de profesión. En los invernaderos, detrás de la casa, jugábamos en aquellos años al escondite; yo había vivido en aquel pueblo tres años y conocí a Yvon y a su hermana en el colegio

Jeanne-d'Arc.

Yvon, ella y yo teníamos la misma edad por entonces —nueve o diez años—, pero me parecía que en aquel tiempo Martine era tan mayor como ahora, junto a aquella piscina. Era ella quien nos preparaba la merienda y nos llevaba de paseo al bosque hasta la aldea de Les Metz; era ella quien decidía que íbamos a jugar al escondite o a volar cometas.

Mi única ventaja sobre los demás era que había conocido a Martine mucho antes que ellos.

En su honor, Winegrain y Bourdon se zambullían de forma cada vez más espectacular, aquél dando el salto del ángel y éste el salto de la carpa tras haber llegado al borde de la piscina andando con las manos. Con motivo de la fiesta de los deportes se habían pasado un poco al echarle azul de metileno a la piscina en cuestión, y cuando Winegrain y Bourdon volvían para sentarse con nosotros llevaban en los brazos y en las piernas lo que parecían regueros de tinta.

Un hombre de alrededor de cuarenta años se había sumado a nuestro grupo. ¿Un antiguo alumno de nuestro colegio o, sencillamente, uno de aquéllos a quienes Yotlande y Winegrain habían conocido en las numerosas veladas de París cuyos principales animadores eran ellos?

A él también parecía haberlo cautivado Martine. No le quitaba ojo. De entrada, se había presentado con voz fina: Da Silva, y como había aludido a un viaje inminente a São Paulo, llegué a la conclusión de que era

brasileño. Hablaba francés sin ningún acento. ¿Por qué Winegrain, Bourdon y Yotlande lo llamaba con confianza «Baby»? ¿Por la cara redonda y el pelo negro rizado? ¿Porque ceceaba de forma imperceptible?

—¿Es usted... alumna de este internado? —le preguntó a Martine.

Winegrain se echó a reír.

—¿Ella? ¿Alumna de Valvert? Mi pobre Baby...

Luego dijo, volviéndose hacia Martine:

—Discúlpelo... La falta de costumbre... En Brasil...

—¿Es usted brasileño de verdad? —preguntó Martine. Aquel repentino interés suyo por aquel Baby da Silva nos preocupaba a Yvon y a mí.

—Hace bien en preguntarlo —dijo Winegrain—. Desde que conozco a Baby tengo una duda al respecto.

—No le haga caso, señorita —dijo Baby con su voz fina—. Soy brasileño y, si se porta usted bien, le enseñaré mi pasaporte.

Martine no asistió al partido de hockey. Y, sin embargo, Winegrain y Bourdon le suplicaron que se quedase, afirmándole que su presencia era necesaria. Ella no dio su brazo a torcer. Vestida de azul celeste, se encaminaba hacia el portón del internado con aquellos andares perezosos que tenía ya los jueves por la tarde, en el bosque, cuando Yvon, ella y yo íbamos a recoger castañas.

Winegrain intentó cogerla del brazo, pero ella se desasíó, riéndose.

—¿No quiere hacer como si acabásemos de casarnos? —le preguntó él.

—No... No quiero casarme con usted.

—Entonces, ¿con quién quiere casarse? —preguntó Bourdon.

—Con el más rico —dijo Martine.

El más rico era seguramente Winegrain, a quien apodábamos «El hijo del Banco de Crédito». O Mc Fowles, cuya abuela norteamericana había creado los productos de belleza Harriet Strauss.

—Son todos ricos, ¿sabes? —dijo Yvon con tono abatido.

—Pero el más rico creo que es Baby —dijo Winegrain—. ¿Verdad que sí, Baby?

Baby se encogió de hombros.

—No se olvide, señorita, de que le tengo que enseñar el pasaporte —dijo Baby, con sonrisa insinuante.

—Con eso cuento...

¿De qué tipo era la mirada que Martine clavaba en aquel Baby da Silva? ¿Irónica? ¿Interesada? ¿O ambas cosas a la vez?

Se separó del grupo sin despedirse, como si estuviera cansada de nuestra compañía. Nos dejaba allí plantados, salía por el portón del internado, cruzaba el puentecillo sobre el Bièvre. Y nosotros nos quedábamos detrás de la verja, siguiendo con los ojos la mancha tierna de su vestido en el crepúsculo.

A partir de ese momento, iban a buscarla todos los sábados en un Lancia o en un coche grande inglés que conducía Da Silva. Éste pasaba antes por el internado para recoger a Winegrain, a Bourdon y a otros dos o tres que se apretaban en el asiento trasero. Baby frenaba de golpe delante de la casa de la calle del Docteur-Dordaine y tocaba la bocina varias veces. Martine nos daba un beso a Yvon y a mí con la cabeza en otra parte ya. Iba corriendo hasta el coche y éste bajaba como una tromba por la avenida flanqueada de tilos que desembocaba en la Nacional.

Yo me quedaba en el pueblo con Yvon. Ya no tenía ganas de ir a París, con su hermana, como solía, los sábados por la tarde. Esos días yo los esperaba a los dos en la estación de Montparnasse. Íbamos a ver una película o Martine nos llevaba de tiendas. En verano, dábamos un paseo por el bosque de Boulogne y para cenar tomábamos un bocadillo en la terraza de un café. Yo los acompañaba a Montparnasse a la hora del último tren.

Ahora, sin Martine, las tardes nos parecían vacías y les teníamos envidia a Winegrain, a Bourdon, a Yotlande y a los demás miembros de la pandilla en cuya egeria se había convertido. A Yvon y a mí nos desdeñaban por nuestra edad. Todos tenían diecinueve o veinte años aunque todavía estuviesen en quinto y sexto curso de bachillerato.

Y Baby da Silva, ¿qué papel desempeñaba exactamente entre ellos?

Martine volvía hacia las diez de la noche y yo todavía estaba con Yvon en su cuarto o en el jardín. Hacía el menor ruido posible, pero sorprendíamos el resbalar furtivo de sus pasos. Nunca quería decirnos de forma concreta en qué había pasado el día. A veces nos contaba que los otros la habían llevado al cine o a un guateque. Y a su vez nos preguntaba cosas. Parecía un poco apurada por dejarnos abandonados los sábados, y una noche, seguramente para que viéramos que seguía siendo independiente, nos contó que Winegrain

había querido regalarle un mechero de oro y laca negra, pero que no había aceptado el regalo. Tampoco había aceptado el «Beauty Case Harriet Strauss» de cocodrilo azul, regalo de Mc Fowles.

Winegrain, por lo visto, le había preguntado a quién iba a «conceder sus favores». Y ella le había contestado que «no se los iba a conceder a nadie».

Yvon y yo intentábamos enterarnos de más cosas en el internado, escuchando las conversaciones de los miembros de la pandilla. Pero cuando nos acercábamos, hablaban en voz baja y se reían con sarcasmo como si supieran algo de Martine que nosotros dos no podíamos sospechar.

Un día, durante el recreo largo, en el prado de césped, Winegrain nos comunicó a Yvon y a mí, con tono agrio, que Martine estaba «colada» por Baby da Silva.

Efectivamente, ahora era Baby, y sólo Baby, quien venía a buscarla los sábados a la calle del Docteur-Dordaine. Yvon le había preguntado a su hermana si no podríamos nosotros acompañarlos, pero se negó con tono seco. Y luego, dándose cuenta de que nos había herido, dijo:

—Se lo diré a Baby la próxima vez.

Pero no debió de decírselo nunca y no nos atrevimos a recordarle su promesa.

Acechaba el Lancia desde la ventana del cuarto de Yvon. Ya no estaba con nosotros. El vestido nuevo y los zapatos de tacón la hacían parecer mayor. Iba maquillada.

Baby no necesitaba ya tocar la bocina. Nada más pararse el Lancia delante de la casa, Martine bajaba muy deprisa las escaleras. Él había abierto la puerta y ella se zambullía en el coche y se sentaba a su lado. Baby arrancaba de golpe y esa prisa nos escamaba mucho a Yvon y a mí.

La traía cada vez un poco más tarde según pasaban las semanas. Primero, a las diez; luego, a las once; luego a medianoche. Yvon y yo esperábamos hasta que volvía.

Un sábado, estuvimos esperando hasta las dos de la mañana. Los padres de Yvon pasaban fuera el sábado y el domingo y una tía, ya anciana, que vivía en un pabellón detrás de la casa, nos preparaba la comida y nos atendía. Pero se acostaba muy temprano.

Estábamos empezando a preocuparnos e Yvon quería llamar por teléfono a Winegrain o a Bourdon, pero no teníamos ni las señas ni el número de teléfono de ninguno de los integrantes de la pandilla. ¿Venía en la guía el tal Baby da Silva? ¿Vivía en París? Cuando se lo preguntábamos a Martine, no nos contestaba nunca. Y, sin embargo, debía de estar muy al tanto de esas señas.

Oímos un ruido de motor que sonaba cada vez con mayor claridad en el silencio. El Lancia apareció a la entrada de la avenida flanqueada de tilos. La carrocería gris brillaba a la luz de la luna. Yvon apagó la luz de su cuarto para que no nos vieran tras la ventana. El Lancia iba cuesta arriba al ralentí. Se detuvo delante de la casa, pero el motor seguía en marcha. Una puerta que se cierra de golpe. Carcajadas. La voz de Da Silva. Tras la ventana, Yvon y yo conteníamos el aliento. Martine se inclinó hacia la ventanilla y besó a Baby. Éste, antes de arrancar, le sacó al motor un ronquido muy fuerte, como solía. Curiosa costumbre. Martine, de pie, quieta, al filo de la acera, esperaba a que el coche doblase la esquina de la avenida.

Dio un portazo al entrar y subía por las escaleras con paso más torpe que de costumbre. El ruido de una caída. Se echó a reír. ¿Estaría borracha?

Empujó la puerta del cuarto de Yvon. Su silueta se recortaba en el hueco de la puerta con la luz de pasillo.

—¿Qué hacéis ahí a oscuras los dos?

—Te estábamos esperando —dijo Yvon.

—Muy buena idea esa de esperarme.

Tenía las mejillas algo sonrosadas y le relucían los ojos. Yo estaba seguro de que si la tocábamos nos atravesaría una corriente eléctrica. El pelo, los ojos claros, la boca roja y la piel parecían fosforescentes.

—Tengo que anunciaros una gran noticia.

Estábamos los dos sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la cama de Yvon.

—No os quedéis ahí... Vaya caras de funeral.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Yvon con tono seco.

—Sí. Mucho. Pero tengo que anunciaros algo muy importante... Podríamos bajar al salón...

Nos tiró del brazo, riéndose. Con su perfume se mezclaba un olor muy leve a alcohol y yo me preguntaba si era a coñac o a ron.

En el salón, se acercó al mueble bar y lo abrió.

—¿Tomamos algo? ¿Vale?

Cogió una botella donde había un líquido granate y que llevaba, colgada de una cadenita, una placa plateada en forma de corazón.

Puso la bebida en las copas.

—¡Ahora vamos a brindar!

Brindamos. Era la primera vez que tomábamos una bebida alcohólica en aquel salón y nos sentíamos un poco violentos, Yvon y yo, como si estuviéramos cometiendo un sacrilegio y nos hubiéramos metido allí forzando la puerta.

Martine se desplomó en uno de los sillones.

—¡Allá va! He decidido casarme —dijo con un soplo de voz.

Yvon la miraba fijamente con ojos desorbitados. Le pasó por la mirada una expresión de espanto.

—¿Tú? ¿Casarte?

Martine apretaba entre los dedos la placa plateada de la botella de licor. Se la puso como una pulsera en la muñeca.

—¿Así que nos vas a dejar plantados?

Ahora era ella la que miraba estupefacta a su hermano. La placa plateada se le había resbalado de la muñeca.

—¿Dejaros plantados? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Y con quién vas a casarte? —preguntó Yvon.

—Con Baby... Baby da Silva...

Con ese mote entraban ganas de reírse. Con risa nerviosa. Baby.

—¿El brasileño?

—Sí... Es muy simpático, ¿sabéis?... Estoy segura de que os llevaréis muy bien con él.

—Pero a lo mejor no necesitas casarte —dijo Yvon con voz tímida.

Hubo un momento de silencio. Yo habría querido meter baza también. Buscaba palabras para decirle que, a fin de cuentas, el matrimonio era inútil. Pero no me atrevía a abrir la boca.

—Sí... Sí..., me voy a casar.

El tono era seco y no admitía réplica. Yvon y yo estábamos los dos rígidos en nuestros sillones.

—No veo qué va a cambiar eso... —dijo Martine—. Todo será como antes... Mirad... Me ha regalado un anillo de compromiso.

Nos alargaba la mano para que admirásemos el anillo. Yo era muy joven entonces, pero distinguía las piedras preciosas. Ésta era un brillante espléndido, blanco azulado, montado en platino.

Martine se inclinó hacia nosotros.

—Baby es muy rico... Tiene grandes propiedades en Brasil... Le diré que no podemos separarnos... Vendréis a vivir con nosotros... Y, además, está dispuesto a hacer todo lo que yo quiera...

Pero a todo aquello le faltaba convicción. Algo estaba llegando a su fin. Miré a mi alrededor. Conocía todos los muebles, todos los recovecos del salón. Allí era donde jugábamos después de pasear por el bosque; allí celebrábamos los cumpleaños de Martine y de Yvon. Y también una o dos navidades. El abeto delante de la rotonda del ventanal. Había una foto encima de la cómoda, en un marco de cuero: Yvon y yo llevábamos pantalón corto y Martine, apoyada en el tronco de un árbol, se estaba comiendo una manzana.

—Millonario... Baby es millonario, ¿sabéis?... —repetía Martine—. Y además le pediré que os compre una casa en Brasil...

No se había quitado el abrigo. La última vez, pensé, que estábamos reunidos los tres en el salón...

Me acordaré siempre de aquel edificio de la calle de Les Belles-Feuilles, del tramo que baja hasta la rotonda de Bugeaud. Winegrain había llamado por teléfono a Yvon a eso de las cinco de la tarde de aquel sábado para decirle que «celebraban» el compromiso de Martine y de Baby da Silva y que se requería nuestra presencia.

Cogimos el tren y, en Montparnasse, el metro hasta Porte-Dauphine. El edificio estaba pues, como nos había dicho Winegrain, en la esquina de la calle de Les Belles-Feuilles con un callejón sin salida que se llamaba igual. Fachada beige, sin balcones ni cornisas. Ventanas pequeñas y cuadradas, algunas de ellas en forma de ojo de buey. El Lancia estaba aparcado al fondo del callejón. A la derecha del portal, una placa de mármol con unas letras deslucidas: «Pisos amueblados».

Ya era de noche. ¿Febrero? ¿Marzo? Gotas de lluvia. Yvon y yo nos habíamos quitado los jerséis porque

el aire era templado.

Un pasillo ancho con una alfombra de terciopelo rojo. A la izquierda, puertas acristaladas. Winegrain nos estaba esperando en el hueco de una de ellas y nos indicó con un ademán que entrásemos.

Habría podido decirse que se trataba de la sala de espera o del comedor de un hotel. Paredes tapizadas de tela escocesa. Mesas redondas y sillas de madera oscura. Bourdon, Leandri y otro chico a quien yo no conocía estaban repantigados en el sofá de cuero pegado a la pared.

—Sentaos —nos dijo Winegrain.

Nos sentamos a una de las mesas en la que había tazas, una tetera, una botella y copas de champán.

—¿Un poco de té?

Llenó dos tazas.

—Martine no tardará. Está arriba, en casa de Baby...

—¿Vive aquí? —preguntó Yvon con voz inexpresiva.

—Sí. Tiene alquilada una habitación amueblada —dijo Winegrain.

Los demás fumaban en silencio. Leandri se había quedado dormido. La luz procedía de una lámpara con pantalla rosa que estaba cerca de nosotros y también, a través de dos hojas acristaladas, de una cabina telefónica empotrada en la pared del fondo.

—Me alegro de verdad de que estéis aquí los dos —dijo Winegrain.

Los demás, ahora, nos acechaban con unas sonrisas muy peculiares.

—Así que Martine quiere casarse con Baby —siguió diciendo Winegrain con la voz sentenciosa de un profesor que enuncia un teorema—. Yo, personalmente, no estoy de acuerdo. ¿Y vosotros?

—No sé —dijo Yvon.

Hacía realmente mucho calor en aquella habitación y yo estaba sudando. Yvon también.

—Pero vosotros sois de la familia... Podríais tener influencia sobre ella... Creo que deberíais hablarle...

Se puso una copa de champán y se la bebió de un trago. Se le arrebolaron las mejillas. Tenía un relámpago perverso en la mirada.

—Hace mucho que conozco a Baby... Sería un auténtico error que se casase con Baby... Sobre todo...

Le apretaba la muñeca a Yvon.

—Sobre todo, no penséis que se trata, por mi parte, de alguna forma de celos...

Se volvió hacia los demás como para ponerlos por testigos.

—No tienes motivo alguno para estar celoso de ese individuo —dijo Bourdon.

—Sólo me he llevado un chasco —suspiró Winegrain—. Me he llevado un chasco con Martine... Creía que tenía mejor gusto...

—Martine hace lo que le apetece —dijo con tono seco Yvon—. No es cosa tuya.

Me pregunté por qué seguíamos sentados en aquel salón. Yvon opinaba como yo, puesto que se puso de pie.

—Espera —dijo Winegrain—. Voy a decirles que bajen... No saben que estáis aquí... Es una sorpresa.

Fue hacia la cabina telefónica con paso vacilante. Empujó las hojas acristaladas con el hombro y descolgó despacio el teléfono. Yvon estaba de pie.

Winegrain salió de la cabina y fue a darle palmaditas en el hombro a Yvon.

—Baby baja enseguida... Tu hermana no tardará.

Estábamos otra vez sentados, con los ojos clavados en la reja del ascensor, a la entrada del pasillo, a la izquierda.

—Aquí hace un calor que se asa uno —dijo Winegrain.

Fue a abrir una de las ventanas. Un olor a lluvia y a hojas invadió la habitación y el viento alzó un poco el mantel blanco de nuestra mesa. El ascensor estaba bajando con un gemido agudo y monocorde. Se abrió la reja para dar paso a Da Silva. Entró en el salón y pareció sorprenderle nuestra presencia, la de Yvon y la mía, pero ni siquiera nos saludó. Llevaba un terno azul marino muy serio.

—¿Y Martine? —preguntó Winegrain.

—Se ha quedado en la cama —dijo Da Silva con su peculiar voz de falsete—. Yo tengo que ir a trabajar... Tengo que ir a buscar a una clienta americana a la estación de Lyon...

—¿Tardará mucho?

—No... Tengo que dejarla en Neuilly... La lata es que tengo que ir primero al garaje por el Daimler... Y además la americana no quiere que me despegue de ella... Ya no puede quedarse dormida si no le tengo cogida la mano...

Winegrain nos echaba miradas furtivas y curiosas, como si quisiera comprobar el efecto que nos causaban aquellas palabras. ¿Era a aquella americana a quien había pertenecido el diamante blanco azulado

que Da Silva le había regalado a Martine como anillo de compromiso?

Da Silva entró en un cuchitril, al lado de la cabina telefónica, y al salir llevaba en la cabeza una gorra azul marino con visera negra de chófer particular. Y, curiosamente, con aquella gorra tenía una cara completamente diferente de la que le conocíamos. No tenía ya expresión infantil, sino la piel blanca y abotagada de algunos barmans nocturnos, los párpados arrugados y los labios finos, sobre todo el superior, que ni existía. El conjunto daba una impresión de abulia y de dureza.

—Hola, chicos... Esta noche no voy a poder llevar a casa a Martine. Cuento con vosotros...

Tampoco la voz era la misma. Era pastosa y gutural.

—¿Vas al Círculo Gaillon esta noche? —preguntó Winegrain.

—Si la americana se duerme pronto...

—Entonces juega por mí...

Winegrain le alargó un fajo de billetes. Da Silva los contó tras humedecerse el dedo con saliva.

—Espero tener potra. ¡Adiós!

Giró sobre los talones, de la forma minuciosa de un bailarín de sociedad, y salió de la habitación. Al cabo de un momento, se oyó el motor del Lancia.

—Ahora tenemos que hablar los tres —dijo Winegrain, inclinándose hacia nosotros—. Cuento con vosotros para avisar a Martine... Ese individuo no es ni millonario ni brasileño...

Soltó una risita ahogada.

—Lo conocí cuando trabajaba en la bolera de la puerta de Maillot... Ahora es chófer... Y mañana...

Yvon había agachado la cabeza como si no quisiera oír nada.

—Dice que se llama Da Silva... Pero en realidad se llama Richard Mouliade... Mouliade... Mou-lia-de...

Aquel apellido de sonoridades líquidas me daba arcadas. Era como el remolino del cieno cuando se traga a alguien.

—Y además tiene antecedentes penales... Es de verdad muy mala cosa para Martine...

Otra vez la risa sofocada. Me faltaba el suelo debajo de los pies. El salón cabeceaba. Tenía de verdad ganas de vomitar. El viento hinchaba por debajo el mantel de la mesa y yo buscaba algo firme para agarrarme. Se me quedaron prendidos los ojos en una araña grande, apagada, que teníamos precisamente encima y cuyos colgantes brillaban con un destello gris.

—Qué queréis..., cuando una está enamorada... —susurraba Winegrain.

IX

Pasábamos las tardes de los lunes de otoño haciendo tareas que el señor Jeanschmidt llamaba «de jardinería»; toda la clase rastrillaba las hojas secas del césped, andando de espaldas detrás de Pedro. Y luego cargábamos los montones de hojas muertas en unas carretillas que íbamos a vaciar a un solar que estaba al lado del barracón del vestuario.

A última hora de una tarde de mayo, durante el recreo, Pedro me sorprendió contemplando el follaje del plátano grande que estaba al borde del césped.

—¿En qué piensa, hijo?

—En las hojas que habrá que rastrillar el otoño que viene, señor Jeanschmidt.

Frunció el ceño.

—Es lo mismo que pasa con los alumnos —me respondió, muy serio, Pedro—. Los antiguos se van, los nuevos llegan. Los nuevos se convierten en antiguos y así sucede una vez tras otra... Exactamente igual que las hojas...

Me pregunté entonces si conservaba algunas trazas, boletines de notas viejos, redacciones viejas, de todas esas hojas que se iban renovando de año en año.

Por supuesto, algunos «antiguos» seguían vivos en la leyenda del colegio: Johnny, por ejemplo, cuyo nombre estaba grabado en una de las taquillas del vestuario, aquel vestuario que olía a madera mojada, junto al que vaciábamos, en otoño, las carretillas... Pedro nos había contado tantas veces la historia de Johnny que me parecía que lo había conocido igual de bien que a un compañero de clase.

Siempre que pienso en Johnny lo veo en el piso de su abuela, en la avenida del Général-Balfourier. En ausencia de ésta, alguien hacía la limpieza con regularidad, ya que no había ni una mota de polvo en los muebles y el parquet estaba tan reluciente que Johnny, intimidado, andaba de puntillas.

A media tarde, el sol dibujaba un rectángulo grande, amarillo como la arena, en medio de la alfombra. La luz envolvía los estantes de libros y las paredes en una gasa, como esas fundas que tapan los muebles en las casas que no se están usando. Sentado en el sofá, Johnny estiraba la pierna y el zapato del pie derecho llegaba al centro de la mancha luminosa de la alfombra. Miraba, inmóvil, el reflejo del sol en el cuero negro del zapato y, a poco, le daba la impresión de que ya no lo tenía unido al cuerpo. Un zapato abandonado para toda la eternidad en medio de un rectángulo de luz. La noche caía poco a poco. La luz estaba cortada y, según iba invadiendo el piso la penumbra, Johnny notaba una angustia cada vez más agobiante. ¿Por qué se había quedado en París solo? Sí, ¿por qué? Seguramente el entumecimiento y la parálisis de los malos sueños en el momento de huir de un peligro o de tomar un tren.

Y sin embargo, en París, aquel verano, hacía bueno y Johnny había cumplido veintidós años. En realidad se llamaba Kurt, pero desde hacía mucho lo llamaban Johnny porque se parecía a Johnny Weissmüller, un deportista y una estrella del cine a quien admiraba. Johnny tenía dotes sobre todo para el esquí, cuyas sutilezas había aprendido con monitores de Sant-Anton cuando su abuela y él vivían aún en Austria. Quería ser esquiador profesional.

Había creído incluso que iba pisando las huellas de Weissmüller el día en que le propusieron un papel de extra en una película de montaña. Poco tiempo después del rodaje, su abuela y él se fueron de Austria, por culpa del Anschluss. En Francia, lo matricularon en el internado de Valvert. Allí estuvo hasta que declararon la guerra.

Ahora, todas las noches, a eso de las ocho y media, salía del piso vacío de su abuela y cogía el metro hasta Passy. Llegar allí era llegar a la estacioncita de un balneario o al final de trayecto de un funicular. Por las escaleras, iba a uno de los edificios del nivel inferior que había cerca de la glorieta de L'Alboni, en esa zona escalonada de Passy que recuerda a Montecarlo.

En lo alto de uno de esos edificios vivía una mujer que le llevaba quince años, una tal Arlette d'Alwyn, a quien había conocido en la terraza de un café de la avenida Delessert en el mes de abril de ese mismo año.

Ella le explicó que estaba casada con un oficial de aviación de quien no sabía nada desde que empezó la guerra. Creía que estaba en Siria o en Londres. En el borde de la mesilla de noche, muy a la vista, la foto, enmarcada en cuero granate, de un hombre moreno y apuesto de bigote fino que vestía un mono de aviador. Pero aquella foto parecía una foto de cine. ¿Y por qué sólo estaba grabado el nombre de ella, Arlette d'Alwyn, en una placa de cobre que había en la puerta del piso?

Arlette le dio una llave de su casa y, por las noches, cuando entraba él en el salón estaba echada en el sofá, sólo con una bata. Escuchaba un disco. Era una rubia de ojos verdes, de piel muy suave, y aunque le llevase quince años, parecía tan joven como Johnny y había en ella algo soñador y vaporoso. Pero tenía temperamento.

Lo citaba a eso de las nueve de la noche. Durante el día, ella no estaba libre, y él tenía que irse del piso por la mañana muy temprano. A Johnny le habría gustado mucho saber a qué se dedicaba, pero ella eludía las preguntas. Una noche, llegó unos momentos antes que ella y registró, al azar, el cajón de una cómoda, donde encontró un recibo del monte de piedad de la calle de Pierre-Charron. Se enteró así de que había empeñado una sortija, unos pendientes y un prendedor y, por primera vez, notó un leve aroma de naufragio en aquella casa, más o menos como en la de su abuela. ¿Sería el olor opiáceo que impregnaba los muebles, la cama, el tocadiscos, los estantes vacíos y la foto del supuesto aviador, cercada de cuero granate?

Él también estaba en una situación difícil. Llevaba dos años sin salir de París, desde aquel mes de mayo de 1940 en que acompañó a su abuela a Saint-Nazaire. La abuela cogió el último barco rumbo a los Estados Unidos, intentando convencerlo de que se fuera con ella. Tenían el visado en regla. Él le dijo que prefería quedarse en Francia y que no corría ningún peligro. Antes de la hora de embarcar se sentaron ambos en uno de los bancos de la glorieta pequeña que había cerca del muelle.

Johnny intentó localizar en París a antiguos compañeros del internado de Valvert. No tuvo éxito. Entonces, anduvo dando vueltas por las inmediaciones de los estudios de cine, pidiendo un trabajo de extra, pero había que tener un carnet profesional que a los judíos les negaban y, con mayor motivo, a los judíos extranjeros como él. Fue al Racing Club, a ver si necesitaban un profesor de gimnasia. Empresa vana. Tenía el proyecto de pasar el invierno en una estación de esquí donde, a lo mejor, podía encontrar un empleo de monitor. Pero ¿cómo llegar a la zona libre?

Leyó por casualidad un anuncio por palabras: en sombreros Morreton buscaban maniqués. Lo cogieron. Posaba en un estudio del bulevar de Delessert y a la salida de ese lugar de trabajo fue donde conoció a Arlette d'Alwyn.

Lo fotografiaban de cara, de perfil, de tres cuartos y en todas las ocasiones tocado con un sombrero Morreton diferente de forma o de color. Un trabajo así requiere lo que el fotógrafo llamaba «estampa», porque el sombrero acentúa los defectos de la cara. Hay que tener nariz recta, buen trazo de barbilla y arco ciliar bonito, cualidades que él poseía. El trabajo duró un mes y luego lo despidieron.

Entonces vendió unos cuantos muebles del piso en que había vivido con su abuela, en la avenida del Général-Balfourier. Tenía momentos en que estaba muy bajo de ánimo y preocupado. En esta ciudad no se podía hacer nada bueno. Estaba uno pillado en una trampa. En el fondo, debería haberse ido a América.

Al principio, para no desanimarse, decidió imponerse una disciplina deportiva, como solía. Todas las mañanas iba a la piscina Deligny o a Joinville, a la tablazón de la playa Bérétrot. Pasaba una hora nadando crol, braza y mariposa. Pero no tardó en sentirse tan solo entre aquellas mujeres y aquellos hombres indiferentes, que tomaban el sol o cruzaban el Marne en patín, que renunció a la piscina Deligny y a Joinville.

Se quedaba, postrado, en la avenida del Général-Balfourier y a las ocho se iba a casa de Arlette d'Alwyn.

¿Por qué retrasaba algunas tardes la hora de salir? Se habría quedado gustoso él solo en el piso vacío y con las contraventanas cerradas. En el pasado, su abuela le reprochaba cariñosamente que fuera distraído y taciturno, que no «supiera vivir» ni se ocupase de sí mismo y que, por ejemplo, saliera siempre sin abrigo, lloviera o nevaba: «a cuerpo», como decía ella. Pero ahora era ya demasiado tarde para enmendarse. Un día, no tuvo fuerzas para irse de la avenida del Général-Balfourier. Al día siguiente por la noche se presentó en

casa de Arlette

d'Alwyn

hirsuto y sin afeitar; y ella le dijo que la había tenido preocupada y que un chico guapo y elegante como él no tenía derecho a descuidarse.

El aire era tan templado y la noche tan clara que dejaban las ventanas abiertas. Colocaban los almohadones de terciopelo del sofá en medio de la terracita y allí se quedaban echados hasta muy tarde. En el último piso de un edificio vecino, en una terraza como la suya, había unas cuantas personas cuyas risas se oían.

Johnny seguía acariciando su idea de los deportes de invierno. Arlette sabía muy poco de la montaña. Había ido una vez a Sestrières y le había quedado un recuerdo agradable. ¿Por qué no volvían juntos? Johnny, por su parte, pensaba en Suiza.

En otra ocasión hacía una noche tan buena que decidió no bajarse en la estación de Passy como solía, sino en Trocadéro. Iría a pie por los jardines y el muelle de Passy hasta casa de Arlette.

Estaba acabando de subir las escaleras del metro y vio un cordón policial apostado en la acera. Le pidieron la documentación. No tenía. Lo metieron en la grillera, que estaba algo más allá y donde había ya una decena de sombras.

Era una de esas redadas que, desde hacía unos cuantos meses, había, con regularidad, cuando iba a salir algún convoy hacia el Este.

X

Cada quince días, en el estudio de última hora de la tarde, uno de nuestros profesores nos comunicaba nuestras «categorías». Pedro las había decidido durante una junta de evaluación con los profesores. A quería decir: muy buen trabajo, y B: trabajo pasable. La categoría C se reservaba para quienes habían incurrido en faltas de disciplina, y traía consigo el castigo de quedarse sin salida.

Los sábados por la mañana nos concentrábamos detrás del Castillo en el lugar en que se alzaba, en medio de un baldío de césped, un cedro del Líbano. Pedro procedía a pasarles lista a los C y, uno tras otro, esos desventurados iban a ponerse en fila al borde del césped. Los C iban a pasar el sábado y el domingo en el internado haciendo tareas de jardinería y recorriendo los paseos marcando el paso.

Los A y los B esperaban la llegada de sus padres, pero la mayoría de nosotros se subía a los dos autocares Chausson aparcados desde las nueve y media en la explanada del Castillo. Cuando todo el mundo se había acomodado, los dos autocares arrancaban y, uno detrás del otro, iban despacio paseo abajo. Tras cruzar el portón, se metían por la Nacional. Entonces los alumnos, mayores y pequeños, cantaban a coro estribillos de canciones cuarteleras o de cuerpo de guardia.

No cantábamos esas canciones mi compañero de clase Christian Portier y yo y quizá por eso habíamos simpatizado. Nos sentábamos siempre juntos en el autocar. Estuvimos unos cuantos meses sin separarnos los sábados y los domingos en que tocaba salida larga.

La madre de Christian venía a buscarnos a la puerta de Saint-Cloud, a la parada del autocar, y la imagen de la señora Portier —Claude Portier— esperándonos al volante de su Renault descapotable con un cigarrillo en los labios la sigo teniendo muy clara en la memoria.

Fumaba Royales. Con un gesto airoso sacaba del bolso el paquete rojo de tabaco. El clic del bolso al cerrarse, del que sale una bocanada de perfume. Y el olor de los Royales —olor amargo, un tanto empalagoso del tabaco rubio francés—. Era baja, de pelo castaño muy claro y ojos grises, cuyos pómulos, frente obstinada y nariz breve le daban cara de gato. Se parecía a la actriz de cine Yvette Lebon. Por lo demás, Christian me había hecho creer, al principio de nuestra amistad, que era el hijo de Yvette Lebon, y cuando vi a su madre por primera vez, la señaló con ademán ceremonioso y me dijo:

—Te presento a Yvette Lebon.

Se trataba seguramente de una broma ritual o de una forma que tenía Christian de realzar a su madre. Ésta había debido de hablarle a su hijo desde muy pronto de aquel parecido, a una edad en que Christian no podía saber quién era Yvette Lebon. A lo mejor, incluso, le había enseñado la frase: «Le presento a Yvette Lebon»; y él repetía esa frase, sin entenderla, a los amigos de la señora Portier, eternecidos. Sí, me imaginaba perfectamente a Christian, de cabeza grande y voz grave de niño madurado demasiado deprisa, representando el papel de paje de su madre.

Aquellos sábados en que el autocar nos llevaba del internado de Valvert a París llegábamos alrededor de las doce a la puerta de Saint-Cloud y la señora Portier nos llevaba a comer, a Christian y a mí, a un restaurante de la plaza. Una galería ancha que rodeaba una barandilla de cobre, y una sala en el nivel de abajo. Nos sentábamos en una de las mesas de la galería, la señora Portier y su hijo juntos y yo enfrente de ellos.

La señora Portier comía como un pajarito: pedía un huevo duro, un pomelo... Christian la miraba con expresión severa y le decía:

—Claude, la verdad es que deberías comer un poco...

Sí, la llamaba por su nombre y a mí, al principio, me sorprendió oír a aquel chico de quince años reñir cariñosamente a su madre:

—Claude, ése es el quinto cigarrillo... A ver, dame ahora mismo el paquete...

Y le quitaba de los labios el cigarrillo, lo apagaba, se incautaba del paquete de Royales y la señora

Portier, sumisa, agachaba la cabeza y sonreía.

—Claude, me parece que has vuelto a adelgazar... No eres nada sensata.

Su madre le sostenía la mirada y, enseguida, igual que dos niños que juegan a ver quién aguanta más mirándose sin reírse, soltaban la carcajada. Montaban, más o menos, el número para que lo viera yo.

Un sábado sí y otro no, la señora Portier no iba a buscarnos a la puerta de Saint-Cloud y, la víspera, enviaba un telegrama a Valvert para avisarnos. Era, sencillamente, que se levantaba tarde después de pasar la noche jugando al póquer. Esos sábados adquirimos la costumbre de despertarla alrededor de las tres de la tarde, cuando le llevábamos el desayuno.

Nunca se mencionaba a ningún «señor Portier» y yo me preguntaba si Christian tenía padre. Por fin, un domingo por la noche en que habíamos vuelto al internado, me hizo confidencias en voz baja para no despertar a nuestros compañeros de dormitorio. Estábamos apoyados en el alféizar de la ventana y el prado de césped, abajo, relucía, con un tono verde claro, bajo la luna. No, su madre nunca había estado casada y seguía usando su propio apellido: Portier. Él, Christian, era un hijo natural. ¿Su padre? Un griego a quien Claude conoció en París durante la Ocupación. Ahora vivía en Brasil y Christian sólo lo había visto dos o tres veces en la vida.

Me habría gustado enterarme de más cosas de ese griego misterioso, pero no me atrevía a preguntárselas a la señora Portier.

Por la tarde, Claude se llevaba a Christian de tiendas y yo los acompañaba. Un sábado, fuimos a buscar el regalo de cumpleaños que le hacía la señora Portier a su hijo por sus quince años, un traje de franela. Estábamos en noviembre o diciembre y ya se estaba haciendo de noche. La señora Portier nos iba guiando por una vivienda destartada de la calle de Le Colisée como si conociera bien el lugar. Una habitación muy amplia, lámparas de escritorio fijas en unas mesas largas, retales, una chimenea, un armario de luna, un sofá de cuero. El sastre, un hombre que rondaba los sesenta años, de cara mofletuda enmarcada por unas patillas, nos recibió besándole la mano a la señora Portier, aunque con algo parecido a la confianza.

A Christian lo emocionaba probarse su primer traje. El sastre encendió un tubo de neón, en lo alto de una de las lunas del armario, y abrió las otras dos hojas de éste. Y mi compañero, reflejado desde todos los ángulos, estaba tieso, vistiendo su traje de franela oscura, y guiñaba los ojos porque lo deslumbraba la luz de neón, demasiado blanca.

—¿Le gusta, joven?

El sastre le hacía darse la vuelta empujándole el hombro y pasaba revista a la raya del pantalón.

—¿Y usted, querida amiga? ¿Está contenta del primer traje de su hijo?

—Muy contenta —dijo la señora Portier—. Mientras no haya chaleco...

—Tendrá que explicarme algún día por qué no le gustan los chalecos.

—No es algo que pueda explicarse... Siempre me han parecido ridículos los hombres que llevaban chaleco o un collar de barba...

—No le haga caso a mamá —me dijo Christian—. A veces tiene ideas raras...

El sastre había retrocedido y acariciaba con los ojos el traje de Christian.

—Este joven tiene casi exactamente las medidas de su padre... He encontrado una ficha antigua de su padre, ¿sabe, joven?

La señora Portier frunció levemente las cejas.

—¡Qué memoria, mi querido Elston...!

Christian se le acercaba, con el traje puesto.

—Igual podía darme la ficha. De recuerdo de mi padre...

Pero había dicho esa frase sin convicción. Se encaminaba hacia la otra punta de la habitación, donde estaba el probador, con los pasos precavidos de un equilibrista en la cuerda floja. A lo mejor tenía miedo de clavarse una astilla en el pie.

La señora Portier, sentada en el sofá, encendía un cigarrillo.

—Me acuerdo de que vino usted una noche, muy tarde, con el padre del joven, para recoger un traje. Y esa noche estaban bombardeando... Pero no bajamos al sótano...

—Todo eso se remonta a la noche de los tiempos —dijo la señora Portier, tirando al suelo la ceniza del cigarrillo.

—He estado hurgando en todos esos papeles viejos para saber cuánto tiempo hace que nos conocemos...

La señora Portier se encogió de hombros. Christian acababa de acercarse a nosotros.

—¿De qué hablabais? —preguntó.

—Del pasado —dijo la señora Portier—. ¿Estás contento con tu traje?

—Muchas gracias, Claude...

Se inclinó y le dio a su madre un beso en la frente.

—Deberías ponértelo esta tarde —dijo la señora Portier.

—De acuerdo, Claude...

Y allí mismo, delante de nosotros, se volvió a cambiar, se quitó los pantalones de pana y el jersey y se puso el traje de franela oscura.

La señora Portier había agarrado a su hijo del brazo y se lo llevaba de la habitación. El sastre y yo los íbamos siguiendo.

—Adiós, mi querida amiga... Y gracias una vez más por haberse acordado de mí para este traje...

No apartaba la vista del traje de franela oscura que llevaba mi compañero y brillaba con un destello lúgubre en la luz amarilla de las escaleras.

La señora Portier le tendió la mano.

—Elston... ¿Le parece que he envejecido?

—¿Envejecido? Qué va, no ha envejecido...

Christian había agachado la cabeza, apurado.

—¿Está seguro? Ahora que él tiene edad de llevar traje yo no voy a poder seguir haciendo trampa.

—... De entrada, nadie podría pensar que este mocetón es hijo suyo. No ha envejecido en absoluto, mi querida amiga...

Dijo estas últimas palabras remachando las sílabas. Saltó el automático y se apagó la luz de las escaleras. Elston la volvió a encender. Nos seguía con la mirada, acodado en la barandilla mientras bajábamos.

Ahora que mi compañero tenía ese traje de franela oscura, yo me sentía un poco avergonzado de mi blazer viejo de lana con botones dorados y de mis pantalones, que me estaban cortos y me hacían aparentar menos de los quince años que tenía. La madre de Christian me regaló una corbata de seda. Me la ponía siempre que salíamos y me proporcionaba algo más de confianza en mí mismo.

Las noches de verano, nos llevaba a cenar a orillas del Sena. ¿Rueil? ¿Chatou? ¿Bougival? He intentado en varias ocasiones dar con ese hostel. En vano. Los alrededores de París han cambiado tanto... A un nivel más bajo, una plataforma grande de tabloneros rodeada de casetas de baño, dos trampolines y un tobogán. Una hilera de patines amarrados al pontón. Se oía un ruido sordo y regular de cascadas, a lo mejor era la máquina de agua de Marly. Una terraza cubierta de grava. Las gabarras pasaban entre los sauces de las orillas y yo seguía con los ojos la luz verde que alguna llevaba en la proa. Cuando habíamos acabado de cenar en la terraza, un hombre robusto de pelo gris venía a sentarse a nuestra mesa, el dueño del hostel, un tal Jendron. También él llevaba blazer, pero mucho más elegante que el mío, y un jersey de marinero. Al verlo con la señora Portier, parecía que le llevaba diez años. Nos daba siempre a Christian y a mí cigarrillos americanos y a la señora Portier la llamaba «Claudie».

Los retazos de su conversación se mezclaban con el aire templado de aquellas veladas, con el estruendo de los patines al pegar en el pontón, con el olor del Sena... Jendron, antes de la guerra, llevaba un taller de automóviles donde también trabajaba un tal Pagnon, cuyo nombre salía a relucir con frecuencia en sus conversaciones: un amigo de la señora Portier, puesto que lo llamaba «Eddy». ¿Qué le habría sucedido a ese Eddy Pagnon para que hablasen de él en voz baja? Todo aquello se remontaba a una época anterior al nacimiento de Christian. ¿Habría conocido Jendron al griego, el padre de Christian? Mi compañero no atendía a lo que hablaban; se escurría, en la noche clara, hasta el pontón y cogía un patín. Pero yo me quedaba en la mesa en compañía de Jendron y de Claudie. Intentaba entender.

A eso de las doce cruzábamos por la gran plataforma en cuyos tabloneros recortaba la luna la sombra del tobogán y de los trampolines. En ese momento, podríamos habernos creído en algún lugar del cabo de Antibes. Íbamos a buscar a Christian, que estaba jugando una partida de ping-pong con el barman.

Jendron nos acompañaba hasta el coche. Le daba a Christian unas palmaditas en la nuca.

—¿Qué? ¿Te aplicas en los estudios?

Y mi compañero, pese al traje de franela oscura, parecía un niño pequeñito al lado de aquel hombre fornido.

—¿A qué te quieres dedicar?

Christian no contestaba, intimidado.

—¿Puedo darte un consejo? Abogado.

Se volvía hacia mí.

—¿No le parece que está bien eso de ser abogado?

Nos metía a ambos en el bolsillo de la chaqueta dos paquetes de cigarrillos americanos.

—¿Qué te parece, Claudie? Un hijo abogado...

—Sí... ¿Por qué no?

Nos subíamos al coche descapotable. Christian, aunque no tuviera edad para tener carnet de conducir, cogía el volante. La señora Portier se sentaba a su lado y yo en el asiento de atrás.

—No deberías dejar que condujera, Claudie...

—Ya lo sé...

Movía la cabeza haciendo un gesto de impotencia. Christian arrancaba a toda máquina. Se metía por la autopista del Oeste. La noche era suave y la autopista estaba desierta. Encendía la radio. Yo me asomaba a la ventanilla y el aire me azotaba el rostro. Notaba una sensación de vértigo y de felicidad.

Christian le devolvía el volante a Claudie inmediatamente antes de llegar al túnel de Saint-Cloud.

La señora Portier vivía en un edificio en la esquina de la avenida de Paul-Doumer y la calle de La Tour en el que se entraba por un portal acristalado. No tengo un recuerdo muy concreto del piso, con la excepción del cuarto del estar, a medias salón y a medias comedor, que dividía una reja de hierro forjado, y del dormitorio, con las paredes tapizadas de satén gris, donde le llevábamos el desayuno al día siguiente de las partidas de póquer.

El primer sábado por la tarde en que me llevaron a su casa tomamos una naranjada en el salón. Christian parecía impaciente, como si tuviera prevista una sorpresa o una broma y estuviera esperando el momento para descubrir el pastel.

La señora Portier sonreía. Yo buscaba una frase que quebrase el silencio.

—Tiene una casa muy bonita.

—Muy bonita —dijo Christian. Luego se volvió hacia su madre—. ¿Se lo contamos, Claude?

—Sí, cuéntaselo.

—Pues mira, chico —dijo Christian, arrimando la cara a la mía—, no vivo en casa de mi madre...

Claude había encendido un cigarrillo. El olor insípido de los Royales se mezclaba con su perfume.

—El año pasado, Claude y yo decidimos, de común acuerdo...

Hacía una pausa. La señora Portier se iba a la otra punta del salón y descolgaba el teléfono.

—Decidimos no molestarnos mutuamente... Y por eso Claude me alquiló una habitación en este edificio, en la planta baja.

Yo escuchaba a Christian, pero me habría gustado también oír lo que decía ella por teléfono.

—¿No te parece que es una buena solución? —me preguntó Christian—. Así tenemos los dos nuestra propia vida...

¿A quién podía estarle hablando Claude con una voz tan baja, casi un cuchicheo? Colgó.

—Claude, te dejamos —dijo Christian—. Voy a enseñarle mi propio piso. ¿Quieres que nos veamos esta noche?

—Todavía no sé si estaré libre —dijo la señora Portier—. Llámame alrededor de las seis.

—Claude me ha puesto teléfono en mi habitación —me dijo Christian con expresión regocijada.

En la puerta estaba clavada una tarjeta de visita a nombre de «Christian Portier». La habitación, del tamaño del camarote de un barco, daba a la avenida de Paul-Doumer por una ventana de guillotina. La colcha de la cama de Christian era una manta escocesa. Un sillón del mismo tejido, pegado a la pared beige. En una estantería larga había maquetas de avión y un globo terráqueo. En la otra pared, una foto de Yvette Lebon. ¿O era la señora Portier? Christian sorprendió mi mirada.

—Te preguntas cuál de las dos es, ¿eh? Claude o Yvette.

Cruzaba los brazos como un maestro que le acaba de hacer una pregunta difícil a un alumno.

—Es Claude, chico.

Me enseñaba, orgulloso, la radio, de color marfil, empotrada en la mesilla de noche. Luego, el cuarto de baño, de azulejos azul marino de arriba abajo y con un polibán.

—¿No te importa que oigamos una emisión? —me preguntó.

Encendió la radio. Un locutor anunció: «Para los amantes del jazz». Una trompeta tocaba una melodía lenta y serena como la curva de un ave marina planeando por encima de una playa desierta al crepúsculo.

—¿Oyes? Es Sonny Berman...

Estábamos sentados juntos en el borde de la cama. Christian había sacado del armario empotrado una botella de whisky y llenó a medias el vaso de los dientes. Bebíamos por turnos, escuchando la música, y las

sombras de los transeúntes que proyectaba en la pared una farola de la avenida nos pasaban rozando.

Esos sábados por la noche nos quedábamos solos con frecuencia y cenábamos, como personas mayores, en un restaurante vacío de la glorieta de L'Alboni

gracias a los cincuenta francos que la señora Portier le daba a su hijo para gastos.

—Lo voy anotando en un cuaderno de cuentas —me había dicho— y se lo devolveré todo a Claude cuando tenga veintiún años.

Y luego íbamos en el metro a la sesión de las diez de un cine de Auteuil. Christian me había explicado que el director de aquel cine era un amigo de su madre. Mi compañero se presentaba a la taquillera y en el acto ésta nos daba dos entradas gratuitas.

Volvíamos a pie por la calle de Chardon-Lagache y la calle de La Fontaine. Yo iba con trenca y Christian con un abrigo de piel de camello encima del traje de franela oscura. Ese atuendo le ponía diez años encima, pero por lo visto no le bastaba con eso: se había comprado una montura de gafas de concha y se las plantaba cuando salía con su madre. Si hubiera podido, se habría dejado bigote y se habría teñido el pelo de gris.

En el vestíbulo, entre verde y crema, del edificio me proponía en voz baja:

—¿Y si fuéramos un momentito a decirle hola a Claude?

Al salir del ascensor andaba de puntillas hasta la puerta del piso y nos quedábamos de pie, quietos, ante aquella puerta. El interruptor de la luz saltaba sin que ninguno de los dos viéramos la necesidad de volver a encenderla. Voces o risas, amortiguadas. ¿Cuántos invitados había? Yo reconocía a veces la voz de la señora Portier, pero diferente de la que tenía a la luz del día, muy ronca; y también su risa, más estridente y entrecortada que la habitual.

Al cabo de un instante, Christian me cogía del brazo y me guiaba por la oscuridad.

Otra vez estábamos en medio del vestíbulo, cuyas paredes resplandecían con la luz excesiva de los apliques.

—Te acompaño al metro...

Estaba muy cerca, en la plaza del Trocadéro. En muchas ocasiones, para seguir más tiempo juntos, dábamos la vuelta a la plaza e íbamos por la avenida de Kléber hasta la estación Boissière.

—Claude ha montado otra juerga —me decía Christian—. O a lo mejor es una partida de póquer.

Fingía que le hacía gracia.

—Mañana por la mañana tendrá resaca...

Cuando nos despedíamos, yo le notaba los rasgos crispados y la mirada triste. La perspectiva de volver solo a la avenida de Paul-Doumer, a su habitación «independiente», no debía de entusiasmarlo gran cosa. Y Claude «en otra juerga»... Seguramente me habría hecho algunas confidencias en ese momento, pero se contenía. Antes de que llegase yo abajo de las escaleras, me hacía un gesto de despedida con el brazo y apoyaba los dedos en la sien en un saludo más o menos militar.

Mucho más adelante, entendí que, al contrario que esos hombres maduros que se esfuerzan por meter la tripa y andar con paso ágil para rejuvenecerse, tras las gafas con montura de concha, la franela oscura y el abrigo de piel de camello sólo había un niño intranquilo.

De ese tipo de hombres de cierta edad, pero esbeltos aún o que, al menos, quieren aparentarlo, pendientes de su forma de andar, había visto yo unos cuantos con la señora Portier. Había venido en varias ocasiones a vernos al internado con alguno de ellos, nunca con el mismo. Siempre escogía el rato en que estábamos en el prado de césped, durante el recreo anterior al estudio de última hora de la tarde.

Nos presentó a un tal «señor Weiler» de pelo plateado y párpados abultados. Le hizo a Christian algunas preguntas amables relacionadas con sus estudios. Olía a un perfume con aroma de Chipre y arrugaba un par de guantes entre los dedos afilados. Christian me contó, después de esa visita, que el tal Weiler era un diamantista muy rico a quien su madre conocía desde hacía poco. Había otro, un rubio con bigote y aspecto de deportista, marqués de no sé qué, que hablaba con voz estentórea y usaba palabras vulgares. La señora Portier llevaba a Weiler en su coche, pero cada vez que iba al internado con el «marqués» lo hacía en el Buik de éste.

La silueta de otro hombre más, con cara de mosquita muerta y que vestía un gabán negro... A ése, Christian y yo le habíamos puesto de apodo «la comadreja». ¿A cuál de los tres —o a un cuarto hombre—

había contestado Christian, una tarde en que estábamos solos en casa de su madre, con la impecable corrección de un secretario: La señorita Portier no está, pero le daré el recado... La señorita Portier no volverá probablemente antes de las siete de la tarde... Muy bien... Se lo diré a la señorita...?

Aún hoy me pregunto la razón de llevar a Valvert a esos visitantes. A lo mejor la señora Portier intentaba inspirarles confianza enseñándoles a todos a su chicarrón, alumno de un internado de Seine-et-Oise con muy buena fama. ¿Y la habitación «independiente» de Christian? Supongo que era necesaria cuando la señora Portier recibía a sus amigos en casa los sábados por la noche.

Precisamente un sábado por la noche llamé a la puerta de su casa. A Christian lo habían castigado sin salida porque había sacado un cero en matemáticas y me había encomendado una carta para su madre y, en una maletita de hojalata, ropa para lavar.

Me abrió. Estaba descalza e iba envuelta en un albornoz blanco. Parecía apurada al verme allí.

—Hola... Qué sorpresa...

Se quedó en el hueco de la puerta entornada, como si quisiera cortarme el paso.

—¿Quién es, Claude? —preguntó una voz de hombre desde el salón.

—Nada... Un amigo de mi hijo...

Y tras un momento de vacilación:

—Entre...

El hombre estaba sentado en uno de los pufs de cuero, con el busto muy inclinado, en la postura de un jockey frente al obstáculo. Alzó la cabeza y me sonrió. No era ni Weiler, ni «el marqués», ni «la comadreja», sino un moreno de unos cincuenta años, de tez un tanto roja y ojos claros.

La señora Portier estaba abriendo la carta de Christian. Yo seguía con la maletita de hojalata en la mano.

—Siéntese —me dijo.

Estaba leyendo la carta. Soltó una risa breve.

—Mi hijo me recomienda que no me acueste muy tarde, que fume menos y que deje de jugar al póquer...

—Tiene razón tu hijo.

El hombre se volvió hacia mí.

—¿Quiere una taza de té?

Me indicaba, en la mesa baja, una bandeja con dos tazas y una tetera.

—No, gracias.

—¿Es amigo de su hijo?

—Sí.

—¿Y en dónde está ahora?

—Se ha quedado en el internado..., lo han castigado sin salir...

La señora Portier se había metido la carta en uno de los bolsillos del albornoz. Fue a sentarse al borde del sofá y cruzó las piernas. Uno de los faldones del albornoz resbaló. Se le veían los muslos. Esa piel mate entre la felpa blanca del albornoz y el terciopelo rojo del sofá me tenía cautiva la mirada.

—Pobre Christian... —dijo—, debe de estar aburriéndose allí solo... Ludo, ¿a ti también te castigaban sin salida cuando eras pequeño?

Ludo se encogió de hombros.

—No fui nunca al colegio. Mi madre nos buscó un individuo que nos enseñaba a leer a mi hermano y a mí... Y también un profesor de gimnasia.

A mí me costaba apartar la vista de los muslos, largos y mates, de la señora Portier.

—¿Y si fuéramos a hacerle una visita a tu hijo? —dijo Ludo—. Así se animaría...

¿Lo había llevado alguna vez al internado, igual que a Weiler, al «marqués» o a la «comadreja»?

—Ya no son horas —dijo la señora Portier—. Y hace frío...

Yo pensaba en Christian. Después de toda una tarde de «jardinería», llegaría la hora de la cena. Comería al fondo del refectorio desierto, con otros veinte compañeros, castigados sin salida como él. No se les permitiría chalar. Y luego vendría la subida silenciosa, en fila, al dormitorio.

Ludo se levantó y me alargó una petaca.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—Dígale a Christian que iré a verlo el martes —me dijo la señora Portier.

—Te acompañaré, Claude.

Estaba visto que era un rito. Christian, con su meticulosidad natural, ¿llevaba una lista de todos los hombres que su madre había llevado de visita a Valvert desde que estaba en el internado?

La señora Portier sorprendió mi mirada y se tapó de golpe las rodillas con el faldón del albornoz.

—Este fin de semana se va a aburrir sin Christian —dijo.

—Sí.

—Puede quedarse con nosotros si quiere —dijo Ludo.

Tenía apoyado el codo en el mármol de la chimenea. Me llamó la atención el encanto de aquella postura. Tenía que ver con el corte elegante del traje, pero también con una indolencia natural al cruzar los brazos y las piernas y poner el cuerpo levemente al bias.

—No sé..., podríamos... jugar al bridge los cuatro, con mi hermano...

—No digas bobadas, Ludo... Este joven no juega al bridge.

—Qué lástima...

La señora Portier me acompañó a la puerta y, en el momento de dejarla, tenía la cara tan cerca de la mía y su perfume era tan embriagador que me entraron ganas de besarla. ¿Por qué no se me permitía besarla?

—Este amigo es muy simpático, ¿sabe?... Christian le tiene mucho cariño... Ludo va a enseñarle a pilotar... Si a usted también le apetece... Fue un as de la aviación durante la guerra...

Me sonreía. Ludo había puesto un disco en el tocadiscos del salón.

—Adiós... Y no se le olvide decirle a Christian que irá a verlo el martes...

Mientras bajaba las escaleras me di cuenta de que seguía llevando la maletita de hojalata donde iba la ropa sucia de mi compañero.

¿Distracción o un pretexto para volver a casa de la señora Portier?

Se había hecho de noche. Entré, con la maleta en la mano, en un autoservicio de la avenida, enfrente del edificio. Era el único cliente. Cogí una tarta y un yogur en el mostrador y me senté en una de las mesas redondas, cerca de la cristalera.

Al cabo de media hora, vi a Ludo salir del edificio. Ahora me tocaba volver a subir al piso, so pretexto de darle la maleta a la señora Portier. Luego..., pero cuando me vi en la acera, titubeé y a continuación, como un autómatas, empecé a seguir a Ludo.

Caminaba unos veinte metros por delante de mí. Abrió la puerta de un coche marrón grande, aparcado en la esquina de la calle de Scheffer, y sacó un abrigo que no se puso sino que, sencillamente, se echó por los hombros. Se metió por la calle de Scheffer.

Al pasar, me fijé, pegada al cristal del coche, en una placa donde ponía G. I. G —Gran Inválido de Guerra—, en equilibrio precario entre dos paquetes de pañuelos de papel y un montón de mapas Michelin. Aquella placa, abandonada allí, me recordó el encanto indolente con que apoyaba el codo en la chimenea.

Ahora se estaba internando en el bulevar de Delessert, arropado en el gabán azul marino como en una capa; y echaba ojeadas a esas misteriosas escaleras que, a ambos lados del bulevar, bordean el costado de los edificios. Cojeaba levemente. Gran inválido de guerra. As de la aviación, como me había dicho la señora Portier. Yo no era nadie al lado de aquel hombre. ¿Por qué lo seguía? Me habría gustado hablarle de Claude, hacerle preguntas, porque teníamos algo en común: ambos conocíamos ese perfume picante mezclado con el olor de los Royales y esos muslos mates bajo la felpa del albornoz.

Se detuvo en la parte baja de la avenida, donde empiezan los jardines del Trocadéro. Yo también. Dejé la maleta en el suelo, en la grava. No, nunca tendría valor suficiente para dirigirme a él. Estaba fumando. De un papirotazo lanzó la colilla volando y levantó la barbilla como para acompañar el trayecto de la estrella fugaz.

Los dos, en esa noche de invierno, habíamos llegado al flanco de una colina desde la que veíamos las luces de París, el Sena y los caballos del puente de Iéna. Pasó un *bateau-mouche* y el reflejo de sus proyectores corría por las fachadas de los muelles y cruzaba los jardines.

Cuando salí del internado de Valvert, no volví a ver ni a Christian ni a la señora Portier.

Veinte años después, en Niza, andaba buscando un hotel o una casa de huéspedes de precio módico para un viejo amigo de mi padre que quería pasar el invierno en esa ciudad. Estábamos en noviembre y era de noche. Al final de la calle de Shakespeare, pasados los edificios color crema que tienen todos en el frontón del portal un nombre de flor, había un cartel en una verja: «Villa Sainte-Anne. Apartamentos amueblados. Cocina con nevera. Baño. Jardín. Soleados. Calefacción de fuel».

Un paseo cubierto de grava llevaba a otra verja, entornada. Alumbraba el jardín tenuemente la luz amarilla de las escaleras de la fachada que dejaba en semipenumbra una extensión pequeña de césped y unas conejeras o unas jaulas de pájaros cuyo roce de alas me parecía oír.

Subí las escaleras de la fachada. Tras la puerta acristalada, un salón con papel pintado en las paredes. Muebles rústicos. Una mesa cubierta con un mantel de encaje. Y la luz era tan amarilla, tan marchita, que daba la impresión de un bajón de corriente. Había una mujer sentada ante la mesa, con los brazos cruzados, delante del televisor.

Di un golpe en el cristal, pero no me oyó. Empujé la puerta acristalada. Se volvió.

La señora Portier. Se había puesto de pie y se me estaba acercando. Al pasar, había apagado el televisor.

—Buenas noches, caballero...

—Buenas noches... ¿Le queda algún apartamento por alquilar?

—Desde luego...

La había reconocido enseguida. La cara era casi la misma, pero más gruesa; el pelo mucho más corto. Una expresión amarga le crispaba levemente la boca. Los ojos seguían teniendo ese brillo gris o azul, muy diluido, que me emocionaba.

—¿Para una estancia larga?

—Sí. Alrededor de dos meses.

—Entonces voy a enseñarle el apartamento con baño y cocina...

Rodeamos la casa y subió delante de mí por unas escaleras estrechas cuyos peldaños estaban recubiertos de linóleo. Un pasillo que iluminaba una bombilla, al aire, en la pared. Una puerta.

—Entre.

Encendió. La lámpara del techo, de madera, parecía un timón de barco al que hubieran colocado unas bombillas cobijadas en unas pantallas de pergamino. El mismo linóleo que en las escaleras. Un papel pintado en que dominaba el granate. Una cama con barrotes de cobre.

—Ahí está la zona de la cocina.

En un cuchitril habían colocado una cocina de un modelo antiguo y una nevera pequeña que ronroneaba.

—Si quiere ver el baño...

Íbamos otra vez por el pasillo. Abrió una puerta. Una bañera con patas, esmaltada en blanco.

—El retrete está enfrente.

—¿Puedo ver otra vez la habitación? —le dije.

—Desde luego.

Las cortinas estaban corridas. También tenían un estampado en granate —rameado—, igual que el papel de la pared. Flotaba un olor a cerrado.

—¿La ventana da a la calle? —pregunté.

—No. Al jardín.

Y, con ademán indolente, apartó las cortinas.

—¿Puede decirme el precio?

—Mil doscientos francos mensuales.

De pronto parecía mucho más vieja, quizá porque no estaba maquillada.

Me acerqué a ella.

—¿No es usted la señora Portier?

Se le abrieron mucho los ojos, como si la hubiese amenazado con un revólver.

—¿Por qué? ¿Me conoce?

—Sí. Hace mucho... Era un amigo de Christian...

—Ah..., un amigo de Christian... Era un amigo de Christian...

Repetía esa frase con algo parecido al alivio.

—Estábamos juntos en el internado de Valvert cuando vivía usted en la avenida de Paul-Doumer...

—La avenida de Paul-Doumer...

Me miraba fijamente:

—No lo reconozco... ¿Cómo se llama?

—Patrick.

—Patrick... Sí, claro... Claro que lo recuerdo...

Me sonreía. Se sentó al borde de la cama.

—Ya no me llamo señora Portier, ¿sabe? La vida es complicada...

Y da muchas vueltas. Nunca habría podido imaginarme que una noche, en Niza, estaría en una

habitación de hotel con la señora Portier.

—Ahora estoy casada... con un viejo que me lleva veinte años...

Alisaba los flecos de la colcha.

—He tenido altos y bajos...

—¿Y Christian? —le pregunté.

—Vive en Canadá. Hace mucho que no sé nada de él..., creo que no quiere volver a verme...

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Debe de tener cosas que reprocharme... En el fondo, nunca debería haber tenido hijos. El viejo con el que estoy casada ni siquiera sabe que tuve un hijo...

—¿Y por qué se casó?

Era una indiscreción hacerle esa pregunta, pero allí, en aquella habitación, me lo diría todo:

—No me quedaba ni un céntimo, fíjese...

Una sonrisa le iluminaba la mirada gris azulada.

—El viejo de mi marido es un coñazo capaz de vivir hasta los cien años... Le hago de ama de llaves...

¿Se da cuenta? ¿Me imagina en ese papel?

No sabía qué contestarle.

—¿Así que quiere alquilar una habitación?

—No sería para mí, sino para un amigo.

—¿A qué se dedica?

Me pillaba por sorpresa.

—Bah..., nada de particular..., escribo novelas policíacas.

—No me extraña que escriba... Era más bien soñador, ¿no?

Se puso de pie.

—Tendría que escribir una novela sobre mí... Mi vida es una novela que acaba mal...

Soltó una risa franca, esa misma risa que me gustaba tanto en la época de la avenida de Paul-Doumer.

—¿Ha visto la habitación? ¿A que es feísima? Todo lo de esta casa lo deja a uno amuermado... Mi marido no tiene nada de gusto... Y además tiene muy malas pulgas... Como todos los viejos...

Me llevaba fuera de la habitación y me agarraba el brazo para bajar las escaleras.

—¿Quiere ver mi refugio?... Es el único sitio al que no va a darme la lata...

A la orilla del jardín se alzaba un pabellón cuadrado, diminuto, donde habría podido vivir un guarda o un portero. Abrió la puerta.

—El viejo no tiene la llave... A veces me encierro aquí...

Una araña. Una cama de estilo Imperio. Muebles amontonados. Espejos. Lámparas. Maletas. Un secreter estilo Regreso de Egipto. Y fotos pinchadas en las paredes.

—Esto es lo que pude salvar del naufragio... Todo esto estaba en la avenida de Paul-Doumer...

En una de las fotos era muy joven, rubia, con flequillo y unos ojos muy claros, vestida con una combinación de satén con aplicaciones de encaje calado. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de un sofá y la pierna derecha, estirada, apoyada en el otro respaldo. La pierna izquierda estaba doblada. Llevaba zapatos de salón negros de tacón alto.

—... tenía dieciocho años... El director de la Sociedad de Baños de Mar de Mónaco estaba loco por mí... Me presentó al príncipe Pedro...

Una foto más pequeña. Ella, a caballo, con otro jinete.

—Aquí estoy con Pagnon, un amigo de Asnières. Trabajaba para los alemanes... Consiguió que nos liberasen al padre de Christian y a mí cuando nos detuvieron...

Recogía la almohada del suelo y estiraba la colcha de terciopelo rojo encima de las sábanas arrugadas.

—Los alemanes nos dieron una paliza... Me pregunto qué demonios había hecho el padre de Christian... A mí casi me rompen todos los dientes...

Enderezaba un cuadro que estaba atravesado encima de la mesilla de noche.

—¿Quiere ayudarme? Vamos a colocar esto al fondo...

Apoyé el cuadro en la pared.

—Esto es un auténtico trastero... Tengo montones de recuerdos... Si le interesan para sus novelas policíacas...

—Me interesan mucho —le dije.

—Entonces tendrá que venir una tarde a revolver en todo esto...

Habíamos cruzado el jardín. Ella se había puesto un anorak viejo, rojo, muy corto, que le llegaba a la

cintura y cuyo color destacaba sobre el negro de los pantalones. Me señaló las jaulas, en la penumbra.

—Crío una veintena de pájaros... así me entretengo...

—¿No resulta demasiado cansado?

—Huy, no; he hecho cosas mucho más cansadas en la vida.

Me había vuelto a agarrar el brazo e íbamos siguiendo el paseo de grava. Andaba con el mismo paso flexible y fluido de los tiempos de Valvert.

—Fui incluso caballista en mi juventud...

—¿Caballista?

—Si su amigo alquila el apartamento, podremos vernos con frecuencia...

—Me agradaría mucho...

Habíamos llegado a la verja. Me arrimó la cara.

—¿Le parece que he envejecido mucho?

—No.

Y era cierto que, a la luz velada de la calle, el rostro volvía a ser terso. Fuere como fuere, el paso flexible y la risa no habían cambiado.

—Voy a prepararle el rancho a mi marido... Lleva una semana sin hablarme... Me tiene en cuarentena... De todas formas, no podemos decirnos nada. Está sordo... Se acuesta a las nueve...

—¿Y si la invitase a cenar una noche?

Movió la cabeza, muy seria.

—Sí, pero entonces tendría que darle un número de teléfono y unas señas para que me mandase un aviso... El viejo está siempre encima, ¿entiende? Y me abre el correo...

Hurgó en el bolsillo del anorak y me alargó una tarjeta de visita.

—Es mi peluquero... Christian me escribía siempre a esa dirección...

—Qué lástima que no podamos volver a juntarnos los tres —le dije.

Me apoyó la mano en el hombro.

—Menudo soñador tiene usted pinta de ser.

Ya en la acerca, me volví. Ella estaba detrás de la verja, con la frente pegada a los barrotes. Sonreía.

—Que no se le olvide... Calle de Pastorelli... Peluquería Condé.

XI

Eran las nueve de la noche y pasaba ante una de las salas de espera de la estación del Norte.

Una cara. La frente apoyada en el cristal de esa pecera y la mirada ansiosa y cansada. Eras tú, Charell.

Golpeé el cristal. Él también me reconoció. Después de veinte años no habíamos cambiado nada, o al menos él no había cambiado. Se había puesto de pie y me miraba fijamente, guiñando los ojos, como si lo hubiera arrancado bruscamente de un sueño. Su físico de rubio distinguido contrastaba con el de las escasas personas que habían ido a parar allí: un vagabundo dormido que apoyaba la cabeza en el hombro de una anciana excesivamente maquillada vestida con gabardina; un árabe de mejillas chupadas cuyo traje príncipe de Gales, nuevecito, le oprimía las rodillas y dejaba asomar unas zapatillas de baloncesto sin cordones. Flotaba, en aquella sala de espera, de paredes forradas de madera marrón y luz tamizada, un olor a orines.

—Qué curioso que nos volvamos a encontrar aquí, chico —me dijo Charell.

Hacía evidentes esfuerzos por parecer a gusto, como alguien a quien acaban de sorprender en un lugar de operaciones turbias y que intenta desviar las sospechas.

—No tenemos por qué quedarnos aquí...

Me agarraba el brazo y me guiaba con firmeza, mirando a derecha e izquierda con aquellos ojos intranquilos que tenía hacía un rato, tras el cristal. ¿A qué le tenía miedo? ¿A un encuentro del que fuera yo testigo?

Por la salida del lateral izquierdo de la estación fuimos a parar a un ancho callejón ciego. Se oían los cuchicheos y las voces de grupos de sombras inmóviles en la oscuridad. Estuvimos a punto de tropezar con cuerpos tendidos en plena acera, entre maletas y bolsas de viaje. Apoyadas en la verja abierta del callejón había unas cuantas muchachas, muy jóvenes, con cazadoras de cuero; una de ellas llevaba una cinta negra que le cruzaba la frente y le tapaba un ojo. Y el olor a orines seguía.

Cruzamos la calle de Dunkerque. La circulación, a esas horas, era aún bastante densa delante de la estación, y había luz en todos los cafés.

—¿Vives en el barrio? —le pregunté a Charell.

—No exactamente... Ya te lo explicaré...

En la esquina de la calle de Compiègne, pegó la frente a la luna de un café grande, desierto y menos iluminado que los demás. Parecía estar buscando a alguien. Pero no había nadie en el local, sumergido en una luz verde claro. Me volvió a agarrar el brazo y nos dirigimos al bulevar de Magenta.

—Tengo aquí un piso de soltero... Para mí y para mi mujer..., ya te lo explicaré...

Estábamos al pie de un edificio de un beige sucio, en forma de proa, muy alto, de esos que construían justo antes de la guerra. Una puerta de entrada de cristal esmerilado. A la izquierda, un cine. Ponían varias películas, y una se llamaba *Culos ardientes*.

Unos diez hombres surgieron del cine cuando estábamos a punto de entrar en el edificio: trajes oscuros y monolíticos, carteras negras, pelo a cepillo. Me empujaron. Uno, incluso, me pisó con un zapatón con refuerzos de hierro en las suelas, y siguieron andando en fila, de frente, imperturbables, buscando seguramente una cervecería donde tomarse una chucrut o un waterzoi de pescado antes de coger el tren para Roubaix.

—Curioso barrio —le dije a Charell mientras el ascensor subía despacio, en la oscuridad, y proyectaba en la pared de todos los rellanos la sombra de su reja.

La puerta del piso estaba forrada por fuera con un blindaje manchado de herrumbre. Charell me cedió el paso. Cruzamos un vestíbulo tapizado de terciopelo rojo donde unos apliques con colgantes de cristal daban una luz excesiva. Una moqueta del mismo rojo que el terciopelo.

—Por aquí, chico...

Era una habitación de paredes desnudas, cuyo parquet brillaba bajo el resplandor de la lámpara del

techo. Ni un mueble, con la excepción de un sofá grande de cuero donde dormía una muchacha negra de unos veinte años tapada con una manta escocesa. Una de las dos ventanas estaba abierta y daba a un espacio estrecho entre los edificios, eso que llaman un patio de luces.

—Siéntate, chico..., no tengas miedo..., ésta cuando se duerme, se duerme.

Cerró la ventana. Nos sentamos en una punta del sofá. La muchacha dormía con la cabeza algo echada hacia atrás y el cuello estirado. En el suelo, un perro de tamaño imponente y pelo negro, largo y rizado dormía también.

—Es guapa, ¿verdad? —dijo Charell, señalando a la muchacha—. La recogí un día en la calle de Maubeuge...

Sí. Tenía rasgos dulces e infantiles y el cuello delicado.

—Una de las razones por las que alquilo este sitio de paso —me dijo Charell pensativamente— es que prefiero traer chicas aquí que a nuestro piso de Neuilly... Conocí a una que se llevó toda la ropa de mi mujer...

Yo estaba esperando que aportase unas cuantas aclaraciones. La muchacha se había dado la vuelta y decía, entre sueños, palabras confusas. Yo contemplaba su nuca.

—Además me viene bien tener este piso porque viajo mucho al Norte por negocios..., ya te lo explicaré...

Pero nunca iba a llegar a explicarme nada. La carcajada de una mujer quebró el silencio que se había aposentado entre nosotros. Una risa aguda. Procedía de la habitación de al lado. Luego, una voz de hombre. Y la carcajada se iba convirtiendo poco a poco en una risa gutural.

Alguien chocaba contra la puerta. La risa se apagó. Ruidos de lucha o de persecución. Charell no se movía y había encendido un cigarrillo. Volví a oír la risa de la mujer. Al cabo de un rato, unos gemidos cada vez más largos.

—Cuando hablaba del Norte —dijo Charell con tono monocorde—, me refería a Bélgica..., tengo allí a alguien que me lleva los negocios... Ya sabes que mi padre era belga... Yo también, por cierto...

Seguramente, quería distraerme. El perro soltó unos cuantos ladriditos que eran como el eco del prolongado gemido de detrás de la puerta.

—Pero... no es aquí donde vives, ¿verdad? —pregunté.

—No. Vivimos en Neuilly, mi mujer y yo. En la calle de La Ferme. Muy cerca de donde vivían mis padres... ¿Te acuerdas de la calle de La Ferme?

—Sí.

—Se han cargado todos los picaderos de la calle...

De repente, parecía abatido.

—Han cambiado muchas cosas, chico, desde la época de Valvert...

—¿Llevas mucho tiempo casado?

—Diez años. Ya verás, Suzanne es una mujer encantadora.

No me atrevía a preguntarle si era ella la que soltaba gemidos y estertores tras la puerta. Habían ido creciendo y, luego, menguando. Silencio. Sólo se oía la respiración regular de la muchacha negra, junto a nosotros, y los ladriditos, cada vez más espaciados, del perro.

Se abrió la puerta y apareció un hombre con chaqueta clara de cuadros y una sortija de sello enorme en la mano derecha. Rubio, alto, corpulento, con bigote.

—Te presento a François Duveltz..., un amigo... —me dijo Charell.

—No sabía que estabais aquí —dijo el amigo.

Encendía un cigarrillo delgado. Yo estaba violento y no apartaba los ojos de la sortija de sello y de los dedos como morcillas. Se dirigió a la ventana que daba al patio de luces y se quedó plantado delante del cristal negro y opaco en el que se reflejaba la lámpara del techo. Allí, a poca distancia, el cristal le hacía las veces de espejo. Se ajustó despacio el nudo de la corbata.

—¿Qué haces, Alain? ¿Te quedas?

—Sí, me quedo —dijo Charell con voz seca.

—Yo voy a dar una vuelta por el barrio a ver si es posible cobrar alguna pieza...

¿De qué piezas se trataba? ¿A qué extraña caza puede uno dedicarse en las inmediaciones de la estación del Norte?

—¿Quieres que te traiga alguna pieza, Alain?

Sonreía en el hueco de la puerta del vestíbulo.

—No, gracias, esta noche no —dijo Charell.

El amigo, sin dejar de sonreír, nos hizo una seña con la mano izquierda, la de la sortija de sello, y se

esfumó.

Se oyó el ruido de la puerta de entrada al cerrarse.

—Es un individuo curioso —dijo Charell—. Ya te lo explicaré... ¿Quieres un café?

—No, gracias.

—Sí, sí, un poco de café. Le sentará bien a todo el mundo... Espérame..., primero le voy a preparar un baño a mi mujer...

Entró en la habitación de al lado dejando la puerta entornada. La muchacha negra se volvió del lado izquierdo, agachó la cabeza y pegó la mejilla al borde del sofá. No tardé en oír correr el agua de una bañera.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Unas formas humanas trastabillaban al salir de una cervecería. ¿Militares de permiso? Otras apretaban el paso con maletas en la mano y estaban a punto de atropellarlas los coches y los taxis que llegaban a la estación como una tromba. ¿De qué clase de piezas podía estar hablando aquel individuo?

Allá, en el callejón sin salida que olía a orines adonde habíamos ido a parar Charell y yo al salir de la estación, las chicas seguían junto a las verjas, montando guardia. La mancha clara de una chaqueta, a lo mejor la del tal Duveltz.

—¿Puedes cerrar los grifos, Alain? —dijo una mujer en la habitación de al lado.

¿La mujer de Charell? Éste no había oído y el agua seguía corriendo. Me daban ganas de largarme de allí como quien no quiere la cosa, pero habría resultado grosero con Alain.

Me volví a sentar en el sofá. La muchacha negra rebullía en sueños y me puso el pie descalzo en la rodilla. Le rodeaba el tobillo una pulsera de eslabones gruesos. El perro, en cambio, se había despertado y se me acercaba con andares torpones.

—¿Has visto cómo ha cambiado la calle de La Ferme? —me dijo Charell—. La casa de mis padres ya no existe... Los picaderos tampoco... ¿No tienes frío, cariño? Si quieres, podemos volver al salón...

Se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros con delicadeza a su mujer. Estábamos acabando de cenar en la terraza de su piso de Neuilly, en la calle de La Ferme.

Suzanne Charell era una morena de ojos azules. La dulzura del rostro, los pómulos, el aspecto grácil, la expresión de sinceridad me resultaban encantadores. Alain me había dicho que su mujer montaba mucho a caballo y eso acababa de impactarme: siempre he tenido debilidad por las mujeres que practican ese deporte.

Y era precisamente en caballos en lo que estaba pensando mientras Suzanne nos servía el café y caía la noche, una noche templada para estar a principios de octubre. En los tiempos de Valvert, los sábados de salida larga Alain me invitaba a su casa. Me bajaba en la estación de metro Pont de Neuilly y, por la calle de Longchamp, llegaba a la calle de La Ferme. Los padres de Charell vivían en un palacete, algo parecido al Trianón, que rodeaba, como un estuche de terciopelo, un prado de césped muy corto. Alain me llevaba, en la acera de enfrente, a una clase de equitación. Éramos amigos del hijo del dueño del picadero y los ayudábamos, a su padre y a él, antes de la hora de cenar, a pasarles la última revista a los caballos, lo que ellos llamaban «hacer la cuadra de la noche»... Los domingos por la mañana, muy temprano, íbamos por esa calle hasta el Sena. Una bruma azul envolvía las orillas y la isla de Puteaux. A lo largo del muelle unas barreras blancas y unas escaleras de caracol, que cubrían las frondas, daban paso a las gabarras, las goletas y los cargueros pequeños amarrados allí ya para siempre y que se usaban de vivienda.

—¿Hace mucho que conoce a Alain? —me preguntó Suzanne.

—Va a hacer casi veinte años, ¿eh, Patrick?...

Nos conocimos en la enfermería del colegio, donde nos ingresaron por una gripe con complicaciones. Las ventanas de nuestra habitación daban al Bièvre, cuyo susurro de cascada se oía por las noches. La enfermera se llamaba Meg. Iba a vernos por las tardes. Los dos estábamos enamorados de ella y queríamos quedarnos cuanto pudiéramos en aquella habitación. Meg había estado en la guerra de Indochina y allí había sido una de las pocas mujeres, junto con Geneviève Vaudoyer, en saltar en paracaídas.

—¿Sabrías todavía manejar el proyector de cine? —me preguntó Charell.

Había conseguido, tras la expulsión de Daniel Desoto, que el señor Jeanschmidt nombrase operador a Alain junto conmigo. Veinte años ya... Y no obstante, un rato antes, algo de aquella época flotaba aún en el ambiente. La calle de Longchamp y la calle de La Ferme estaban desiertas y silenciosas. En la esquina, un café moderno había sustituido a Le Lauby con sus paneles de caoba, pero no me habría extrañado oír un ruido de cascos, alejándose cada vez más, y el susurro de las frondas y notar el olor de sombra y heno de las

cuadras.

—¿Cómo era Alain hace veinte años? —me preguntó Suzanne Charell, sonriente.

—Muy rubio y muy flaco. Lo llamábamos Aramis.

—Él era Athos —dijo Charell—. Un soñador...

¿Qué había sido de sus padres? Su padre, de pelo y bigote azafranados, parecía un mayor del ejército de las Indias. ¿Habían desaparecido, igual que su césped y su Trianón? No me atrevía a preguntárselo.

—¿Te acuerdas de cuando mi padre nos llevó a la Comédie-Française a ver *Madame*

Sans-Gêne

? —me dijo Alain.

Suzanne Charell había encendido un cigarrillo y me miraba fijamente.

—¿Monta a caballo, Suzanne? —dije para romper el silencio.

—Ya no monto mucho.

—Sabrás que Suzanne era una chica del barrio... Pasó toda la infancia cerca de aquí, en la calle de Saint-James...

—Habría podido conocerlos hace veinte años —dijo Suzanne—. Pero no me habríais hecho caso... Era demasiado pequeña... Alain me lleva seis años...

—Por entonces, igual nos cruzamos con Suzanne por la calle —dije.

Charell se echó a reír.

—Y qué habríamos podido hacer juntos, ¿eh?

—Os habría pedido que jugarais conmigo a la rayuela —dijo Suzanne.

Estaban más arrimados y yo les notaba en la mirada la simpatía que sentían por mí, pero también algo así como un desconcierto, un apuro, como si anduvieran buscando palabras para pedirme que los ayudase o para hacerme alguna confidencia.

Esa noche de verano decidí volver a pie desde casa de los Charell. Iba andando al azar, arrepentido de no haberle preguntado nada a Alain, pero se había adueñado de mí un entumecimiento: toda la velada que había pasado con ellos, en la semipenumbra de la terraza, la impregnaba la dulzura de un sueño. Y otra vez, por las calles de Neuilly, me parecía oír el restallido de los cascos y el susurro de las frondas de hacía veinte años. Picaderos...

Había llegado a la esquina del bulevar Richard-Wallace, ante esa curiosa edificación del Renacimiento a la que llaman «Castillo de Madrid». Un coche negro se detuvo al borde de la acera, precisamente a mi altura.

—Patrick...

Alain Charell asomaba la cabeza por la ventanilla. No había parado el motor.

—Patrick, ¿vienes con nosotros a la estación del Norte?

Sentada a su lado, Suzanne clavaba en mí una mirada rara, como si no me reconociera.

—¡Ven con nosotros a la estación del Norte!

A Alain se le dilataban las pupilas. Me daban miedo los dos.

—Pero si no puedo, tengo que irme a casa...

—¿De verdad que no quieres venir con nosotros?

—Otra noche...

—De acuerdo. Otra noche...

Lo había dicho con tono seco y movía la cabeza igual que un niño frustrado a quien le niegan un dulce. Arrancó con mucha brusquedad y el coche echó a correr por la avenida del Commandant-Charcot. Seguí andando. Al cabo de unos instantes, me dio un brinco el corazón. El coche estaba parado, algo más allá, a unos cincuenta metros, y en la carrocería negra relucía un reflejo de luna. Charell salió del coche, dejando la puerta abierta. Se encaminaba hacia mí.

—¿De verdad no quieres venir a la estación del Norte, al piso? Me gustaría tanto... Y a Suzanne también... Le gustas mucho, ¿sabes?

Tenía en los labios la sombra de una sonrisa.

—Nos sentiríamos algo menos solos, ¿te das cuenta?

Se había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta, igual que se las metía tiempo atrás en los bolsillos del blazer, en el internado. En momentos así, nuestro profesor de química le reprochaba que «arquease el lomo».

—Pero explícamelo, Aramis, ¿qué coño haces en ese piso de la estación del Norte?

Me había esforzado en poner tono de broma.

—Nos reunimos... con amigos... Bueno, si es que se les puede llamar amigos... Es un engranaje... Ya te lo explicaré...

Sonreía. Me dio una fuerte palmada en el hombro.

—Desde luego no es el ambiente del picadero de la calle de La Ferme... Aquéllos eran buenos tiempos, ¿eh, chico?... Llámame un día de éstos...

Se encaminaba hacia el coche con paso nervioso. La puerta se cerró de golpe. Movía el brazo, sacándolo por la ventanilla, para despedirse. Y yo, de pie en la acera, me decía que no me había portado bien con ese amigo de la adolescencia. Bien pensado, si tanto empeño tenían, ¿por qué no los había acompañado a su mujer y a él a la estación del Norte?

Una noche, a eso de las once, me despertó el timbre del teléfono.

—Patrick... Soy Alain... ¿Te molesto?

—No, no me molestas —le dije con voz pastosa.

—¿Podrías venir a reunirme con Suzanne y conmigo? Es algo importante de verdad... Necesitamos verte...

—¿Dónde estáis?

—En la estación del Norte.

—¿En la estación del Norte?

Me sentía sin voluntad, dispuesto a consentir que me arrastrase la corriente, como en un mal sueño. Bien pensado, igual se trataba de un mal sueño.

—Bueno, ¿vienes?

—Sí, voy.

—Gracias, Patrick. Estamos en la calle de Dunkerque, delante de la estación. En una cervecería, junto al Hotel Terminus-Nord. ¿Me oyes?

—Sí.

—Se llama À l'Espérance. ¿Me oyes?

—Sí.

—Ven ahora mismo. Es urgente.

Lo había dicho en un soplo, antes de colgar.

Entré. La luz blanca me hizo daño a la vista y noté una sensación de ahogo al ver a toda aquella gente comiendo, unos encima de otros, de diez en diez, de veinte en veinte, como alrededor de la mesa de una casa de huéspedes o de un banquete. Unos camareros hacían eses en el exiguo espacio que había entre las mesas y un músico que tocaba el acordeón, perdido allí dentro, pulsaba con ademán mecánico el instrumento, y un barullo de quejas y de llamadas, cuyo impulso se quebraba siempre, ahogaba la música. Me abrí paso entre las mesas, pasando revista a aquellas caras arreboladas, a aquellas personas que estaban cenando y, en su mayoría, le quitaban la cáscara al marisco con una servilleta blanca atada al cuello.

Suzanne y Alain estaban sentados en la punta de una mesa larga, vacía, en un rincón, al fondo de la sala. Había en aquella mesa muchos servicios sin recoger. Me senté al lado de Alain, enfrente de Suzanne. Ésta llevaba una gabardina de hombre que le estaba grande, con el cuello doblado.

—Te agradezco que hayas venido, chico...

Con el brazo me rodeó el hombro y se apoyó en él. Suzanne alzó hacia mí una mirada vaga y me preocupó la palidez de su rostro. ¿Era la luz o el contraste con el color negro del asiento corrido de hule lo que volvía tan pálido aquel rostro?

—¿Qué te parece este sitio? —me dijo Charell con voz falsamente jovial—. Una de las últimas cervecerías parisinas de verdad...

No me quedaba más remedio que inclinarme hacia él para oírle la voz. Hubiérase dicho que todas aquellas personas que hablaban a voces a nuestro alrededor estaban celebrando una boda.

—¿Quieres comer algo?

Yo había dejado junto a mí el regalo que llevaba unos días queriendo hacerle a Suzanne Charell, un libro precioso sobre el deporte ecuestre que había encontrado en un librero de la calle de Castiglione. Pero ese regalo me parecía extravagante allí, al fondo de aquella cervecería, ante la cara pálida y crispada de Suzanne.

Ella me agarró la muñeca y me la apretó muy fuerte.

—Disculpe... No me encuentro nada bien... Lo que se dice nada...

—¿No estás bien, cariño?

Estaba lívida. Se le tambaleó la cabeza como la de una muñeca rellena de serrín y tuvo el reflejo de adelantar el antebrazo, donde halló apoyo la frente.

—No te preocupes, chico —me dijo Charell—. Se le pasará.

Incorporó a Suzanne por los hombros y la llevó hacia la puerta del servicio. Andaban despacio y ella se aferraba con el brazo al cuello de Alain para no caerse; la gabardina iba flotando como una bata vieja. El barullo del local había aumentado. En una mesa vecina, alguien se ponía de pie y hacía un brindis, un hombre de pelo rapado con la frente bañada en sudor. Agaché la cabeza. En el mantel de nuestra mesa había salpicaduras de manchas de vino, sobras de los comensales que habían cenado antes, y en el plato que había delante de mí todavía quedaban restos de morros de vaca.

Suzanne y Alain volvieron. Él la llevaba cogida por la cintura y ella andaba con paso algo más firme. Se sentaron. El rostro de Suzanne había recobrado el color, pero tenía las pupilas curiosamente dilatadas. Alain también. Suzanne sonreía con sonrisa extática.

—Estás mucho mejor, ¿eh, Suzanne? —dijo Charell.

—Ay, sí..., mucho mejor...

—¿Y si volviéramos al piso? ¿Nos acompañas, Patrick?

Ya en la calle, Charell nos propuso dar una vuelta a la manzana. Había llovido y el aire era templado. Suzanne andaba entre los dos, aferrándose al brazo de ambos.

Nos metimos por el bulevar de Denain, una arteria tranquila, flanqueada de árboles, indultada del movimiento y el tumulto que había en torno a la estación del Norte. Un autobús vacío esperaba y el conductor se había quedado dormido al volante. De la puerta de un cine, debajo del porche de un edificio, salían, como en un soplo, ráfagas de una música de guitarra hawaiana.

Nos sentamos en un banco. Le alargué el libro a Suzanne.

—Tenga..., un regalo para usted.

Me miraba, con las pupilas dilatadas, cerrándose el cuello de la gabardina. Tiritaba.

—Gracias..., muchas gracias... Qué detalle...

Se puso el libro en las rodillas.

Volvía las páginas y mirábamos los tres las ilustraciones, en la penumbra. Suzanne y Alain seguían teniendo en los labios aquella sonrisa tan rara. Parecían perdidos en un sueño.

Suzanne acabó apoyando la cabeza en mi hombro. Desde luego, no iban a querer que los dejara y yo me decía que íbamos a pasar la noche en aquel banco. Al otro lado del bulevar desierto, dos hombres con guardapolvos negros descargaban con todas las luces apagadas, de un camión con una cubierta de lona, sacos de carbón, con ademanes veloces y furtivos, como si lo estuvieran haciendo de forma fraudulenta.

Poco tiempo después, un simple suelto en un diario de la noche:

La noche pasada, resultó herido por dos balas de revólver un industrial de Neuilly, Alain Charell, de treinta y seis años, en un piso amueblado del 126 del bulevar de Magenta donde se hallaba con su mujer y unos amigos. Según los testigos, se trató de un accidente. El herido ingresó en el Hôtel-Dieu.

Me rogaron que esperase en un pasillo de paredes verde claro en cuyo extremo estaba la habitación de Charell.

Se abrió la puerta. No era la enfermera, sino la muchacha negra que dormía junto a nosotros en el sofá la primera vez que Alain me llevó al piso del bulevar de Magenta. Llevaba un elegante traje sastre y no pude por menos de pensar que era de Suzanne.

Se sentó a mi lado y me alargó un sobre.

—Alain me ha dicho que le dé esto... No puede recibirlo hoy... Está muy cansado...

Abrí el sobre y leí:

Mi querido Athos:

Aquí no tengo nada mejor que hacer que pensar en la época en que aún nos iba todo bien, cuando estábamos los dos en la enfermería del colegio y la guapa Meg nos trataba a cuerpo de rey...

Hay que ver, qué cuesta abajo tan curiosa es esta que me ha conducido poco a poco, en veinte años, de aquella enfermería a

L'Hôtel-Dieu...

Ya te lo explicaré.

Tuyo,
Aramis

La muchacha negra y yo salimos del hospital. Tenía al perrazo de pelo rizado del piso del bulevar de Magenta atado a un arbusto. La ayudé a desatar el nudo de la correa.

—¿Es suyo este perro?

—No, pertenece a Alain y a Suzanne, pero se lo cuido.

Me sonreía.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

Vacilaba antes de contestarme.

—Tenía que pasar..., se traen al piso a cualquiera.

Se encogió de hombros. No quería decirme más.

—¿Hace mucho que los conoce? —pregunté.

—No... No mucho. Me han hecho un favor... Me dejan vivir en su casa...

A lo mejor no se fiaba de mí. Con aquella historia de los disparos de revólver habría una investigación seguramente.

—¿Y usted hace mucho que los conoce?

—Alain es un amigo de la infancia.

El perro andaba unos diez metros por delante de nosotros; se volvía de vez en cuando para comprobar que seguíamos allí. Ya no decíamos nada; caminábamos uno junto a otro. Sí, aquel traje sastre de tweed que llevaba puesto ya se lo había visto yo una vez a Suzanne Charell.

Al llegar a la puerta de Saint-Denis, entendí de pronto que el perrazo de pelo rizado nos iba a guiar, con su paso torpe e indolente, hasta el barrio de la estación del Norte.

XII

¿Por qué íbamos Marc Newman y yo tantas veces a poner una flor en la tumba de Oberkamp?f?

Detrás del búnker se alzaba una pared vieja al abrigo de unos macizos de rododendros. Newman era el primero en trepar por ella y se dejaba caer al otro lado. Luego me ayudaba a bajar sujetándome por la cintura. El recinto estaba a un nivel más bajo y esa misma pared, del otro lado, tenía más de dos metros de altura y sin la mínima irregularidad.

Era como bajar al fondo de un pozo. Hacía fresco, los días calurosos, en aquel jardincillo donde Oberkamp dormía su último sueño. El búnker proyectaba su sombra sobre los macizos de rododendros y la pared. Abajo, el follaje del sauce llorón tapaba a medias la tumba de Oberkamp, cuyo propio apellido recordaba el agua de un pozo o el mármol negro que jaspea un reflejo de luna.

Newman había descubierto aquel recinto secreto del que no nos atrevíamos a preguntar a Pedro si formaba parte de la finca de Valvert y, en todas y cada una de las expediciones, no sabíamos si tendríamos bastante fuerza para trepar por la pared en sentido inverso.

Newman me subía a sus hombros y yo me afianzaba a horcajadas en la parte de arriba de la pared. Tiraba de Marc con todas mis fuerzas. Con una maniobra acrobática pasaba de golpe al otro lado de la pared. Yo acusaba el golpe y corría el riesgo de perder el equilibrio y romperme la crisma.

Tras regresar de la tumba de Oberkampf estábamos como dos buceadores, un poco atontados al volver a la superficie.

Las noches de verano, desde nuestra habitación del Pabellón Verde nos colábamos en el patio de la Confederación, por el que había que dar la vuelta lo más deprisa posible. Porque, efectivamente, corríamos el riesgo de toparnos con Pedro cuando hacía la ronda, o con Kovnovitzine y su perro Choura. Y nos habrían castigado sin salida por andar de paseo después del toque de queda.

Tras cruzar el prado de césped, ya no corríamos peligro. Nos adentrábamos en la oscuridad del parque, hacia la pista Hébert y los campos de tenis. Un camino subía en dirección al bosque y, una vez arriba, escalábamos la tapia del internado. Cruzábamos un calvero en cuyo extremo brillaba una vaga luz de amanecer y llegábamos, por fin, a las lindes del campo de aviación que Newman había localizado un día que andaba por allí.

¿Era un anexo del aeródromo de Villacoublay? Newman aseguraba que no. Había podido hacerse con un mapa de estado mayor y lo escudriñábamos con lupa: el campo de aviación no estaba. Teníamos marcado el emplazamiento con una cruz: en pleno bosque.

Nos tumbábamos en la hierba, junto a la alambrada de espino. A distancia, había sombras entrando en los hangares y, cuando salían, iban empujando carritos y llevaban maletas. Un coche o un camión esperaban del otro lado del campo y cargaban en ellos todas aquellas mercancías. No tardaba en menguar el ruido del motor. Había una luz encendida en la fachada de un hangar y, ante la entrada de éste, unas cuantas personas con ropa de mecánico jugaban a las cartas alrededor de una mesa. O, sencillamente, cenaban. El susurro de sus conversaciones en la oscuridad de la noche. Una música. Una risa de mujer. Y, muchas veces, colocaban en la pista luces de señalización, como para facilitarle el aterrizaje a un avión que no llegaba nunca.

—Sería cosa de ver qué andan haciendo de día —me había dicho Newman.

Pero de día todo estaba desierto y abandonado. Las malas hierbas invadían la pista. Al fondo del hangar, una de cuyas chapas mal sujetas se estremecía con el viento, dormía la carcasa de un Farman viejo.

XIII

Pues resulta que volví a ver a Newman. Un balón de goma verde claro me pegó en el hombro. Me di la vuelta. Una chiquilla rubia de unos diez años me miraba con expresión apurada y dudaba de si ir a buscar el balón. Por fin se decidió. El balón había llegado, por la arena, a pocos metros de mí y la niña, como si temiera que se lo quitara, lo recogió con gesto veloz, lo estrechó contra el pecho y salió corriendo.

A esa primera hora de la tarde, éramos aún muy pocos en la playa. La chiquilla, sin aliento, se sentó al lado de un hombre con traje de baño azul marino, que estaba tomando el sol tumbado boca abajo, con la barbilla apoyada en ambos puños cerrados. Como llevaba el pelo al rape y estaba muy tostado —casi negro— tardé en reconocer a mi antiguo compañero de Valvert, Marc Newman.

Me sonrió. Luego, se puso de pie. Newman, a los quince años, era, junto con Mc Fowles, uno de los mejores jugadores de hockey del internado. Se quedó quieto, delante de mí, intimidado.

La chiquilla, apretando el balón contra el pecho, le había cogido la mano y me pasaba revista con ojos desconfiados.

—Edmond... ¿Eres tú?

—¡Newman!

Se echó a reír y me dio un abrazo.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—¿Yo? Aquí, con la niña...

Ésta parecía ya completamente tranquilizada y me sonreía.

—Corinne, te presento a un viejo amigo mío... Edmond Claude...

Le tendí la mano y ella, a su vez, me tendió la suya, titubeando.

—Tienes un balón muy bonito —le dije.

Agachó despacio la cabeza y me impresionó su encanto.

—¿Estás aquí de vacaciones? —me preguntó Newman.

—No..., actúo esta noche en el teatro..., estoy de gira...

—¿Ahora eres actor?

—Como quien dice —contesté con embarazo.

—¿Te quedas algún tiempo por aquí?

—Desgraciadamente, no. Tengo que marcharme pasado mañana... Con la gira...

—Qué lástima...

Parecía decepcionado. Le puso una mano en el hombro a la niña.

—¿Y tú? ¿Te vas a quedar mucho? —le pregunté.

—Ya lo creo... A lo mejor para siempre —dijo Newman.

—¿Para siempre?

Seguramente no se decidía a hablar delante de la niña.

—Corinne..., ve a ponerte el vestido —dijo Newman.

Cuando la chiquilla estuvo a una distancia en que no podía oírnos, Newman se me acercó.

—Mira —me dijo en voz baja—, ya no me llamo Newman, sino «Valvert»... Valvert como el internado... Soy el novio de la madre de la niña... Vivo en una villa con mi novia, la niña, la madre de mi novia y un viejo, que es el suegro de la madre de mi novia... La cosa puede parecer complicada...

Le faltaba el resuello.

—Una familia muy burguesa de Nantes... Para mí, comprendes, esto supone algo estable... Huelga decirte que hasta ahora he andado más bien a la deriva...

La chiquilla se nos acercaba con un vestido rojo de volantes. Había metido el balón en una redecilla. A

cada paso que daba sacudía el pie y le salía un chorro de arena de las sandalias.

—He andado rodando de acá para allá —me cuchicheó Newman con voz cada vez más atropellada—. Incluso pasé tres años en la Legión Extranjera... Ya te lo explicaré si tenemos tiempo... Pero que no se te olvide... Valvert... No metas la pata...

Se puso un pantalón de lino azul cielo y un suéter de cachemira blanco con la misma soltura que tenía en el internado. Yo me acordaba de nuestro asombro y del de Kovnovitzine cuando Newman daba la voltereta lateral o subía por la cuerda, con las piernas perpendiculares al busto, en pocos segundos.

—No has cambiado —le dije.

—Tú tampoco.

Agarró a la chiquilla por la cintura y, con una elegante tracción de brazos, se la puso a caballito. Ella se reía y le apoyaba a Newman el balón en la cabeza.

—Esta vez, Corinne, de galopar nada... Volvemos a casa al paso...

Íbamos hacia la explanada del casino.

—Vamos a tomar algo —dijo Newman.

Había un salón de té en el ala izquierda del casino, junto con otras tiendas. Nos sentamos en una de las mesas de la terraza rodeada de jardineras con flores rojas. Newman pidió un café «cargadito». Yo también. La niña quería un helado.

—No es una idea sensata, Corinne.

Bajaba la cabeza, frustrada.

—Bueno... Venga, un helado... Pero con la condición de que me prometas no tomar golosinas esta tarde.

—Lo prometo...

—¿Me lo juras?

Extendió el brazo para jurar y el balón, que tenía abrazado, se cayó al suelo. Lo recogí y se lo puse con cuidado en las rodillas.

La chiquilla se comía el helado en silencio.

Newman había abierto la sombrilla colocada en el centro de la mesa para que no nos diera el sol.

—¿Así que te has hecho cómico?

—Ya ves, chico...

—Trabajaste en una obra en el internado... Me acuerdo... ¿Qué obra era, por cierto?

—Noé, de André Obey. Yo hacía de la nuera de Noé.

A Newman y a mí nos entró una risa incontenible. La niña alzó la cabeza y se echó a reír también sin saber por qué. Sí, tuve cierto éxito en aquel papel por el corpiño y la falda de campesina.

—Me habría gustado mucho verte esta noche en el teatro —dijo Newman—. Pero no vamos a salir de la villa... Es el cumpleaños del viejo.

—No tiene importancia. Hago un papelito de nada, ¿sabes?

Delante de nosotros, al borde de la explanada del casino, habían colocado un cartel de nuestra obra en un poste de color blanco que se recortaba contra el cielo azul como el mástil de un velero.

—¿Es tu obra? —preguntó Newman.

—Sí.

En las letras rojas del título: *Mademoiselle Moi*, había algo alegre y veraniego que armonizaba con el cielo, la playa y las hileras de casetas de lona bajo el sol. Desde donde estábamos, podíamos leer el nombre de nuestra estrella y, como mucho, el de mi veterano compañero Sylvestre-Bel, en letras que medían la mitad que las anteriores. Pero mi nombre, en la parte de abajo del cartel, no se veía. A menos de recurrir a prismáticos de la marina.

—¿Y tú? ¿Te vas a instalar aquí? —le pregunté a Newman.

—Sí. Voy a casarme y a intentar montar un negocio en esta zona.

—¿Un negocio de qué?

—Una agencia inmobiliaria.

La niña se estaba acabando el helado y Newman le acariciaba distraídamente el pelo rubio.

—Mi futura mujer quiere quedarse aquí. Hasta cierto punto pensando en Corinne... Para una niña vale más vivir junto al mar que en París... Si vieras el colegio al que va... Está a pocos kilómetros, en un palacio con un parque... Y adivina de quién es el palacio. De Winegrain, un antiguo alumno de Valvert.

Yo no había conocido mucho al tal Winegrain, pero su apellido formaba parte de la leyenda del internado, igual que otros: Yotlande, Bourdon...

—La villa donde vivimos está detrás del casino... En la avenida principal... De buena gana te invitaría a tomar unas copas esta noche, pero el viejo siempre está de mal humor...

Había estirado las piernas, las había puesto encima de una silla y tenía los brazos cruzados en esa postura de deportista en reposo que solía tener en los recreos.

—Pero ¿por qué has cambiado de apellido? —le pregunté en voz baja cuando la chiquilla se hubo levantado de la mesa.

—Porque estoy volviendo a empezar la vida a partir de cero...

—Si quieres casarte, tendrás que decirles, a pesar de todo, cómo te apellidas de verdad...

—De eso nada... Tendré una documentación nueva... Nada más sencillo, chico.

Sacudió ambos pies y las alpargatas blancas cayeron al suelo una tras otra.

—¿Y la niña? ¿Tiene padre?

La niña estaba mirando el escaparate de una peluquería, algo más allá, muy tiesa, muy seria, con el balón entre el vientre y las manos cruzadas.

—No, no... El padre se largó..., nadie sabe dónde anda. Y, además, más vale así... Ahora el padre soy yo...

No me atrevía a hacerle preguntas... Ya en el internado, Newman se rodeaba de misterio, y cuando alguien quería saber más de él —las señas, la edad exacta, la nacionalidad— sonreía sin contestar o cambiaba de conversación. Y cada vez que un profesor le preguntaba en clase, se crispaba en el acto y apretaba los labios. Habían acabado por atribuir esa actitud a una timidez enfermiza y los profesores habían dejado de preguntarle, con lo que se libraba de estudiarse las lecciones.

Me armé de valor:

—¿Y qué has andado haciendo hasta ahora?

—De todo —me contestó, suspirando—. Estuve trabajando tres años en Dakar, en una empresa de importación y exportación... Dos años en California... Puse un restaurante francés... Antes de todo eso, hice el servicio militar en Tahití... Me quedé allí bastante tiempo... Me encontré con uno de nuestros compañeros de clase en Moorea... Portier... Ya sabes... Christian Portier...

Hablaba deprisa, febril, como si llevase mucho sin poder contarle nada a nadie o temiese que lo interrumpiera la llegada de un intruso antes de haberlo dicho todo.

—Entretanto me alisté en la Legión... Estuve tres años... Deserté...

—¿Desertaste?

—No exactamente... Me busqué unos certificados médicos... Me hirieron allí e incluso puedo solicitar una pensión de invalidez... Luego fui mucho tiempo el chófer de la señora Fath...

A aquel muchacho de apariencia franca y deportista lo rodeaba, a su pesar, una niebla. Dejando aparte sus cualidades atléticas, todo era borroso e impreciso en él. En otros tiempos, en el internado, un anciano venía a buscarlo los sábados de salida o venía a verlo entre semana. Tenía cutis de porcelana, bastón, ojos saltones y su silueta frágil se apoyaba en el brazo de Newman. Marc me lo había presentado como su padre.

Llevaba traje de franela y pañuelo de bolsillo de seda. Hablaba con un acento inclasificable. Efectivamente, Newman lo llamaba papá. Pero una tarde nuestro profesor le comunicó a Newman que «el señor Condriatseff lo esperaba en el patio». Era el viejo. Newman le escribía y ese apellido en el sobre me intrigaba: Condriatseff. Le pedí que me lo aclarase. Se limitó a sonreírme...

—Me gustaría mucho que fueras testigo en mi boda —me dijo Newman.

—¿Para cuándo es?

—A finales de verano. En cuanto encontremos un piso por la zona. No podemos seguir viviendo en la villa con el viejo y la madre de mi futura mujer. A mí me gustaría un piso por allí...

Me indicaba con ademán indolente los grandes edificios modernos del extremo de la bahía.

—¿Y dónde conociste a tu futura mujer?

—En París... Cuando salí de la Legión Extranjera. Huelga decirte que no estaba yo en muy buenas condiciones que digamos. Me ayudó mucho... Ya verás..., es una chica estupenda... Por entonces no podía ni cruzar la calle solo...

Parecía tomarse sus nuevas responsabilidades de padre muy en serio y no apartaba los ojos de la chiquilla. Ésta seguía absorta en la contemplación de los escaparates del casino.

Newman inclinó la cabeza hacia mí e indicó con un gesto de la barbilla la calle que corría a lo largo del lateral del casino y bajaba hasta la playa.

—Por cierto... —me dijo en voz baja—, son mi novia y su madre...

Dos mujeres morenas de la misma estatura. La más joven tenía el pelo largo y llevaba un albornoz de felpa roja que le llegaba a medio muslo. La otra vestía un pareo en tonos óxido y azul pastel. Pasaban a pocos metros de nosotros, pero no podían vernos porque nos tapaban unas jardineras y unos arbustos.

—Es curioso... —dijo Newman—. De lejos podría creerse que tienen las dos la misma edad... Son

guapas, ¿eh?

Yo admiraba los andares sueltos, la forma de erguir la cabeza, las piernas largas y tostadas. Se detenían en medio del terraplén desierto, se quitaban los zapatos de tacón y bajaban las escaleras de la playa despacio, como para brindarse el máximo tiempo posible a las miradas.

—A veces las confundo a las dos —dijo Newman, soñador.

Había quedado algo misterioso en su estela. Unas ondas. Yo, hechizado, escudriñaba la playa con la esperanza de volver a verlas.

—Te las presentaré dentro de un rato... Ya verás... La madre está tan bien como la hija... Tienen unos pómulos... y los ojos de color violeta. Y el problema que tengo yo es que me gusta tanto una como otra.

La niña volvía a la mesa corriendo.

—¿De dónde sales? —preguntó Newman.

—He ido a la librería a ver los álbumes de *Pomme*

d'Api

Estaba sin aliento. Newman le quitó el balón de las manos.

—Ya va siendo hora de volver a la playa —dijo.

—Dentro de un ratito —dijo la niña.

Y añadió, acercándose a Newman:

—Gérard..., ¿me puedes comprar un álbum de *Pomme*

d'Api

?

¿Gérard?

Bajaba la cabeza, intimidada. Se había sonrojado por haberse atrevido a pedir el álbum.

—Vale..., vale..., con la condición de que no comas golosinas esta tarde... Toma, cómprate tres álbumes... Nunca se sabe... Hay que hacer provisiones para el futuro.

Rebuscó en el bolsillo, sacó un billete de banco arrugado y se lo alargó.

—Tráeme *Plaisir de France*.

—¿Tres álbumes de *Pomme d'Api*? —preguntó la chiquilla, pasmada.

—Sí... Tres...

—Gracias, Gérard...

Se arrojó en sus brazos y lo besó en ambas mejillas. Cruzaba corriendo la explanada del casino.

—¿Ahora te llamas Gérard? —le pregunté.

—Sí. Cuando uno cambia de apellido más vale aprovechar para cambiar de nombre...

En la avenida, a nuestra derecha, apareció un hombre de tez roja y pelo gris cortado a cepillo. Caminaba con paso corto y regular; llevaba un batín marrón y un pantalón azul y calzaba zapatillas de paño.

—Mira..., el viejo —dijo Newman—. Nos espía... Todas las tardes comprueba que estamos efectivamente en la playa... Te aseguro que para tener setenta y seis años es todavía muy duro de pelar...

Era alto y caminaba muy erguido. En su porte había un toque militar. Se sentó en uno de los bancos del terraplén, frente a la playa.

—Vigila a Françoise y a su madre —dijo Newman—. No te puedes imaginar el efecto que hace volverse y ver al individuo con esa cara de cómitre...

Al parecer, al pensarlo le entraban escalofríos por la espalda. Más allá, el viejo se levantaba de vez en cuando e iba a apoyarse de codos en la barandilla del terraplén; luego volvía a sentarse en el banco.

—Menudo cabrito... A la madre de Françoise no le queda más remedio que aguantar a su suegro porque las mantiene, a ella, a Françoise y a la niña... Un amargado. Y encima se ha puesto un «de» en el apellido... Según él, se llama Grout de l'Ain...

Fue agente inmobiliario... No puedes ni imaginarte lo avaro que ese individuo... A la madre de Françoise la obliga a llevar un libro de cuentas donde tiene que apuntar un botón que compre... A mí me ha puesto en cuarentena... Hace como que no me ve... No me consiente que duerma en el mismo cuarto que Françoise... Desconfió de mí desde el principio por culpa de esto... Mira...

Se subió de pronto la manga derecha del suéter y dejó a la vista una rosa de los vientos tatuada en el antebrazo.

—Ya ves... No es tan tremendo...

—Deberías casarte lo antes posible y tu mujer y tú iros a vivir a otra parte —le dije.

Algo más allá, en el banco, el viejo había desdoblado minuciosamente un periódico.

—Edmond... ¿Puedo contarte algo confidencialmente?

—Desde luego.

—Mira... Quieren que me cargue a Grout de l'Ain...

—¿Quiénes?

—François y su madre. Quieren que elimine al viejo...

Tenía la cara tensa y una honda arruga transversal le cruzaba la frente.

—El problema es cómo hacerlo limpiamente... Para no levantar sospechas...

El cielo azul, la playa, las casetas de lona de rayas de colores naranja y blanco, y aquel viejo, más allá, en el banco, leyendo el periódico al sol...

—Por mucho que lo pienso, no sé cómo apañármelas para liquidar a Grout de l'Ain...

Lo he intentado en dos ocasiones... Primero con el coche... Una noche fue a dar una vuelta y quise atropellarlo..., así..., accidentalmente... fue una majadería...

Esperaba una reacción mía, una opinión, y yo asentía con la cabeza como un tonto.

—En la segunda ocasión íbamos paseando por las rocas de Batz-sur-Mer, a pocos kilómetros de aquí... Y había decidido empujarlo al vacío... Y luego me rajé en el último momento... ¿A ti qué te parece?

—No lo sé —le dije.

—En cualquier caso, no me arriesgo gran cosa... Siempre podría contar con los testimonios de François y de su madre... Lo hablamos muchas veces... Ellas creen que la mejor forma sería llevarlo otra vez a dar un paseo por Batz...

Yo no despegué la vista del viejo, algo más allá, que había vuelto a doblar el periódico, se había sacado una pipa del bolsillo y la estaba cargando despacio. ¿Se llamaría Grout de l'Ain?

Me entraban ganas de decir ese apellido a voces para ver si se volvía. La niña, con los álbumes debajo del brazo y una sonrisa radiante en los labios, regresó y se sentó a nuestra mesa.

Yo estaba perplejo. Marc Newman seguía teniendo pegada a la piel la misma niebla de hacía quince años. Aquel arte suyo para no responder a las preguntas concretas. Pero yo recordaba también sus repentinos ataques de locuacidad, como chorros de vapor bajo una tapadera pesada en exceso. Sí, con él, ¿cómo saber a qué atenerse? Condriatseff.

Cruzaban por mí pensamientos imprecisos, en la terraza de aquel café, bajo el sol, mientras una brisa henchía las casetas de lona de rayas de colores naranja y blanco y hacía oscilar el cartel de nuestra obra y el mástil de velero. Yo me decía que el internado nos había dejado muy desvalidos ante la vida.

La niña le enseñaba a Newman los dibujos de *Pomme d'Api*

y él, inclinado por encima de su hombro, iba volviendo las páginas del álbum. Ella, de vez en cuando, alzaba la cabeza hacia Marc, sonriente. Parecía quererlo mucho.

XIV

No es una noche como las demás. He cogido el último tren, el de las veintitrés cuarenta y tres. Charell me está esperando en el andén. Cruzamos el vestíbulo con las taquillas cerradas y, luego, la rotonda que hay delante de la estación, a la que daba yo la vuelta en bicicleta con Martine e Yvon.

Nos internamos en la calle por la acera que corre a lo largo del parque. Enfrente, el viento templado acaricia las hiedras del hostel Robin des Bois, en cuyo bar hay todavía luz pese a lo avanzado de la hora. Charell ha entrado para comprar un paquete de cigarrillos, pero no había nadie.

Seguimos andando. A la izquierda, bajo la terraza de hormigón, las puertas marrones y con ojos de buey del cine. Una avenida bordeada de tilos sube hacia la calle del Docteur-Dordaine donde vivían Martine e Yvon. La parada del autobús. Después de tantos años, me vuelve a la cabeza la frase de Bordin:

—*A giovedì, amici miei...*

El paso a nivel. El ayuntamiento. Y Oberkampf, pensativo, con su levita de bronce. Ahora es ya el único vecino del pueblo. Oímos el ruido de cascada del Bièvre bajo el puente.

El portón está entornado. La avenida se abre ante nosotros, pero titubeamos. Poco a poco, van apareciendo, en esta luz de noche boreal, la enfermería, el mástil de la bandera y los árboles.

Entramos los dos. No nos atrevemos a pasar más allá del plátano grande.

La hierba reluce con una fosforescencia verde claro. Allí, en ese punto del prado de césped, era donde esperábamos, para empezar el partido, a que Pedro tocara el silbato. Éramos tan buenos chicos...

Notas

^[1] Bocadillo típico de Niza que lleva los mismos ingredientes que la ensalada niçoise. (*N. de la T.*) [<<](#)